



Alberto Rojas

ÁFRICA

La vida desnuda



DEBATE

África

La vida desnuda

ALBERTO ROJAS

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Este libro está dedicado a mis padres, que siempre creyeron en mí a pesar de mí mismo, y a Raquel, que me insufló viento en las velas para hacer este largo viaje. Tres de estas coberturas las hice en su compañía. Su talento y su sensibilidad están presentes en cada uno de esos textos.

INTRODUCCIÓN

El viaje más largo de todos

Hay puertas que llevas años ignorando y que sabes que tienes que abrir. Hay viajes que vas demorando durante décadas y que tienes que emprender. Hay preguntas que contestar, lágrimas que verter y miedos que afrontar. Los míos no estaban a miles de kilómetros, pese a que he recorrido miles de kilómetros para no encararlos. A veces todo sucede al lado de tu casa, y esa herida te deja la cicatriz que no quieres mirar.

Candelas, mi abuela materna, fue la persona más cercana a mí durante la infancia, que al final ha resultado ser la etapa más importante de mi vida. Nos dejó de manera abrupta la noche de Reyes cuando yo tenía once años. No lloré. Desde entonces no había vuelto a su casa, que quedó cerrada con mi niñez dentro. Casi treinta años después, una llamada de mi madre anuncia lo inevitable: «Tu tío se queda con la casa de tus abuelos. Va a tirar todo lo que hay dentro y a reformarla. Si quieres algo de lo que hay allí, es ahora o nunca».

Me planté allí al siguiente fin de semana. Andaba preocupado porque me habían negado el visado a Sudán del Sur y quedaban tres días para coger el avión, así que no pensé demasiado en aquel regreso. Entré en el portal y subí las escaleras con la sensación de que todo era más pequeño y más oscuro de lo que recordaba. Entonces, mi madre giró la llave...

1

Luciérnagas en el Sahel

Níger

ZINDER (NÍGER, PRIMAVERA DE 2012)

Hay un código no escrito sobre cómo debe comportarse un reportero. Pero ningún apartado te previene contra los efectos secundarios de la profesión, sobre todo si eres un novato. Vas en el Land Cruiser, aire acondicionado, bien desayunado, con tu cámara preparada, tarjeta, micrófono para el vídeo. Haciendo bromas con el conductor y la jefa de este proyecto de Save the Children. Protegido, aún dentro de tu burbuja algodonosa. Por la ventanilla ves el Sahel ocre, algunos baobabs solitarios como árboles invertidos, hombres y mujeres sin sombra, camino a ninguna parte, como una película con filtro naranja a través del cristal. Atravesamos grandes plantaciones de sorgo tan secas que parecen queso gratinado en el horno de Dios. El hecho de que el coche lleve cristales tintados para evitar que nos identifiquen los yihadistas de Boko Haram, muy presentes en la región, aumenta la sensación de irrealidad. Hora y media después el coche se detiene en una aldea mísera. Un puñado de chozas de adobe y pasto seco como techumbre, una bomba de agua en un pozo sin agua y un centro de niños desnutridos pintado del mismo color terroso que el paisaje. Una fila de madres te mira. Por su expresión, esperan a alguien que constituya algún tipo de salvación para sus hijos, no a un tipo que va a hacer fotos y preguntas. Ellas quieren comida.

Entras en el dispensario, con la camiseta pegada al cuerpo por el sudor, y entonces lo ves: ahí están, en sus camas, casi sin moverse, decenas de niños que ya no son niños porque solo tienen piel y huesos. El ombligo les sobresale de la tripa; están tan débiles que la cabeza, como una calabaza seca, se les cae a los lados porque no tienen con qué sujetarla. Un niño alarga el brazo y te toca. «Por qué me haces esto», pienso. Ahora llevaré el recuerdo de su rostro suplicante toda mi vida. El médico responsable del lugar te habla. Oyes también, como si fueran las aspas de un helicóptero, los ventiladores del techo moviendo el aire que arde y las moscas que zumban por todas partes. Pero en realidad ni oyes nada ni ves nada, porque te has quedado helado ante una imagen que has visto miles de veces en fotos y en la pantalla del televisor, y que creías no te dolería ver en persona. Y no es que te duela, no es eso, es que la imagen te está dejando,

en esos momentos, una cicatriz profunda, aunque aún no lo sabes. Solo intuyes que cuando regreses a tu realidad gracias al billete de vuelta, una parte de ti ya nunca se irá de ese lugar. Ya estás marcado y algo en tu interior ha cambiado: has visto a niños morir de hambre, la más humillante de las muertes, provocada por un enemigo que no hace prisioneros. Luego podrás montarte el rollo que quieras: decir que te sientes bien, que aquello no te afectó, que te hizo mejor persona o te convirtió en un cínico. Que lo que pasó, pasó. En psicología se llama «impacto residual», o sea, que el impacto deja un residuo en la memoria, aunque en ese momento aún no sepas ni que existe. Residuo a residuo, vas llenando el vaso hasta que rebosa.

Fue en Zinder, en la frontera entre Níger y Nigeria, durante el Tercer Jinete, la alerta alimentaria que se repite cada año y que acude puntual en forma de sequía. Sobre el terreno coincidí con un fotoperiodista inglés, Jonathan Hyams, un buen tipo. Yo elegí para ilustrar aquel desastre humano a una niña llamada Zakia que acababa de llegar atada a la espalda de su madre, Zauliba, de cuarenta y cinco años. Habían recorrido juntas, bajo la emboscada incandescente del sol, los dieciocho kilómetros que las separaban de aquella aldea. No fue la única madre que habló conmigo. Para mi sorpresa, cuando nuestro contacto dijo que éramos periodistas, ellas dejaron la cola del pesaje de los niños para hacer otra delante de nosotros y contarnos su vida. Cada mujer tiene aquí una media de siete hijos. Muchas de estas madres ya ha perdido a alguno, pero el luto es fluorescente en el Sahel y no da tiempo a llorar a los pequeños que se van, porque hay que intentar salvar a los que se quedan. Entonces sentí cierta responsabilidad: las historias de esta gente no se convertirán nunca en grandes titulares, pero son las suyas. Muchas comunidades necesitarían un reportero y nunca lo tendrán.

La madre no tuvo ningún problema en contarme su historia. Zakia, la pequeña de seis hijos, ya había estado a punto de morir otras dos veces y eso me sirvió para escribir un relato sobre la resistencia. La primera vez fue por dificultades en el parto derivadas de la mutilación genital de su madre, que tiene sus partes cosidas. La segunda, por hambre un año anterior, cuando murió el 60 por ciento del ganado en estas aldeas. Esta tercera vez iba a volver a sobrevivir gracias a unos sobres mágicos de crema de cacahuete, muy caloríficos y con un sabor dulzón que a los niños les encanta. Dos semanas de tratamiento son suficientes siempre que no sea demasiado tarde. Aun así, el tratamiento es caro. Traer alimentos hasta aquí, en grandes camiones que recorren el Sahel como locomotoras, encarece unos precios que llegan al nivel de un menú en París. El brazalete que mide el perímetro de su brazo indicó que sufría una desnutrición severa. Zakia tenía el pelo escaso y anaranjado, dos síntomas típicos de una salud al límite, y sus costillas parecían el esqueleto de un barco de madera. Sus

arrugas eran las de un anciano. Cuando la pesaron en un barreño celeste amarrado a una báscula, rompió a llorar. Una buena señal. Los que van a morir ya no lloran.

Mientras, Jonathan entraba en el hospital para buscar a otros niños. Había una sala general, donde los niños se morían de hambre, y otra de cuidados intensivos, donde no había cuidados de ninguna clase y donde los niños también se morían de hambre. Dentro de aquella habitación había seis o siete niños. Casi todos padecían desnutrición agravada por la malaria. Uno de ellos era un recién nacido del tamaño de un botellín de cerveza. Puse mi mano sobre su pecho desnudo: el latido de su corazón estremecía todo el cuerpo, como si recibiera una descarga eléctrica. Miré al doctor. Me devolvió un gesto negativo. «Tiene mucha fiebre. Cuestión de horas», dijo. En aquel momento agradecí no tener hijos. No me imagino lo que podrían sentir padres con pequeños en un sitio así, el lugar con mayor mortalidad infantil del mundo, la versión extrema de algo que todos padecemos en algún momento del día: el hambre.

Cuatro años después puedo revivir en mi memoria el tacto de su piel de cuero negro en mi mano, el olor a suelo fregado con agua sucia, sus ojos sin expresión, su pelo rizado, el sonido del ventilador (tac, tac, tac) moviendo aquella atmósfera de fuego de un lado a otro. No me acuerdo de detalles como el nombre del médico, ni el del conductor, pero ya dicen los psicólogos que lo que mejor recuerdas es aquello que sientes.

Entonces Jonathan encontró a Issia. Era un niño desnutrido y deshidratado que luchaba por sobrevivir, con una piel agrietada que se caía como la pintura de un muro de cal. Intentaron alimentarlo con leche enriquecida mientras Johnny disparaba su cámara. Issia murió aquel 18 de abril sin saber lo que era la moda, las redes sociales ni los videojuegos. Solo la vida desnuda.

Mientras Zakia se zampaba su primer sobre de crema de cacahuete fuera del centro, lo que a la larga supuso su recuperación, las enfermeras cubrían a Issia con la tela más lujosa que jamás llevó en vida y que le sirvió de mortaja. En el Sahel hay pocos árboles y la madera no se malgasta en ataúdes. En aquel lugar, vida y muerte dialogaban a pocos metros de distancia. Jonathan todavía tuvo fuerzas para acompañar a la madre, Mariama, y a su hermana mayor, Jamila, ya con Issia enterrado, camino de su aldea, cargando con una tristeza infinita.

Por la noche pillamos unas cervezas y hablamos con la gente de la ONG de lo jodido que está el periodismo. Y de fútbol, y de las relaciones a distancia. La chica de Jonathan vivía en Brasil. La mía, en París. El jefe de misión de la ONG, un burkinés muy simpático, nos habló de cierta creencia local que asociaba los muertos con las luciérnagas. «Dicen que cuando alguien muere, el insecto recoge su alma en forma de luz y la lleva al cielo.» Al día siguiente, avioneta y vuelta a

casa. Y sabes que no llegas igual que te fuiste. Cuando alguien se muere de hambre delante de ti no es como en las películas. En realidad, nada de lo que sucede es como en las películas. Y el problema no es hacer estos reportajes. El problema puede venir cuando las marcas de lujo dejen de publicitar sus bolsos, relojes o cruceros al lado del cuerpo exhausto de una niña negra y estas gentes invisibles dejen de tener biógrafo exprés. Pero aun así el balance es doloroso. Y la experiencia, traumática. Uno va perdiendo la paz interior en lugares así; para nosotros son un punto marginal del mapa, pero para ellos es el centro de su mundo conocido. Ante la muerte siempre te sientes novato y siempre estás solo. ¿Cómo hablas de la muerte desde la vida? ¿Qué palabras debes usar? ¿Sirve la palabra «muerte» para explicar la muerte? En nuestro trabajo, una conversación con una víctima del hambre está llena de materia prima. Pero las palabras, argamasa del reportero, no siempre son precisas. Por ejemplo, el término «hambruna» es muy impreciso. ¿Cuántas Zafias o Issas tienen que morir para que pueda comenzar a usarse?

Días después de aquella visita Johnny publicó su reportaje en el *Telegraph* con el título de «Lossing Issia». Yo hice lo propio en *El Mundo* con «Las tres muertes de Zakia». Curioso: él me dijo que sus fotos eran demasiado tristes, que no reflejaban del todo la realidad del lugar. «Es cosa de los diarios ingleses, que siempre te piden lo más fuerte.» Opino lo mismo de las mías: puede que me quedaran demasiado alegres, que no reflejaran (no podrán hacerlo nunca) lo que sentí en aquel lugar del demonio al que viajé todas las noches durante un rato, aquel hospital en el que fui a cubrir una historia y la historia me cubrió a mí.

Es en ese punto, cuando el relato te cala, donde comienza este libro. No es una recopilación de artículos de prensa, aunque buena parte de su argamasa se ha publicado en ese formato. Tampoco es un libro sobre África, aunque en África transcurre. No pretende explicar el continente, ni un puñado de países de los cincuenta y cuatro que lo forman, ni siquiera es el análisis de una guerra, una epidemia, una ciudad, un barrio o una calle. Tampoco es un cuaderno de vivencias personales, aunque las tenga. Este libro no es muchas cosas, pero sí es una mirada hacia lo que sucede al otro lado, fuera de los bares para blancos y de las burbujas de los expatriados, donde viven personas cuya existencia merece ser contada. Algunas ya no residen en el mismo lugar donde me las encontré y otras están muertas. Pero para mí siempre serán un nombre y un recuerdo. Y como no quiero olvidar nada, lo pongo por escrito. Que no queden como meras chinchetas en un mapa. Un minero congoleño me dijo, a los pies de una explotación de coltán, mientras bajaban a un muerto al que la montaña se le había venido abajo:

«Cuenta lo que sucede aquí. Que se sepa».

Tres años después quise volver a ver a Zakia, seguir la historia que había empezado a contar, ver cómo había crecido tras salvarse aquella primavera de 2012. Contacté de nuevo con los miembros de Save The Children en Níger y comenzaron a buscarla. Varias veces insistí ante la ausencia de noticias. Meses después, recibí un correo de su oficina en Niamey: «Estimado señor Rojas: Hemos encontrado a la familia de la niña. Desafortunadamente, murió hace dos años víctima de la malaria».

Desde entonces, he vuelto a varios lugares así y siempre me ha asaltado una pregunta: si esta gente ya está muerta, ¿qué hago aquí? ¿Para qué sirve este trabajo?

2

Los buitres no comen niños

Sudán del Sur

AYOD (SUDÁN DEL SUR, FEBRERO DE 2011)

África nunca me interesó lo más mínimo. Nunca hasta aquel encuentro casual. Era otoño de 2010. Leyendo el periódico me topé con un texto que contaba la historia de Kevin Carter y su fotografía en Sudán, con Premio Pulitzer y suicidio incluidos. Un buitre blanco acecha a un bebé desnutrido que intenta levantarse. Está datada en la aldea de Ayod, en marzo de 1993.

En aquel momento no fui consciente, pero comenzaba algo parecido a una obsesión. A los pocos segundos ya estaba buscando información sobre aquella imagen en internet. Lo devoraba todo: fecha, contexto, biografía del autor, interpretaciones... Por desgracia, encontré miles de páginas que hablaban de la instantánea, pero escasa información fiable. La búsqueda siguió varios días después con resultados igual de frustrantes. Casi toda la información se la copiaban unas páginas a otras. ¿Cómo era posible que no hubiera un estudio serio sobre una de las fotografías más impactantes de la historia?

Hasta que di con un testimonio poderoso. Lo firmaba un periodista llamado José María Arenzana. Este viejo reportero de Sevilla, de quien no había oído hablar en mi vida, aseguraba que estuvo en ese mismo lugar meses después de Carter. El fotógrafo que viajaba con él, Luis Davilla, había tomado fotografías similares de niños rodeados de buitres en aquella aldea. No sé cómo se las apañaban los periodistas veteranos para investigar hace unos años, pero gracias a Google en pocos minutos conseguí el teléfono. Arenzana se sorprendió de mi llamada:

—Es cierto. Toda la historia. Recuerdo aquel lugar del infierno como si fuera hoy. Los niños se morían de hambre por todas partes. Era un panorama desolador.

—¿Cree que el fotógrafo ayudó a esa niña?

—No necesitaba ayuda. En ese lugar los buitres forman parte del paisaje. No se la iba a comer. Al menos, no en aquel momento.

—Pero ¿esa niña estaba sola?

—No, esa fotografía está realizada junto al *feed center* [centro de reparto de alimentos] de Naciones Unidas. Lo recuerdo bien. Estaba lleno de gente

esperando su comida. Los niños acudían a ese lugar a hacer sus necesidades. La mayoría de ellos tenían diarreas o estaban enfermos. Por eso están los buitres ahí.

—¿La foto miente?

—En absoluto. Allí la gente se moría de hambre. Vimos cosas peores. Cientos de desgraciados en las últimas. Por efecto de la hambruna, a los niños se les descolgaba el ano. Es una imagen terrible. Por no hablar del gusano de Guinea, un parásito que entra en el cuerpo con el agua y acaba saliendo por el tobillo, lo que les causa un daño atroz.

—¿La niña podría estar viva?

—Por supuesto. Nuestro punto de partida siempre fue que no murió ese día.

Gracias a aquella llamada, a aquel impulso de un reportero veterano como Arenzana, me lancé a investigar todo lo que pude sobre aquella foto. En dos meses di incluso con algún testigo que acompañó a Carter aquel día, una exnovia, su amigo Greg Marinovich y alguna de las cooperantes que atendían a la gente en aquel *feed center* de Naciones Unidas. Pero el misterio estaba aún por resolver. Solo me quedaba una cosa: coger un avión, pisar África negra por primera vez en mi vida e intentar armar las piezas del puzle dieciocho años después en el mismo lugar.

En los dos meses que tardé en preparar el viaje, varias veces estuve a punto de echarme atrás con las excusas más peregrinas. Llevaba años quejándome de una labor gris que no me gustaba en la redacción de un periódico que no contaba conmigo para lo que de verdad quería hacer: convertirme en reportero. Por muchas razones que tuviera para no hacer el viaje, ninguna era tan férrea para desmontar la evidencia: si no movía el culo, era carne de despedido. Por una vez, saldría de mi burbuja, de mi zona de confort.

Lo que nadie me dijo es que el país celebraba en aquellas fechas un referéndum de independencia respecto a su vecino del norte. Aquello significaba una oportunidad para la paz, para construir un nuevo país de las ruinas de la guerra. Cada paso fue una lección. En la escala de Adís Abeba subimos a un pequeño avión de hélice, que es el que nos llevaría a Juba, la capital de Sudán del Sur. En ese vuelo conocí a James Bol. Era un tipo alto, trajeado, parecía un profesor universitario. Viajaba con un maletín. Era uno de aquellos *lost boys*, los niños perdidos de Sudán del Sur, menores que en la década de 1990 huyeron de la guerra caminando cientos de kilómetros por la sabana hasta llegar a Etiopía. Allí pasaron años en campos de refugiados, hasta que algunas organizaciones católicas se los llevaron a estudiar a Estados Unidos y Canadá. Otros fueron a La

Habana, con becas pagadas por el internacionalismo cubano. James me contó, en las dos horas de viaje restantes, cómo la tropa de niños avanzaba de noche para pasar desapercibida ante las milicias apoyadas por el norte, pero al acecho de los leones en su hora favorita de caza. Hay que imaginarse la escena: una legión de famélicos cruzando el Nilo blanco agarrados a troncos, sin saber nadar, rezando para que no se los comieran los cocodrilos de las orillas.

Mi sensación al aterrizar fue un poco la de Alicia al caer por la madriguera del conejo. Pasamos por chozas con techo de paja, caminos de tierra amarilla, el Nilo blanco. La luz ámbar del crepúsculo se filtraba por la ventanilla del avión. Cuando se abrió la puerta, nos llegó el bofetón de calor del atardecer. James tenía los ojos llorosos. «Entiéndelo, amigo. Son veinticinco años esperando este momento.»

El aeropuerto no tenía cinta de equipajes. Uno coge su propia maleta en la pista y le estampan el sello de entrada. Dedicaría tres días a conseguir los permisos de periodista y, después, volaría hacia la aldea de la fotografía.

Nada más salir a la calle el taxista me timó. *Welcome to África.*

Los tres días pasaron rápido entre el hotel y los ministerios de Juba. Cuando quise darme cuenta, estaba bajando de una avioneta de Naciones Unidas en algún punto del mapa en Sudán del Sur llamado Ayod. Hacía un calor que dolía, y en doscientos metros a la redonda solo conseguí distinguir un grupo de buitres a lo lejos como único signo de vida. Dos horas antes habíamos despegado de Juba un par de cooperantes italianos, dos pilotos rusos, una monja y un reportero novato en una Cessna para seis pasajeros, de esas que usan los narcos en América Latina. El aparato descendía hacia pistas de tierra siguiendo el curso del Nilo blanco como si fuera un vagón de metro lanzado desde varios kilómetros de altura. En medio de aquel lugar polvoriento, me hice una pregunta por segunda vez en pocas horas: «¿Qué cojones hago yo aquí?».

La noche anterior al viaje se me ocurrió pedir una ensalada en el hotel. Esa es una de las primeras cosas que aprendes. Nunca pidas platos que tengan que lavar con agua, porque en el agua surfean las bacterias. Había hecho caso a los consejos de los veteranos con la bebida: toma siempre cerveza; pero no me acordé de la ensalada. No hubo que esperar mucho para que la fiebre subiera, se desencadenara una diarrea imparable y empezara a sentir una mezcla de náuseas y alucinaciones provocadas por el antimalárico. A las doce de la noche, hacía 35 grados en aquella habitación con techo de uralita. Cuando a las tres de la madrugada comenzaba a conciliar el sueño oí tiros a lo lejos. Eran ráfagas de AK-47. Algún grupo de soldados borrachos celebraban el resultado del referéndum de independencia de Sudán del Sur, pero yo pensé en aquel momento que había un golpe de Estado en curso. Segunda lección: los disparos

no suenan como en las películas.

Perdonad que insista, pero en realidad nada es como en las películas.

Así que, febril, acojonado y desorientado, la mitad de mí quedó en aquella cama con mosquitera rota en forma de sudor. Casi podría decir que el colchón de espuma era pariente mío. El servicio solo tenía un agujero para ducharse o hacer tus necesidades. Y no era una cárcel: era un hotel a 75 euros la noche. Faltaban unas horas para que una avioneta me dejara en mitad de ninguna parte, en uno de los territorios más inestables, subdesarrollados y peligrosos del mundo; unas horas para que yo, un manchego con inglés de madera («Yo venir en gran pájaro metálico») intentara completar una historia que alguien que estaba muerto había iniciado dieciocho años antes. ¡Pan comido!

Era de noche todavía cuando salí del hotel Paradiso camino del aeropuerto. Adormilado y drogado por las medicinas, paré un *bodaboda*, uno de esos mototaxis locales. Al amanecer, la avioneta blanca nos esperaba al final de la pista, junto al esqueleto de un viejo caza Mig despanzurrado en la hierba. Cada vez que un trasto de estos despegas se renueva una promesa de aventura, aunque nos lleve a un lugar de mínimas esperanzas y equilibrios precarios. «Pero ¿qué cojones hago yo aquí?»

Cuando aterrizamos, el piloto ruso miró hacia atrás. Después de tres paradas, yo era el único que quedaba por bajar. «Ayod», dijo. Pero Ayod no estaba por ninguna parte. No había señales de aldeas cercanas, solo acacias gratinadas por el sol y un silencio pesado. Bajé con mi maleta y, antes de que me diera la vuelta, el avión ya estaba correteando de nuevo por el camino de arena para despegar a toda prisa. Cuando se esfumó en el cielo y dejó de oírse el petardeo del motor me sentí el tipo más desgraciado del mundo y vomité lo poco que quedaba en mi estómago. No tenía agua, no tenía comida, no sabía dónde estaba y no conocía a nadie. Con el temor a que me picara un escorpión o me mordiera una mamba negra, cogí el macuto y me puse a caminar siguiendo el camino en el que había aterrizado la Cessna. A cierta distancia, como si fuera un espejismo, se levantaba una nube de polvo que poco a poco fue convirtiéndose en un viejo camión militar que podía haber servido en la Segunda Guerra Mundial. Dentro iban tres tipos. Recuerdo que el conductor usaba gafas de culo de vaso unidas con cinta aislante.

—¿Adónde vas?

—Voy a Ayod. Soy periodista y busco a los chicos de Veterinarios Sin Fronteras.

—Deja el equipaje atrás y sube.

En aquel camión me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, estaba donde quería estar. Y era una sensación que comenzaba a ser excitante. Me

encontraba enfermo, perdido y hambriento, pero eso ya me daba igual. Aquel era «el lugar», un sitio que no viene en los mapas, la zona perfecta.

Después de un par de kilómetros de polvo y baches, llegamos a la aldea. Ayod y sus alrededores eran un sitio lleno de vida. Junto al Nilo, y en pleno triángulo del hambre, el principal asunto de conversación era la enésima rebelión militar del comandante George Athor contra el Gobierno de Salva Kiir en Juba. Pronto, otro asunto ocuparía también las conversaciones: la llegada de un *kawai* («hombre blanco», en su idioma) que había viajado desde España para buscar a una niña que aparece en una foto de 1993. Era lo único que se había dicho hasta ahora.

Los chicos de la ONG Veterinarios Sin Fronteras Bélgica no eran belgas, como yo esperaba, sino sudaneses. Cuatro tipos de veinticinco años de media con estudios y muy buen humor. Emmanuel, Stephen, Schol y Mario, el conductor. Dormiría con ellos en el *compound*, una pequeña parcela donde hacían vida. James era nuestro guardián, aunque no llevaba armas en un lugar donde todo el mundo tenía una. Me pregunté, en caso de asalto, cómo pensaba defendernos. «Esta tarde iremos a ver al *commisioner*. Es el jefe de la aldea. No puedes moverte sin su permiso», dijo Emmanuel. Después de comer lentejas con arroz, salimos a hablar con él. «Lleva las fotos y explícaselo todo. Él te ayudará.»

En estos lugares, el blanco es el peor vestido de la aldea. Yo iba con pantalones cortos, zapatillas, camiseta sudada por el calor y barba de cuatro días. Ellos, en cambio, vestían de traje a pesar del calor. Algunos llevaban hasta corbata y no sé cómo se las arreglaban para tener siempre los zapatos lustrados. Las mujeres, auténticas princesas del Nilo, llevaban ropas de colores vivos, tocados en la cabeza, colgantes con adornos y pulseras doradas.

El *commisioner* vivía en la única casa de ladrillo de la aldea. Era una autoridad civil y militar. Por eso había al menos veinte oficiales merodeando por su finca y dos *pick-up* artilladas en la puerta que parecían salidas de una película de Mad Max. Cuando me senté con ellos, me sentí como un traficante de armas ofreciendo género a un señor de la guerra. Desplegué las fotos en la mesa, doscientas veinte fotos en total, siete rollos de película expuesta por Kevin Carter de aquel día de marzo de hacía dieciocho años. En todas las copias se ve gente. Milicianos armados, todos ellos muy delgados. Gente en las últimas. Adultos heridos. El otro fotógrafo que iba con él, João Silva, se mete en el plano en una de las instantáneas. Hay varias fotos de niños muy desnutridos hechas en el mismo lugar que la foto del Pulitzer. De la pequeña en cuestión, hay tres, casi consecutivas, con un segundo de diferencia entre ambas, en la que el buitre mueve un poco el cuello. El *commisioner* las observó, cogió su móvil y comenzó

a convocar a gente. Varios grupos llegaron a los pocos minutos. Eran personas mayores. Ancianos. Todos hombres. Pasaban las fotos impresas en A4 en silencio. A veces uno hablaba con otro, señalaba a algún personaje en alguna de las fotos y decía un nombre.

«Usted está equivocado. Es que esta de la foto no es niña, es un niño...» Así, con esa frase del *commissioner*, empecé a ver la luz. Kevin Carter se refirió al pequeño como una niña, pero probablemente se equivocó. Tampoco existe una foto de ese niño erguido, al menos entre las que me pasó su agencia, así que escuché los argumentos del jefe: «Los niños no llevan pulseras en el tobillo. Las niñas, sí. Es sencillo». Efectivamente, las niñas del resto de la película sí llevan sus pulseras doradas, a veces hechas con las vainas de las balas que habían matado a sus padres. Ninguno de ellos había visto la famosa instantánea, pero reconocían a muchos de los que aparecían en el resto de los carretes. El *commissioner* fue apuntando nombres junto a esas personas. «Muchos siguen viviendo aquí. Ya los conocerás. En una de las fotos de un dispensario médico se ve a Nialuak Tap, rodeada de niños famélicos. Hoy es diputada en el Parlamento.» Mientras pasaban las fotos de mano en mano, a mi lado se sentó un hombre nuer de unos treinta años y 2,30 metros de altura llamado Malik, quizá uno de los tipos más altos del mundo. Lo llamaban «el Gigante Bueno».

«Son fotos muy tristes. Por suerte, ya no estamos así. La paz ha mejorado la vida de la gente», dijo el *commissioner*, tan ufano. Es extraño oír esa palabra rodeado de tipos de uniforme, todos bien armados, en un lugar en el que uno de cada cinco habitantes es soldado y en el que el colegio se usa como cuartel. El *commissioner* pretendía que el hombre blanco contara la triste historia de Kevin Carter a todo aquel que viera las fotos. Así que aquel día la conté más de treinta o cuarenta veces. Y era solo el primer día. El *commissioner* no podía creerlo. «¿Se publicó en todo el mundo una foto de Ayod?» Sí, y no solo se publicó. Ninguna imagen ha sido ni es tan comentada como esta, incluso dieciocho años después, en los foros de internet. «Pero ya se lo he dicho. Se equivoca. Es un niño. Mañana mismo convocaré a varias mujeres del poblado para ver si recuerdan algo.»

Para tenerme controlado, me colocó a un escolta. Era un adolescente con cara de niño y un AK-47 siempre apoyado en la barriga. Por la noche abría los botellines de cerveza usando el gatillo. Se llamaba William Deng y su nombre era lo único que sabía escribir. Tenía veintidós años, nueve hijos y un orificio de bala mal curado en el muslo izquierdo, como una flor abierta de color rosa. Vestía uniforme de camuflaje y zapatos de domingo. Decía que era un buen cristiano y se quedaba dormido en su camastro leyendo viejos cómics de Búfalo Bill y Jesse James. ¿Cómo llegaron aquellos cómics hasta allí? Nadie supo

explicármelo. Por la noche yo compraba cerveza caliente para todos (no había con qué enfriarlas) y bebíamos bajo las estrellas. Los diálogos entre nosotros eran delirantes. Incluían sus infidelidades, las historias de la mili y el fútbol. Pero lo que más les hacía reír era el choque cultural:

—Hay una chica de las que van a recoger agua que se ha fijado en ti. Ya sabes cuál es. Si no te gusta, escoges a otra de sus nueve hermanas. Es la más guapa de la aldea y solo te costará treinta vacas.

—Sabes que no tengo vacas, William.

—Eso da igual. Le das mil dólares a su padre y solucionado. Y nosotros te ayudamos a levantar la casa. Aquí hay tierra de sobra.

Después de la visita a la autoridad político-militar de la aldea, el protocolo indicaba que había que rendir pleitesía al poder religioso. El padre Antonio, un simpático sacerdote italiano que llevaba años en la aldea, daba su catequesis en inglés a varios monaguillos. «Ya me han dicho a lo que ha venido. Le prometo enseñar la foto en el sermón del domingo.» Antonio Labraca me contó que había llegado a luchar contra los islamistas del norte en aquella misma guerra.

«Sabían que el enemigo vendría. Como había hecho la mili en la artillería italiana, me pusieron al mando del único cañón que tenían. Prepararon una emboscada. Al día siguiente vimos a los soldados avanzar justo por donde habíamos previsto. Cuando estuvieron a tiro disparé. Por suerte, el cañón no fue capaz de disparar una sola bala. Y me hice sacerdote.» Después de contar su historia, sonrió y se encogió de hombros. «Desde aquel día, aquí estoy.» De vuelta al *compound*, pasamos al lado de una casa donde un grupo de hombres practicaban una suerte de cicatrices tribales o escarificaciones a un adolescente. El paso de la pubertad a la madurez se celebra así. Con una cuchilla de afeitar le practicaban cortes rectos de un lado a otro de la frente, cuatro o cinco líneas para dibujar un pentagrama en la cara. La sangre goteaba a ambos lados y se mezclaba con las lágrimas del chaval. No gritaba, pero lloraba de dolor. Después, le cubrieron las heridas con una especie de masa hecha a base de excremento de vaca. Así se infectaba y quedaba en relieve, exactamente igual que al resto de hombres de la tribu nuer. También de algunas mujeres, aunque ellas no llevaban líneas, sino puntos en los brazos y el rostro.

No fue difícil hallar el lugar donde el buitre fue a posarse tras el niño. Está a unos diez metros del edificio del colegio que servía de central de reparto de comida. Igual que entonces, estaba lleno de soldados descamisados y con sandalias. No resultaba, ni de lejos, un lugar aislado en el que un crío pasaría desapercibido. Un militar me abordó cuando me vio llegar con la cámara. Me levantó el índice. «No quiero que saques ni a uno solo de mis soldados en tus fotos.» Como para discutirle.

Durante toda mi estancia en Ayod, el *commisioner* cumplió su palabra. Al día siguiente, convocó a varias mujeres mayores para hacer otro visionado de las fotos. Fue en su oficina, la única con aire acondicionado de toda la región, alimentado con un ruidoso generador. De nuevo, nombres y recuerdos. Este vivía por un camino que nace a la salida del mercado. Este otro murió hace años de un disparo. Nyaluak Garkuoth descubrió a su propia hija sonriendo en una de las fotos, pero no se acordaba del momento en el que un fotógrafo blanco le hizo aquella foto. «Murió en la hambruna», dijo, señalando su estómago hinchado y sus brazos cubiertos solo de piel. Chuol Deng, presente en la reunión, se llevó las manos a la cabeza al descubrirse herido en el mismo dispensario en el que atendían a los niños. Para probar que era él, se levantó el pantalón y dejó asomar viejas cicatrices. Dos días más tarde, les fotografié en el mismo lugar en el que Carter retrató a Deng y a la hija muerta de Garkuoth.

Una de las mujeres convocadas, que se encargó del reparto de la leche de la ONU entre los niños de la zona, Mary Nyaluak, sesenta años, ofreció la primera pista sobre la identidad del bebé. «Es un niño. Se llama Kong Nyong, su familia vive en las afueras.» Todos nos agolpamos en torno a la foto. Dos mujeres más le dieron la razón. «Sí, es el hijo de Nyong.» El *commisioner* se levantó de su silla de alcalde, como un resorte:

—¿Lo ve? Es un niño. ¡Se lo dije!

Carter disparó fotos a decenas de niños en aquel lugar. No es difícil que confundiera el sexo del bebé en su fotografía inmortal.

—Pero ¿está vivo?

Mary creía que sí, pero no lo sabía con certeza. Hace años que les perdió la pista porque la familia vive a varios kilómetros. Pero prometió convocar una reunión entre el periodista y el padre del clan. «Mire, aunque no se le ve la cara, todos en su familia tienen las orejas con esta forma». El extranjero pregunta si está segura: «Usted solo ve a un niño negro más. Yo veo a un niño al que conocí muy bien».

Al día siguiente, cuando el boca a boca hizo su trabajo, Mary nos dio la peor de las noticias: «Murió hace cuatro años. Consiguió sobrevivir al hambre, pero enfermó. Hoy vendrá su padre a verle. Le han dicho que hay alguien que lo busca por una foto de su hijo».

La noticia me entristeció y escribí un correo a Arenzana para contárselo. Este era el final del camino, de los cinco mil quinientos kilómetros que separan Madrid de este lugar. Para quitarme el mal sabor de boca, me di una vuelta con mis anfitriones y jugué un poco al fútbol con el equipo de la aldea, que entrenaba justo al lado del *compound* de la ONG. Eran más jóvenes que yo, altos, delgados, zancudos y corrían mucho. En cada jugada querían marcar el gol de su

vida, eso los hacía terriblemente individualistas. No entendían el fútbol como un deporte de equipo y no tardaban en perder el balón. En cuanto uno lo recuperaba, comenzaba su carrera de obstáculos en solitario hacia la portería. Y así una y otra vez. Cuando terminábamos, los niños más pequeños se acercaban a mí para que siguiera jugando con ellos. Les llamaba la atención el vello de mis brazos. Ellos son de piel muy oscura, mucho más que los africanos de otras zonas, y poseen un reflejo casi azulado, pero ni un solo pelo en brazos, piernas y torso.

El día siguiente fue el encuentro. Kong Nyong era un anciano, vestido con pantalones y camiseta kaki. Llegó tocado con una gorra y portando un bastón con adornos dorados. Era el símbolo de jefe de su clan. Su hijo, que lo acompañaba, llevaba una vieja radio en la que trataba de escuchar algo entre la niebla de las ondas. Los chicos de la ONG nos prepararon unas sillas de plástico para que todos nos sentáramos. Emmanuel cogió mi cámara y nos hizo fotos a todos. Aquel hombre sujetó la fotografía con sus manos nudosas, recubiertas de una piel dura como el cuero curtido. La observó unos instantes. Asintió con la cabeza.

—Sí, es mi hijo —afirmó dirigiéndose a Mario, el conductor que hacía las veces de traductor, en su lengua, el nuer, al tiempo que me devolvía la fotografía—. Si la sigo mirando, no podré dormir esta noche —dijo volviéndose hacia el otro lado, como si con ese gesto quisiera borrar los malos recuerdos.

Había preguntas mías que no conseguía entender, porque ciertos conceptos distan mucho de ser frecuentes en aquella lejana tierra. ¿Qué edad tiene? El hombre no sabe en qué año nació. Cree que tiene alrededor de sesenta.

—¿Vio alguna vez esta foto antes?

—No —respondió tajante Nyong.

—La gran mayoría de la gente aquí nunca ha visto ninguna —aclaró Mario.

—Mi hijo murió de fiebres hace cuatro años. Siempre fue un niño feliz, pero muy enfermizo.

—Pero ¿murió de fiebre amarilla, malaria, kala azar, cólera?

—Fiebres —insistió Mario—. En las aldeas la gente se muere sin saber de qué.

El *kawai* (o sea, yo) le explicó al señor Nyong que a su hijo lo fotografió Kevin Carter, un sudafricano blanco que pasó por Ayod durante dos horas en marzo de 1993. Que la fotografía fue publicada en el *New York Times* días después. Que ganó el premio más importante del mundo. Que luego su autor se suicidó, y que aún hoy es la imagen más polémica de la historia reciente del fotoperiodismo, pero que ayudó a concienciar a medio mundo de la necesidad de redoblar la ayuda humanitaria. Nyong solo respondió moviendo ligeramente la cabeza en un gesto afirmativo, pero su hijo aseguró que para ellos era un extraño

honor que una foto de alguien de su familia hubiera servido para salvar vidas.

El señor Nyong pidió de nuevo la foto de su hijo junto al buitre. Kong rondaba entonces los dos años. Cuando se la entregué, el hombre se quedó pensativo. Después habló con parsimonia:

—Era la gran hambruna. La gente venía a Ayod para poder comer algo de lo que traían en los aviones. No había nada que llevarse a la boca.

—¿La madre del niño lo acompañaba hasta aquí? —pregunté de nuevo.

—No. Ella murió nada más nacer él, así que se quedó pronto huérfano de madre y tuvo que reemplazarla su tío. Ella le llevaba a diario hasta el *feed center* para recibir la ración que necesitaba. Y se recuperó.

Le comenté que en Occidente se cree que el niño está solo, a merced del buitre, y que agonizó sobre la arena después, quizá antes de ser devorado.

—No, la hermana de mi esposa estaba allí, cerca de él, nunca estuvo solo.

A pesar del enorme dramatismo de la imagen, es la propia foto de Carter la que confirma las palabras del padre de Kong: el niño lleva una pulsera de plástico en su brazo derecho, las mismas que usaban en el *feed center* para agrupar a los niños según sus necesidades. Si se observa la imagen en alta resolución, puede leerse, en rotulador azul, el código «T3». A Carter se le criticó por no ayudar al bebé y el mundo le dio por muerto a pesar de que el propio Carter no lo vio fallecer. Solo disparó la foto y se fue minutos más tarde.

La realidad es que ya estaba registrado en la central de comida, en la que atendían enfermeros franceses de la ONG Médicos del Mundo. Uno de los contactos que hice antes de viajar me habló de Florence Mourin, una enfermera de esta asociación. En el momento en el que me contestó el correo electrónico estaba en Afganistán, pero en 1993 coordinaba los trabajos en aquel dispensario improvisado: «Se usaban dos letras: “T” para la malnutrición severa y “S” para los que solo necesitaban alimentación suplementaria. El número indica el orden de llegada al *feed center*». Es decir, que el pequeño Kong tenía malnutrición severa, fue el tercero en llegar al centro, se recuperó, sobrevivió a la hambruna, al buitre y a los peores presagios de los lectores occidentales.

Para terminar la entrevista, quise saber cómo era el niño de la foto, su hijo, qué gustos tenía, qué lo diferenciaba del resto: «Para mí fue especial porque nació en un momento muy malo para nuestra familia, su madre murió pronto y eso hizo que le cogiera mucho cariño. Supe que tendría que hacer todo lo que estuviera en mi mano para que saliera adelante». El señor Nyong no contó mucho más ese día, ya que tenía que recorrer el largo camino de vuelta a casa, a cuatro o cinco kilómetros del centro de Ayod, y el sol africano ya decía adiós bajo los árboles. Pero prometió una nueva cita dos días después.

Esta vez cogimos el coche y le visitamos en su propia choza. El señor Nyong,

polígamo como muchos hombres de su etnia, se mostró muy amable conmigo. Me presentó a sus tres esposas (sin contar a la fallecida madre de Kong), a sus nueve hijos y a sus incontables nietos, que me rodearon para que les sacara fotos. Se alojaban en tres chozas de adobe con tejado de paja, protegidas del exterior con una simple empalizada. En su interior, unas cuantas vacas aseguraban la leche para el desayuno. El resto, unas cuarenta reses en total, buscaban en los alrededores algo de hierba fresca en la polvorienta aridez de la temporada seca. No quedaba lejos la tumba de su hijo, muerto en 2007, pero los caminos habían sido cortados por los soldados ante el inminente avance del rebelde Athor, y no era posible visitarla. Pregunté por algún objeto que hubiera pertenecido al niño de la foto. No quedaba en las chozas nada del difunto Kong. Todo se repartió entre los hermanos. Quizá aquella camiseta de fútbol azul que lleva uno de los pequeños, ya gastada por el uso; quizá aquellos pantalones deportivos llenos de agujeros que luce otro; quizá el colchón sobre el que dormía...

Esa noche, la última en Ayod, vi pasar varios camiones de soldados que abandonaban el pueblo en dirección al frente. Gritaban canciones con un estribillo basado en el desquite. La noche anterior el enemigo estaba a ochenta kilómetros. Hoy a treinta. Las dos ONG de la aldea hablaban de evacuación en voz baja. Sí. El Ayod de 2011 y el de 1993, cuando Carter hizo la foto, se parecen mucho. Facciones del mismo ejército que se matan entre sí, mientras el enemigo del norte se frota las manos y vende el petróleo sobre el que nos encontramos.

El padre Antonio me dio un último consejo: «Todas las noches los chicos tocan música de tambores en el centro del pueblo. Si esta noche no oyes música, es que la guerra ha llegado hasta aquí. Coged el coche y escapad por el sur». Por suerte, aquella noche los bongos volvieron a sonar. Mentiría si dijera que no estaba deseando salir de allí. Y sin embargo, desde entonces, cada noche regreso en sueños a aquella aldea.

De vuelta a Juba, escribí el reportaje de una sentada, mandé las fotos y aún me quedó libre una tarde entera, que pasé en un restaurante etíope. Un doctor italiano de Médicos Sin Fronteras (MSF) que venía todas las tardes a tomar café me preguntó por la experiencia.

—Es el sitio más subdesarrollado que he visto en mi vida.

—Eso es que aún no has visto mucho. Acabo de llegar del interior del Congo. Aquello es un vergel, pero la gente está casi peor que aquí por culpa de la guerra. Y los periodistas todavía no habéis ido por allí.

—¿Puede visitarse ese sitio?

—Por supuesto. Hablaré con mis jefes. Si quieres te vienes con nosotros.

A veces es así de fácil. No terminas un viaje y ya tienes billete para el

siguiente.

BONUS TRACK. KEVIN CARTER

¿Por qué la camisa del miliciano de Capa luce tan inmaculada en el momento de recibir un disparo mortal? ¿Estuvieron alguna vez enamorados el chico y la chica que retrató Robert Doisneau frente al Hôtel de Ville de París? ¿Cómo se llama aquel hombre que detuvo el avance de una columna de blindados en Tiananmen? Todos los grandes iconos fotográficos cargan con su ración de mitología. Pero hay otros en los que la mitología ha virado hacia la leyenda negra. ¿Por qué se suicidó Kevin Carter?

La explicación más simple, repetida y que mejor se ajusta a la construcción de una leyenda perfecta es la de la culpa, la duda moral, el profundo cuestionamiento de su ética como fotógrafo profesional y como persona ante el drama humano que retrató en Sudán. Un niño en mitad de la nada, solo y sin ayuda, a merced de un carroñero siniestro que espera su muerte para despedazarlo. Carter publica su foto en el periódico más importante del mundo, gana el gran premio, se hace famoso y se embolsa mucho dinero. La gente lo critica por canalla y desalmado. ¿Por qué no hizo nada? Carter se aprovecha de la tragedia del bebé. Carter se arrepiente. Carter se suicida. Fin del cuento.

Sí, no es más que una fábula casi indestructible, pero fábula al fin y al cabo. Judith Matloff, su mejor amiga (y amante) de aquellos años en la violenta Sudáfrica pre-Mandela, desmiente esa versión tan extendida: «No, la foto del buitre no fue la causa de su suicidio. Kevin ya había intentado suicidarse varias veces antes de haber tomado aquella instantánea. Habitualmente fantaseaba con esa posibilidad porque se trataba de una persona seriamente desequilibrada, muy frágil». Y apunta a otra de las razones por las que pudo haberse quitado la vida: «Era adicto al mandrax o pipa blanca, una droga muy potente. Eso le hacía aún más vulnerable».

Matloff, excorresponsal de Reuters en Sudáfrica y hoy profesora de periodismo en la Universidad de Columbia, en Nueva York, le ofreció a Kevin vivir con ella a condición de que dejara de drogarse y pidiera ayuda psicológica. Fueron sus dos últimas semanas de vida: «Nada más ganar el Pulitzer la agencia Sygma le contrató para un trabajo en Ciudad del Cabo, pero llegó tarde y perdió el vuelo. Pocos días después, la revista *Time* le encargó otra sesión en Mozambique, pero se olvidó los carretes en el avión de vuelta... Aquello fue el punto de no retorno para él».

Carter estaba acostumbrado a ver imágenes fuertes. Su trabajo en el *Sunday Times* de Johannesburgo solía consistir en pasar la noche en los barrios negros de Soweto o Thokoza para salir temprano y retratar la brutalidad de los enfrentamientos entre rivales políticos o frente a la policía del Gobierno racista de Pretoria. Había muertos a diario.

Cuando el resto de periodistas llegaba a la zona, él ya iba con las mejores imágenes del día camino a la redacción del periódico. Allí conoció a Greg Marinovich, Ken Oosterbroek y João Silva, se hicieron amigos y fundaron lo que ellos llamaron el Bang Bang Club. Juntos consiguieron congelar en su obturador la convulsión que vivió el país justo antes de la llegada de Mandela a la presidencia. Greg Marinovich ganó su Pulitzer en 1991 con la fotografía de un linchamiento en plena calle a un miembro del grupo Inkhata, mientras que Carter lo hizo en 1994 con su fotografía del bebé sudanés.

Rob Hadley, amigo de Kevin, trabajaba en 1993 como jefe de prensa para la operación humanitaria Lifeline Sudan. Él fue quien se empeñó en que Carter y João Silva retrataran la hecatombe humana que se vivía en el triángulo del hambre y los llevó en avioneta hasta Ayod. Recuerda perfectamente el instante en el que el fotógrafo se acercó despacio al bebé cuando vio al buitre, enfocó el teleobjetivo de su Leica M3 y tomó varias fotografías seguidas: «Llega un momento en el que ya no sientes nada. Esa es la parte trágica. He cubierto como fotógrafo guerras en Chad, Liberia, Etiopía, Ruanda... Nunca vi nada parecido a lo que sucedía en Ayod, con cientos de muertos a diario por el hambre». Carter volvió de aquel viaje al infierno diciéndole a Rob y al piloto de la avioneta que estaba deseando abrazar a su hija Megan.

«Yo recuerdo que las críticas por aquello le afectaron mucho —cuenta Greg Marinovich—, porque atacaron su lado humano.» Algunas fueron especialmente hirientes. Un gran periódico estadounidense publicó una nota editorial en la que decía: «El hombre que ajusta la lente para tomar la mejor fotografía de su sufrimiento es un depredador, otro buitre en la misma escena». Judith Matloff asegura que «le entristeció que lo insultaran por no ayudar al bebé e intentó justificarse con varias versiones de lo sucedido, a veces contradictorias, sobre lo que hizo o dejó de hacer después de tomar la fotografía. Públicamente dijo que la ayudó y espantó al buitre, pero a mí me confesó que no lo hizo. Aún no entiendo por qué no explicó desde el principio que allí había trabajadores de ayuda humanitaria socorriendo a aquellas personas».

Megan Carter admite que la fotografía la interpreta al revés que el resto de la gente: «Yo veo a mi padre como al niño. El resto del mundo es el carroñero que intenta atacarle».

Por si eso no bastara, el 18 de abril de 1994 Carter dejó a sus amigos

Oosterbroek, Silva y Marinovich en un suburbio de Johannesburgo y se marchó a conceder una entrevista a un periodista, ya que acababan de darle el Pulitzer. En su ausencia, se produjo una refriega y Oosterbroek recibió un disparo mortal de un francotirador y Marinovich resultó gravemente herido mientras buscaba un lugar seguro junto a su colega James Natchwey. Aquella pérdida se unió a sus problemas con su esposa, Julia Lloyd, una hija a la que no veía, unas deudas que aumentaban y una depresión galopante. Más tarde diría que la bala que alcanzó a Oosterbroek iba destinada a él.

Hundido en esa espiral autodestructiva, decidió quitarse la vida. Después de 480 días de haber tomado la fotografía, pasados 93 de que le dieran el Pulitzer y 87 de la muerte de su amigo Ken, Kevin Carter, que solo tenía treinta y tres años, encontró motivos suficientes para robarle a su amiga Judith la manguera con la que regaba su jardín, conducir su vieja furgoneta hasta el parque en el que jugaba de niño, a pocos metros de su casa familiar, y conectarla al tubo de escape. Puso música, escribió una nota de suicidio en la que decía sentirse perseguido por los muertos retratados, incluido su amigo Ken, y aspiró el monóxido de carbono para terminar con su terrible drama personal.

Carter, sudafricano, solo sobrevivió 93 días al Premio Pulitzer.

Nadie, en la aldea de Ayod, había visto jamás la foto ni conocía su historia.

3

Saqueo y colonización

República Democrática del Congo

CONGO (OCTUBRE DE 2011, JULIO DE 2014, DICIEMBRE DE 2014 Y JUNIO DE 2015)

Aterrizaje forzoso

¿Qué puede salir mal? Siempre me he considerado un tipo con suerte. Y aquel día iba a demostrarlo. Acababa de llegar al aeropuerto cuando una guapa azafata belga de Brussels Airlines me preguntó, al verme cargando con la cámara de fotos, cuáles eran mis planes en Kinsasa. «Soy periodista», le dije. La sonrisa desapareció de su cara. «Be carefully», me dijo, así, en inglés. ¿Por qué? ¿Dónde se supone que había ido? «No se fíe de nadie. Nosotros no salimos ni a la pista por miedo. Bienvenido al Congo», concluyó, y volvió a sonreírme entre curiosa y compasiva. Si quería meterme miedo, nunca nadie lo ha conseguido de manera tan contundente.

Bajé la escalerilla del avión con las piernas temblando hasta la pequeña terminal blanca, donde ya estaba montada la cola de inmigración. Llegué el último. Estuve cerca de una hora esperando mi turno mientras me imaginaba que, en la sala de al lado, alguien habría robado ya de la cinta de equipajes mi maleta con ropa para tres semanas. Cuando llegué al mostrador era ya noche cerrada. Dos congoleños me pidieron la documentación. Entregué mi pasaporte con el visado. «¿Qué viene a hacer a Kinsasa? ¿Quién le ha invitado? Con esto solo no puede pasar. Tiene que entregar también la carta de invitación.»

Claro, la carta de invitación. Recordé vagamente a los chicos de Médicos Sin Fronteras instándome a imprimir aquello. «Llévala encima, que si no, no pasas.» Sabía que la tenía en el correo electrónico, pero aquel aeropuerto pertenecía a una era muy anterior a la del nacimiento del ordenador. Qué cara debieron verme aquellos tipos para que se pusieran a llamar ellos mismos a todas las secciones de MSF en Kinsasa, preguntando por qué un periodista español, que se suponía que viajaba con ellos, no tenía su carta de invitación.

Al rato, perdida ya toda esperanza, y casi deseando que la azafata regresara a darme las buenas noches en el vuelo de vuelta, apareció el tipo de inmigración con mi pasaporte: «Aquí tiene. Me aseguran que es usted quien dice ser».

Cuando iba a salir del aeropuerto, a punto de irme sin ella, me topé con mi maleta, la única que daba vueltas en la cinta de equipajes. En el aparcamiento quedaban dos tipos que vendían tarjetas SIM. Ni rastro del coche de Médicos Sin Fronteras. Se miraron, sin creerse su suerte. Un paleta blanco que no hablaba francés, que apenas lo entendía y que no sabía nada del sitio al que había llegado. «¿Quiere usted un taxi?» Claro que quiero uno. Y el taxi eran ellos montados en una tartana ruinosa a la que no le quedaba una zona virgen de abolladuras. Olía a humanidad allí dentro. «Llévenme a la casa de Médicos Sin Fronteras. ¿Saben dónde está?» «No, pero ya preguntaremos.» ¿Qué podía salir mal?

En un idioma entre el lingala, el francés, el español y el inglés, conseguimos no solo llegar con éxito a aquella casa, sino que además no me timaron demasiado. Los treinta dólares que les pagué por aquel paseo por una ciudad a oscuras cuyas únicas luces son las hogueras de la gente quemando basuras y los faros de los coches, los hubiera pagado en cualquier lugar del mundo. Uno de ellos se tiró todo el trayecto preguntando por teléfono cuál era el sitio en el que tenían que dejarme. No recuerdo su nombre exacto, pero sí que al pronunciarlo sonaba como un tam-tam. Se llamaba Yembeyembe, o algo así. Aquel fulano juraba conocer a un grupo de *sapeurs* de su barrio y yo quería hacerles unas fotos. Los *sapeurs* son esos tipos que se tiran todo el año ahorrando lo poco que ganan para hacerse un traje a medida en París y luego pasearse por calles de Kinsasa como dandis del trópico. También me habló de otro de los temas que yo buscaba: el boxeo y la famosa pelea en Kinsasa entre Mohamed Alí y George Foreman. Decía conocerlo todo sobre aquel acontecimiento y hasta juró que un amigo suyo tenía una escuela para niños de la calle. Resultó fácil quedar con aquellos tipos para el día siguiente.

No logré reconocer el tipo de vivienda en la que estaba pasando la noche hasta el día siguiente, cuando la vi a la luz del día. Un chalet que había conocido mejores tiempos en el que se suponía que dormía también una trabajadora humanitaria argentina. Aún sin desayunar, los congoleños de la noche anterior me sacaron de allí para llevarme hacia lo desconocido. Comencé a coger taxis con el amigo Yembeyembe y su acompañante Sam, que era el que me traducía al inglés. Ningún blanco coge ese tipo de transporte en el Congo, así que todos los conductores y compañeros de viaje me miraban como se mira a un pirado. Ninguno te lleva más allá de la frontera del barrio en el que estés, así que debes parar, bajarte y pillar otro al vuelo.

Los taxis en Kinsasa son, en la mayoría de los casos, esqueletos de vehículos donde se suben, dependiendo del trayecto, seis o siete personas, a veces unos encima de otros. A veces son también pequeñas furgonetas destartaladas con

bancos de madera en la parte de atrás, donde se apiñan veinte en un sarcófago maloliente. Más que volante, parece que lleven timón de barco pirata.

Parte de un trayecto lo hice con una mujer embarazada sobre mis piernas y con un jefe del ejército, con sus entorchados dorados y demás, tan pegado a mí que entre los dos no cabía un electrón. Vas sin aire acondicionado y con un calor húmedo que te tiene todo el día sudando. Sudas tanto que hasta te olvidas de mear. El conductor lleva un canuto de billetes en la mano izquierda para ir pagando mordidas a los guardias de tráfico corruptos, que nos paran en cada rotonda.

Tres horas de atascos y cinco taxis después llegamos a nuestro destino. A la trasera de un garito cochambroso fue arribando la chavalería con sus mejores trajes en una bolsa. Congo es una ficción democrática con poca libertad y mucha policía secreta, así que preferían cambiarse allí dentro. A Kabila no le gustan los *sapeurs* ni ningún otro movimiento contracultural, como tampoco le gustaban al dictador Mobutu, que prohibió el traje europeo y obligaba a los hombres a vestir con ropas tradicionales. Por eso los *sapeurs*, más que una imitación del gusto colonial, tienen mucho de rebeldes.

Ella llegó después, ya con el trabajo de fotos y entrevistas casi terminado. Su novio, un chulapo negro con tatuajes de malote, chaqueta de domador de leones, boina blanca, zapatos de gángster y andares de Pedro Navaja, también era un *sapeur*. El más elegante de todos, un auténtico *sapeur*, como me dijo él. Pero cuando ella bajó del taxi media ciudad se dio la vuelta para mirarla, como si en vez de pendientes llevara cascabeles. Me dijo el novio que aquella tipa, anclada con el brazo a su cuerpo, era Miss Kinsasa. No era verdad, claro, pero podría haberlo sido.

Le hice unas fotos con toda la calle mirándome. Clic, clic, clic, y nos fuimos todos juntos a tomar unas cervezas a casa de Sam, que vivía cerca. Se despedía un sol rojizo y africano y allí mismo aprovechamos para cenar un plato de insípida mandioca y cerveza Primus bien fría. No había comido ni bebido nada durante todo el día. Alguien trajo un radiocasete y aquello se animó rápido. Música picante. La gente comenzó a bailar y entonces comprendí que los ritmos caribeños son, en realidad, una mala copia de lo que la gente escucha junto al río Congo, para revivir a los muertos en sus tumbas. La incandescente rumba de Papa Wemba, maestro *sapeur*.

Me levanté para coger otra cerveza y cuando quise darme cuenta estaba en el centro de la fiesta, con Miss Kinsasa agarrada a mi cintura, la música sonando cada vez más alta, ella cada vez más cerca y la gente aplaudiendo al *mundele* («hombre blanco», en lingala) bailando con aquella pantera subida a los tacones de la noche. No había distancia de seguridad. El novio allí, mirando esquinado

bajo la boina. Una canción. Y luego otra... Pensé: «Este es el sitio en el que me van a dar dos hostias». Me acordé de aquella azafata rubia: «Be carefully». La chica se separó de golpe y miró a mi pantalón. Un bulto... y vibra... Coño, es el móvil. «Sí, dígame.» Llamaban del periódico. Mi querida compañera Fátima Ruiz. «Que si nos mandas el reportaje de Tintín en el Congo, aquel que nos comentaste, que lo necesitamos ya.» «¿Ya? Claro, claro, si lo estaba escribiendo.»

Cuando me despedía de la gente el novio se me acercó con una sonrisa, me chocó la mano como los negros de Harlem y la miró delante de mí. No necesité que me tradujera nada. El tipo estaba enamorado de aquella chica y me hacía partícipe de la conquista.

Miss Kinsasa, que ya digo que no era Miss Kinsasa, me regaló el collar que aún conservo. Y vuelta a La Gombe, atravesando un infierno de perfumes, gambeteando por las aceras de una ciudad sin alumbrado público, que late iluminada por los fuegos de la calle, con sus diez millones de personas moviéndose como dentro de un enorme hormiguero. Llegué a tiempo para escribir el reportaje que, se suponía, ya tenía escrito. Cuando lo envié, me crucé con la argentina. «¿Tú eres el periodista español? Vístete, te estamos esperando para ir a una fiesta esta noche. ¿Te gusta la música congoleña?»

Como para no gustarme.

LAS MUJERES PROFANADAS

Siempre tienen champán en los bares de las ciudades en guerra. Y siempre se encuentran los motivos para brindar. Donna, una doctora británica, levantaba su copa porque aquel día había aprendido a practicar una nueva cirugía que le sería difícil perfeccionar en Londres: la reparación de vaginas de mujeres violadas. El fotógrafo londinense Phil Moore acababa de enviar unas fotos a su agencia y en pocas horas se publicarían en los diarios más importantes del mundo. Raquel, cooperante española, estaba segura de que la nueva ofensiva prolongaría el flujo de ayuda humanitaria que aseguraría su empleo. Víctor sabía que un nuevo conflicto, que en realidad es el mismo de siempre, añadiría aún más inestabilidad en aquel Estado fallido, elemento imprescindible para sacar de contrabando el coltán que vendía a un grupo de traficantes chinos, también presentes. Los pilotos rusos de Naciones Unidas, que preferían beber vodka, celebraban que podrían quedarse aún más tiempo en su mansión junto al lago, volando de vez en cuando en sus viejos cacharros soviéticos y acostándose con las mismas chicas

de siempre a precio de esclava. Porque las prostitutas del Congo bailan mal, pero bailan desnudas.

En aquel bar para blancos no solo había blancos. Aquella noche de agosto de 2014 estaban también los camareros con pajarita y varios militares de alto rango. Unos meses antes andaba emborrachándose por ese mismo garito Bosco «Terminator» Ntaganda, un criminal de guerra que se hizo millonario explotando su propia mina de oro. Por las noches le gustaba comer pizza junto a los cooperantes que intentaban ayudar a las víctimas de los abusos que él mismo cometía durante el día. Bebía tanta cerveza que llegaba a caerse de la silla al intentar levantarse, no para pagar, porque él nunca pagaba, sino para amenazar a alguien con matarle. Si Terminator te miraba mal y llegabas al hotel sano y salvo podías sentirte afortunado. Pero aquella noche no estaba en el bar, sino en el banquillo de los acusados en la Corte Penal Internacional de La Haya por crímenes de guerra.

Eran las nueve de la noche del sábado 16 de junio de 2013 y aún quedaban tres horas de *happy hour* en Le Chalet, el lujoso club frente al lago Kivu con champán y vino francés. Un vistazo rápido alrededor podría convencernos de que estábamos frente al Caribe en una de esas discotecas con palmeras y animadoras. Bob Marley cantaba «War» por los altavoces mientras un grupo de cooperantes llegaba de pasar varios meses en alguna zona remota de Walikale. La velada se animaba en la pista de baile. Christian, el jefe de misión de una conocida ONG, aseguraba que hay dos cosas que no pueden faltar en las casas para cooperantes sobre el terreno: alcohol de alta graduación y muchos preservativos. «¿Cómo si no van a resistir semanas en mitad de la selva, rodeado de grupos armados y campos de refugiados? Follando y bebiendo para no volverse locos.»

A esa misma hora, a solo cuatro kilómetros, en el campo de refugiados de Mugunga, cinco militares rebeldes violaban a Rachel. Se resistió, así que le dieron además una buena paliza. Y con la llegada de la noche, si uno afinaba el oído, podía escuchar de nuevo el rugido de la artillería. De este modo, se ponía en marcha otra vez la rentable y despiadada picadora de carne humana que es la guerra. Dos morteros cayeron sobre el campo de refugiados cuando la cerveza, que en el Congo es más barata que el agua, comienza a subir su porcentaje en sangre.

He estado tres veces en el Congo. Desde 2012 hasta 2014 en diferentes zonas. En todas me he topado con un tópico: lo mejor y lo peor del ser humano, las bestias más despreciables y las almas más indestructibles en defensa del sagrado valor de la existencia humana. En todos estos lugares encontré pobreza sin horizonte, corrupción rampante, violencia desatada y ninguna autoridad estatal.

Y como escenario, la zona de los volcanes de Virunga, el sitio más bonito de la Tierra.

No era casual que, en el largo y peligroso camino que conducía hasta estas montañas del Congo solo hubieran derribado uno de los tres carteles que jalonaban la ruta. Sobre la hierba, destacaba su leyenda: «Un verdadero hombre no viola a las mujeres». El mensaje, legible en francés y swahili a pesar del óxido, formaba parte de una campaña de la ONU para erradicar la violencia sexual. Pero esa campaña fracasó en sus objetivos, como el cartel que la difundía. Esta región, uno de los escenarios más crueles de la Gran Guerra de África (de 1998 a 2003) y del actual conflicto de Kivu, ha visto pasar a incontables milicias que, durante años, han dejado su impronta en forma de violación masiva como arma de guerra. Esto es lo que me contó aquel tipo de MSF en el restaurante etíope de Sudán del Sur:

—Hay un lugar llamado Haut Plateaux («altas mesetas») donde han violado a todas las mujeres de una aldea.

—¿A todas?

—Ancianas y niñas incluidas.

Los soldados hutus de las Fuerzas de Liberación de Ruanda (FDLR), o sea, los restos de la soldadesca que protagonizó el genocidio tutsi a golpe de machete en 1994, repitieron el comportamiento que los ha hecho famosos en regiones como Fizi y Walikale: violar a todas las mujeres choza por choza delante de su familia para humillar a la etnia rival, haciéndole hijos al enemigo. Guerra psicológica y demográfica. Y todo bajo una impunidad absoluta, porque aquí no hay más ley que la del silencio. Nadie habla ni denuncia. No hay a quién acudir. La sociedad hace tiempo que se derrumbó. El último episodio de violación masiva en estas aldeas —son incontables— sucedió el pasado 26 de febrero. En la carretera que lleva al mercado de Milimba cincuenta mujeres y varios hombres fueron salvajemente asaltados de nuevo por las FDLR.

Marungu, el final de nuestro destino, era una aldea con chozas de barro a más de dos mil metros de altura. Médicos Sin Fronteras tenía un pequeño fuerte de madera en un extremo del pueblo. Por las noches hacía un frío húmedo que requería de braseros a la antigua para calentarse. Tenían una tele que se veía con niebla, un internet aceptable y la oficina al lado de las habitaciones de dormir. Yo compartía la mía con Fernando Calero, del departamento de prensa. Acabábamos de pasar, con el resto del equipo, un fin de semana en Uvira, junto al lago Tanganika. Nuestro hotel era el típico de la zona que ha conocido días mejores. No tenía agua corriente y había que ducharse con un cubo. La mosquitera estaba rota y había una Biblia atada con una cadena a la mesita de noche. Pero en Marungu hasta la Biblia habría sido un lujo. Los cinco días que estuvimos allí

comimos lo mismo: una mezcla de arroz y judías rojas, que nos servían también en la cena. La única alegría comestible era la Nutella que compraba Ferry Shippers, el jefe de la misión, de su propio bolsillo. La radio crepitaba todo el día con los partes de seguridad de la zona.

Por el día salíamos para hacer entrevistas. Yo iba preocupado. No sabía si íbamos a encontrar mujeres violadas que quisieran hablar con nosotros. Al final el problema fue poder condensar todos los testimonios en un texto de once mil caracteres para el diario. En nuestro mundo, determinados testimonios no se ofrecen al primer periodista que pasa por allí, pero me sorprendió la facilidad y la sinceridad con la que aquellas mujeres hablaban de aquellas experiencias. Recuerdo bien a Caddy, vestida con un colorista traje africano y subida a las manoleínas amarillas de plástico que monopolizaban el calzado local. Acababa de dar a luz a un niño fruto de una violación de cuatro soldados hace nueve meses. «Estoy contenta con mi bebé porque mi madre me apoya. En cambio mi novio, que al principio estuvo a mi lado, se ha ido con otra. Y mi padre sigue muy furioso —dice con un hilo de voz apenas audible—. Él cree que me ofrecí a los hombres que me violaron y se siente avergonzado.» Aquellos días me pasaron una estadística: en el Congo, una mujer tiene cincuenta y dos veces más de probabilidades de sufrir violencia sexual que otra residente en España.

Cada vez que nos movíamos en el Toyota, nuestro jefe de seguridad se aseguraba de hablar con todas las milicias de la zona para indicarle a qué hora pasaríamos con el vehículo por tal o cuál camino. «Recordad que somos neutrales. No nos disparéis.»

Al tercer día nos internamos a pie hacia una de las aldeas más recónditas de la zona llamada Kitoga. Al amanecer seleccionaron a unos cuantos porteadores que cargaron con unas pesadas neveras para vacunas, y nosotros decidimos acompañarles. Era territorio de las FDLR, así que pocas bromas. El trayecto, de cuarenta y dos kilómetros, se nos atragantó desde el principio. Llevábamos dos botellas de agua cuando hubiéramos necesitado al menos el doble. La falta de adaptación a esa altura nos dejó para el arrastre, y cuando llegamos a la aldea ya no podíamos movernos. Hicimos unas cuantas entrevistas más a otras chicas en el lazareto, donde eran atendidas. Todas ellas bajaban la voz, como si cargaran con una vergüenza infinita, y resultaba difícil oír lo que decían. Algunas lloraban. Ninguna contestaba con monosílabos. Mujeres analfabetas pero valientes que contaban su historia a pesar de las consecuencias. Solo entrar en una sala con dos blancos con cámaras ya podía salirles muy caro. Ninguna se negó a hablar. No era de extrañar que aquella misión fuera la única de todo el despliegue de MSF que no permitía mujeres expatriadas en su equipo: el riesgo de que sufrieran algún tipo de violencia sexual era más que evidente.

De vuelta pasamos por un mercado. Era domingo, pero no estaba ni mucho menos lleno. Apenas tenían nada que vender. A un lado había varios chicos de una milicia congoleña *mai mai* (de autoprotección). Saqué unos cuantos cigarros que tenía encima (yo no fumo, pero en estos sitios hay que llevarlos siempre) y les fotografié posando con sus kaláshnikovs, tan ufanos. Dentro del mercado vimos a otros tipos. Eran más, más altos y más amenazadores, y nuestra presencia no les agradaba. No hablaban entre ellos, solo nos miraban. Eran los ruandeses de las FDLR. «La semana pasada se liaron a tiros y hubo varios muertos. No saquéis la cámara. Nos vamos ya.» Y así zanjó la visita nuestro traductor, que además se comió la mitad de nuestros bocadillos. Si llegamos aquella noche a la base, totalmente acalambrados, dos horas después de haber anochecido y en pleno territorio comanche fue porque sabíamos que en ese camino el peligro era tangible. No sé si estábamos más acojonados que agotados, o viceversa. La excursión me costó dos días de recuperación que pasé leyendo y escribiendo junto al brasero. Solo salimos para asistir a una cita curiosa: el señor de la guerra que mandaba en la zona reunió a los alcaldes y a la única ONG que operaba en la zona: MSF. Fue en un edificio sencillito, de barro, con olor a madera húmeda y un solo ventanuco en el interior cuya luz iluminaba la cara de aquel comandante subido al altar. Acudió con una Biblia en la mano, un cura y dos adolescentes armados. Al fondo, una pizarra con el orden del día: seguridad, rutas, alimentos, quién manda ahora, pero ni una línea sobre un problema del que nadie hablaba: las violaciones. Apoyado sobre aquella pizarra, uno de los chicos dejó el kaláshnikov. De frente, alcaldes con chaquetas raídas, manos nudosas del trabajo en el campo, mucho miedo y sometimiento hacia aquel militar. Y el equipo de MSF intentando que se respetara su trabajo y su neutralidad en tierra de nadie. «Sin paz no podremos sostenernos —comenzó diciendo—. Sin paz no hay fuerza. Sin conciencia no hay vergüenza. Si no quieres trabajar para Dios, tendrás que decidir para quién trabajas.»

A cada rato, hacía leer al cura algún versículo de la Biblia que justificara de alguna manera sus palabras. Era parte del libro del Apocalipsis. «Y los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio y no permitirán que sean sepultados.» Seguía luego con su particular salmo: «Nosotros estamos aquí para traer la libertad». Pero pronto afloraron los enemigos y las soluciones para conseguir esa paz que él prometía. «Hemos tenido mucha paciencia con esas armadas extranjeras, como las FDLR hutu o el FDF de los banyamulenge. Tenemos que protegernos de ellos.» Y con otro párrafo de la Biblia, haciendo aspavientos de profeta, acabó de retorcer el mensaje: «Si no podemos fiarnos de nuestro propio ejército, dadme vuestra aprobación para disparar a matar. ¿Quién de entre nosotros no quiere la paz?».

En ese momento ninguno de los presentes alzó la cabeza del suelo. En el ambiente quedó el eco de sus palabras. Ya estaban en sus manos. El señor de la guerra tomó la Biblia, la levantó y como un padre juró protegerles «con su propia sangre». «Así que es así como lo hacen», pensé. Así de fácil, de burdo y de efectivo. Por eso lo de manipular a pueblos con el miedo funciona desde Jenofonte. Dadme el poder, que esto ya lo arreglo yo.

Agobiado por el ambiente tenso de aquella reunión, salí a que me diera un poco el aire. Allí estaba el otro escolta, oliendo a alcohol y escuchando la radio. Le dije, por señas, que me enseñara el arma que colgaba de su cuello. Un viejo AK-47 con la leyenda «Izhevsk. Russia. 1983» grabada en uno de sus laterales. Un arma con memoria de sangre, vendida y revendida una y otra vez, a saber en cuántas guerras. Le ofrecí un cigarrillo y se lo llevó a los labios. «Ponte ahí, hombre, que quiero hacerte una foto.» Clic.

Cuando nos retiramos cinco días después, de nuevo hacia Uvira y el lago, tuve la sensación de que aquella misión no iba a durar mucho. Dos semanas más tarde, un grupo de hombres armados entró en la base de MSF, mató a los guardias y se llevó todo lo que pudo. Me equivoqué. A pesar de todo, la misión se recompuso y siguió abierta durante años.

A nuestra vuelta, visitamos el hospital Panzi de Bukavu, donde el doctor Denis Mukwege, célebre cirujano, atendía cada año a miles de mujeres violadas. La clínica era el lugar más tranquilo de la ciudad. Tenía un jardín japonés donde se respiraba calma. Estaba lleno de pacientes. Con sus telas de vivos colores, se movían despacio y ninguna levantaba la voz. Iban y venían en pequeños grupos. Por indicación de la dirección no pude hacer fotos, pero sí hablar con ellas. Nos contaron que lo primero que recomendaban a estas mujeres es la confección de piezas de artesanía en sus talleres. La mayoría fueron asaltadas con violencia. Cuando quieren defenderse, se protegen con los brazos. Por eso llegaban con ellos amoratados y entumecidos. Para comenzar a moverlos cosían bolsos, trajes, manteles... Me crucé con una mujer que me devolvió una mirada vacía, vacía porque no tenía ojos. «Se los arrancó su violador. Creemos que era de su misma aldea y que lo hizo para que ella no pudiera reconocerlo», nos contó en voz baja Johanna Pearson, responsable del programa de violencia sexual del hospital, mientras nos enseñaba el centro. Las estadísticas decían que el 65 por ciento de las mujeres de la región de Kivu Sur habían sido violadas, pero en Haut Plateaux ese porcentaje se quedaba muy corto.

En realidad, la epidemia de violaciones es solo uno de los males del Congo, o quizá el resultado de otros más profundos, como las consecuencias que la guerra ha tenido sobre las normas sociales, la falta de empatía, la impunidad de los perpetradores o la ausencia del Estado, del que solo tenemos noticia por su

corrupción. Pero en medio del desmoronamiento general, me sorprendió el papel de algunos luchadores que no se dejaban arrastrar por el desánimo y ponían en riesgo su propia vida en su lucha por la dignidad. Denis Mukwege era uno de ellos, pero me encontré más: Justine Masika Bihamba, una abogada y activista por los derechos de la mujer, que representaba gratuitamente a las asaltadas contra sus perpetradores. Masika y otras valientes activistas, cuyas vidas están amenazadas por los señores de la guerra, consiguieron sentar en el banquillo de los acusados a más de 39 militares congoleños acusados de ordenar y participar en violaciones masivas en la ciudad de Minova en 2012. Durante el juicio permanecieron impasibles, haciendo bromas entre ellos. Se sentían impunes. Alguno incluso se permitió dormir en medio de las declaraciones. Una a una, las mujeres desfilaron por el estrado con la cara cubierta, señalando a aquellos militares. El juez condenó a 19 de ellos por saqueo, pero solo dos fueron a la cárcel por violaciones documentadas con miles de pruebas. Fue un fracaso, pero a la vez una victoria.

Uno de los lugares en los que se luchaba por las mujeres y su dignidad era el hospital HEAL Africa de Goma, la capital de Kivu Norte. Y más concretamente en el quirófano del doctor Justin Paluku, el lugar más limpio del Congo en muchos sentidos. Allí se operaba a varias mujeres seguidas los martes y los jueves, en sesión continua. El ginecólogo nos permitió el acceso a Raquel y a mí a una de estas intervenciones. Entramos en la sala de operaciones vestidos con el traje de sanitario y nuestras cámaras. La chica era Furaha, una campesina ruandesa pequeña y dura de veinte años, con las manos curtidas por el trabajo. El equipo médico acababa de cocer en una gran olla todo el instrumental para esterilizarlo, así como las batas, máscaras y gorros que llevarían durante la operación. El equipo de anestesiistas la durmió de cintura para abajo, ella cerró los ojos y entró en letargo mientras de fondo sonaba el bip bip de su corazón, reflejado en una gráfica verde en una pantalla. Marcaba 76 pulsaciones. Estaba tranquila. El doctor Paluku, reparador de vaginas, empezaba su jornada de doce horas en este taller de mujeres rotas después de pasar por la misa diaria del hospital.

—Las fístulas que operamos aquí suelen generarse por dos motivos. Primero, por una violación salvaje, en la que los asaltantes suelen introducir objetos en la vagina de las mujeres, como cuchillos o el cañón del arma, para causar el mayor daño posible. Hemos operado casos de mujeres a las que han introducido ácido en sus genitales o algún líquido inflamable. Y después han prendido fuego. El segundo motivo es por problemas tras el parto.

—Entonces, ¿en el segundo caso la violación no tiene nada que ver?

—Nuestro personal médico investigó y se dio cuenta de que la mayoría de

esas mujeres que tienen problemas con el parto y las fístulas también fueron violadas con anterioridad, y que arrastran los daños desde entonces.

—¿Cuál es el peor caso al que se ha enfrentado?

—Una niña de cuatro años. Dos militares la atraparon cuando huía. El daño que le produjeron tras violarla le produjo un desgarró que comunicó el ano con sus genitales. Estaba totalmente destrozada. Aquella pequeña nos marcó a todos. No entiendo cómo un ser humano puede llegar a hacer tanto mal a otro ser humano.

A Justin lo vistieron sus dos asistentes, que se unieron a las dos anestesisistas, una enfermera y dos estudiantes de medicina londinenses que vinieron a aprender cómo hacen este tipo de operaciones los mejores del mundo: los equipos congoleños. Furaha reposaba en la silla ginecológica, con las piernas separadas y su intimidad expuesta a la luz frontal de casco de minero que el doctor Paluku llevaba en la cabeza. Una enfermera le dio la mano, le susurró algo al oído y le acarició la cara. El pulso de aceleró a hasta las cien pulsaciones. Comenzó la operación. La mano derecha de Furaha, atada como todo su cuerpo al brazo articulado de la mesa, comenzó a temblar como si tuviera vida propia, aunque ella mantuvo la calma en todo momento. Dejó escapar un par de lágrimas. «Mi abuelo era enfermero. Toda la comunidad lo respetaba y lo quería. Quise seguir su ejemplo y dedicarme a la sanidad», nos explicó más tarde Paluku.

La intervención fue un éxito.

La mañana después de aquella fiesta de blancos conocí a Rachel. Vivía bajo un plástico de ACNUR en el campo de desplazados de Bulengo, frente al llamado lago Verde, donde echaron a muchos de los muertos de la epidemia de cólera que arrasó la ciudad de Goma los días siguientes al genocidio ruandés de 1994. A Rachel la habían violado dos veces en los días previos. En la primera ocasión lo hicieron los rebeldes de Masisi, la región de la que huía. La segunda vez fue el ejército congoleño, el bando contrario. «Aquí nadie protege a las congoleñas. Estamos en mitad del fuego cruzado.» Ese mismo día trajeron al centro de MSF que estaba en el mismo campo a una mujer llamada Sara, a la que acababan de violar unas horas antes. No podía sostenerse de pie. La habían destrozado a golpes. Toda su cara estaba amoratada, además de sus brazos, y apenas tenía fuerzas para quejarse. Cuando la bajaron del coche solo hacía un gesto, el de cubrirse como si se encerrara en sí misma. La fotografié de espaldas, mientras era conducida a una camilla en volandas por dos enfermeros. «Tiene heridas en los antebrazos porque intentó protegerse y se resistió, a pesar de todo. Son muy

duras las congoleñas», me comentó uno de los enfermeros.

En la salida del campo había un grupo de soldados despanzurrados sobre sacos de carbón vegetal. Estaban muy borrachos. Iban mal vestidos, con camisetas de equipos de fútbol y chancletas. «Es primero de mes. Acaban de cobrar y se lo han gastado en alcohol. Pueden estar bebiendo toda la noche.» Cada grupo de mujeres que pasaba recibía improperios y bromas pesadas. Uno de ellos obligó a una anciana a bailar con él. La mujer tuvo que dejar su enorme bulto de leña que transportaba sobre la cabeza y complacerlos. Las carcajadas subieron de volumen. Uno de ellos, calado con una boina verde y enormes gafas de espejo, es el que daba las órdenes. Tuve la pulsión de acercarme y gritarles que eran unos hijos de la gran puta. Sus armas, bien cargadas, estaban a sus pies. No soy un valiente ni un suicida, así que me quedé donde estaba, a unos treinta metros, metido en el Toyota, donde ellos no podían reparar en mi presencia. Mastiqué lo que nunca les dije. Aunque no hablé con ellos, tuve el mismo miedo que hubiera sentido al encararlos. El conductor de MSF se encogió de hombros y arrancó. Yo no protesté.

En ese momento tuve la certeza de que habían sido ellos los que habían violado a Sara.

Llevo tres viajes al Congo y suelo repetir la cuestión a unos y a otros, pero nunca he podido encontrar una respuesta a lo esencial: ¿por qué violan a mujeres? O mejor: ¿por qué violan a mujeres masivamente y como arma de guerra, con ese odio, con el afán de destruirlas por dentro y por fuera? Las respuestas hablan de analfabetismo, falta de leyes, ausencia de una policía efectiva, falta de igualdad, de táctica del miedo para controlar el territorio... Son ideas parciales, insatisfactorias. Mi trabajo sobre las mujeres es incompleto y frustrante. Ninguna de esas respuestas explica la brutalidad con la que se ensañan contra ellas. Solo una persona me ha dado un argumento en cierta manera clarificador. Fue Nestor Nongo, un congoleño que vive en Madrid: «Puede parecer una contradicción, pero para los congoleños la mujer es sagrada. Si ataco a la mujer, ataco a su comunidad. Quiebro lo más valioso que tienen. Esa es la explicación».

Uno intenta meterse en la piel de estas mujeres para poder contar su sufrimiento, pero de nuevo fracasa. ¿Qué sabe un hombre del sufrimiento de una mujer? Además, nos pasamos la vida intentando que los demás nos cuenten sus vidas, pero nos negamos a interpretar nuestro propio dolor. Las reglas del periodismo han cercenado los sentimientos del reportero para centrarse en sus víctimas. Así debe ser. Lo importante es darle voz a quien no la tiene. Pero somos reporteros (y reporteras) con armadura. Algún día, cuando nos la quitemos, aparecerán en cuerpo y alma los nombres de Sara, de Rachel, de

Furaha, de la mujer cuyos ojos fueron arrancados por una bestia y que aun así te dedicó una mirada vacía. Justo la mirada de pesadilla que te llevarías a una isla desierta, la que nunca olvidarás.

EL COMBUSTIBLE DE LA GUERRA

¿Por qué no se agota nunca esta guerra en mitad de la naturaleza? ¿Por qué aquí el conflicto es más rentable que la paz? ¿Qué beneficios se extraen de la muerte? Hay un lugar donde se encuentran las personas que pueden responder a estas preguntas. Te dirán que no puedes llegar hasta allí, que el viaje es muy largo y no tienes dinero para pagar lo que cuesta. Es mentira. Si te lo propones, puedes llegar a la colina de Gatombe. Aunque para ser justos, esta historia debería comenzar antes, en el metro de cualquier ciudad occidental en hora punta, donde millones de personas, con la cabeza agachada, como zombis, tocan la pantalla luminosa de un móvil. Con la yema del dedo leen, seleccionan, amplían, descartan... Ya resulta sospechoso aquel que viaja con un libro de papel. Tan sospechoso que procura forrar las tapas para que nadie sepa qué lee. No, ya casi no leemos. O leemos todo el día mensajes de ciento cuarenta caracteres que nos permiten saltar de uno al otro sin tener que concentrarnos. Son las redes sociales, la droga de nuestro tiempo, una extraña analgesia que nos alivia de la ausencia de amigos reales y de la falta de interés de nuestras vidas. Para conseguir eso, una sociedad conectada a internet, consumista de información y de productos que ya tenemos por triplicado, necesitamos millones de dispositivos móviles con pantallas cada vez más grandes y baterías más poderosas. Son la puerta más fácil para alimentar el ego, para tener sexo, para comprar el último modelo de la última colección de ropa. Es un mundo paralelo en el que pasamos más tiempo que en el propio. Esos teléfonos, tabletas y portátiles los queremos baratos, los queremos mejores y los queremos ya. No hay de qué preocuparse. En el Este del Congo están los esclavos que trabajan para conseguirlo.

Es en ese punto, fruto de esa adicción, donde todo empieza.

Decía que no es fácil acceder a ellos pero tampoco es imposible. Hay que coger un avión hasta Kigali, la capital de Ruanda. Allí pillas un taxi o un autobús de línea hasta Gisenyi, la última ciudad antes de la frontera congoleña. Una vez pases la garita en la ciudad de Goma (mejor que digas que eres periodista y muestres tu acreditación, no mientas en este punto), se alquila un todoterreno con un conductor y un buen guía que conozca el terreno. A tres o cuatro horas de carretera sin asfaltar está Rubaya. Se tarda más o menos en llegar en función de

cómo esté el camino y de lo corruptos que sean los soldados que guardan innumerables *checkpoints* a lo largo de la ruta. El coste del viaje, desde nuestro mundo al suyo, con el vuelo, el coche, las mordidas y los visados, puede sobrepasar los dos mil euros, el sueldo anual de una partida de mineros. Dicen que para que exista el primer mundo tiene que haber un tercero. No sé si es verdad, pero la zona de Masisi, en el Congo, parece confirmarlo.

Rubaya era como un poblado de película del Oeste. Casas hechas con listones de madera en medio de colinas verdes donde florecían pequeñas tiendas de alimentación, suministros de minería, bares y algún prostíbulo. Estaba casi todo el día lloviendo, y eso hacía que caminar por las calles de barro fuera para los blancos un intento continuo de no resbalar. Los únicos vehículos que se veían eran motos chinas y las Toyota del ejército congoleño, que acababa de arrebatarse la plaza, unos días antes, a los milicianos del general Nyatura, un señor de la guerra, además de un hombre de negocios, que es como llaman aquí a los traficantes de minerales de sangre.

Llegamos hasta aquel lugar en el vehículo de Oxfam, que tenía una pequeña misión en la localidad. Fueron los chicos de Oxfam quienes nos advirtieron de que no podríamos subir a la mina sin permisos. Así que hablamos con los dueños de la explotación, que celebraban una comida. Nos invitaron a sentarnos con ellos para comer pollo en platos de plástico, pero ninguno se comprometió a ayudarnos. «Tenemos que hablar con el ministro de Minería», dijeron, para no tener que dar una respuesta negativa. Más tarde fuimos a buscar al *chef de poste*, como llaman al alcalde. «No puede atenderles. Está borracho», nos dijeron en su oficina. Ante esa actitud, lo mejor era intentar subir al día siguiente. Y una vez arriba, preguntar. Lo peor que podía suceder es que nos hicieran bajar de nuevo hasta el pueblo, pero al menos tendríamos la posibilidad de ver la explotación desde el exterior.

El único lugar donde un extranjero podía dormir era en el hotel, que funcionaba también como prostíbulo. Pero la palabra «hotel» implica una categoría que ese antro no podría asumir en ningún modo. Alquilamos cuatro habitaciones en una caseta de cemento y madera llena de suciedad. Una para Eddy, de Oxfam, otra para su compañera Louise, irlandesa, la tercera para Ley Uwera, periodista congoleña, y la última para Raquel y para mí. Había cristales rotos y chapas de botellas de cerveza. Las sábanas estaban amarillas, el aire se contaminaba por el ruidoso generador de gasolina que teníamos al lado y olía fatal, por culpa de las letrinas abiertas que quedaban a un par de metros. Uno de los inquilinos que dormía allí tuvo que cambiarse de habitación y pernoctar en las cabañas del hotel. Cuando salía lo vimos llevarse un kaláshnikov que guardaba debajo de la cama. Sí, aquello se parecía mucho al *far west*. Trancamos

la puerta con dos leños de madera y nos aseguramos de que solo un toro podría derribarla. Cuando apagaron el generador, solo se oyó la lluvia caer sobre el tejado de metal. No pegué ojo en toda la noche.

El día siguiente amaneció con una neblina espesa que te calaba hasta el alma. Desayunamos judías mezcladas con arroz, que es lo mismo que el personal de la ONG comía y cenaba a diario en este lugar, y salimos hacia la mina. El camino transcurría entre empinadas sendas removidas de barro con vistas a un precipicio de bruma. Durante el ascenso nuestro guía, Inocence, se cruzó con la primera víctima del día. Varios hombres portaban el cadáver de un minero en una mortaja improvisada cubierta por un plástico. «Contad lo que sucede aquí. Que se sepa», dijo alguien. En nuestros bolsillos llevábamos una muestra de aquello por lo que se juegan la vida: una bolsita con un polvo gris llamado manganeso, una pepita de oro y un fondo de pequeñas y brillantes rocas oscuras, columbita y tantalio, más conocidas como coltán, el material del que está hecho el corazón negro de esta montaña.

Desde las faldas de la colina se oía un hormiguero de miles de almas moviéndose entre la niebla. «¿Oís eso? —preguntó Inocence—. Es el rumor de la mina. Está cerca.» Hace unos años varios *lobbies* tecnológicos, interesados en blanquear su responsabilidad sobre la explotación de minerales de sangre, insistían que el coltán ya no se usa en la construcción de móviles, tabletas, consolas o cámaras, y que las minas estaban cerrando. No decían la verdad. La demanda de este mineral, con un 83 por ciento de sus reservas bajo tierra congoleña, sigue superando con mucho a la oferta. Hasta cinco mil mineros, muchos de ellos niños y adolescentes, todos en régimen de semiesclavitud, le hacían cosquillas a esta colina primero a cielo abierto, y después, cuando ya no quedaba mineral en la superficie, en profundas galerías en las que comían, dormían y vivían de sol a sol siete días a la semana, 365 días al año, sin descanso posible.

Varias mujeres subían por nuestro mismo camino descalzas y con dos cajas de refrescos atadas a la cabeza, sacos de grano y mazorcas de maíz. Ascendían para abastecer al bosque de picos y palas que trabajaba allá arriba. Dentro de la mina, alumbrándose con antorchas, montaban su mercadillo, para que así los trabajadores no se vieran obligados a salir y pudieran seguir picando. Las botas curtidas de Inocence avanzaban a mucha más velocidad que las nuestras, torpes en las arenas movedizas. La vegetación se volvió frondosa cerca de la explotación, aunque costaba ver entre tinieblas. «Hemos llegado», nos anunció nuestro guía. Toda una legión de mineros se giró desconfiada para escudriñar a la expedición. Nos recibieron con recelo, algunos con sorpresa. No estaban acostumbrados a ver a blancos en la cima. Los obreros trabajaban al desnudo, sin

casco ni protección, algunos incluso descalzos. La regla número uno era excavar. Regla número dos no había. Varios llevaban camisetas del Real Madrid y del Barcelona falsas y agujereadas. Los más afortunados vestían botas de agua para moverse entre las rocas y el barro. Otros avanzan con sacos en la cabeza sobre caminos invisibles entre los cráteres. «Para entrar en las galerías tenéis que pedir permiso al *chef* de la mina», nos dijo uno de los capataces congoleños.

La movilidad era un deporte de riesgo en la cantera. Un paso en falso podía ser mortal, y la prevención de riesgos laborales era una quimera. El paisaje lunar de Rubaya era implacable. «Sabemos movernos aquí y pocos caen. El peligro de verdad está en los derrumbamientos», nos contó François, uno de los capataces. En época de lluvias la tierra mojada rompe en pedazos la montaña y muchos mineros mueren dentro de las galerías, algunas a ciento cincuenta metros de profundidad, asfixiados por el gas carbónico o aplastados. Nadie vuelve a entrar en ese filón en varios meses y nada más se vuelve a saber de ellos. «A veces hemos encontrado esqueletos de obreros que quedaron atrapados quién sabe cuándo», explicó François. Nadie sabe cuánta gente muere en esa mina.

Una ONG se ha comprometido a contar los muertos, pero hasta ahora su número es un misterio. «Hay días que caen treinta o cuarenta personas, sepultadas por galerías sin apuntalar», nos aseguró François. Alguien tachará sus nombres de una lista y contratará a los sustitutos. Más carne para la picadora. Era mediodía y había casi tanta población en la mina como en la ciudad de Rubaya. Cavaban agujeros en la tierra como si cavaran su propia tumba. «Entramos a las cuatro de la madrugada y salimos a las seis de la tarde. Pasamos toda la jornada en la oscuridad», explicaba otro minero, con el rostro negro carbón.

Cuando los capataces vieron mi cámara se acabó el paseo. Con contundencia (no exenta de amabilidad) nos dijeron que no podíamos hacer fotos. De nuevo, había que obtener permiso, aunque nadie sabía de quién. Yo había hecho dos o tres ya, así que el viaje no había sido en balde. Ante de partir de la mina volví a rodar por un cráter y terminé de llenarme de barro. Misión cumplida.

Ya en el poblado conocimos a James. O mejor dicho, James acudió a nosotros. Era un traficante de mineral. Creyendo que éramos empresarios en busca de negocios, nos condujo a su casa. Nos ofreció asiento en unas sillas de madera ennegrecida, ahuyentó a los curiosos y cerró las cortinas para mayor intimidad. Llevaba muestras de cobalto en su bolsillo y nos ofreció una para que comprobáramos su pureza. El *muzungu* («hombre blanco», en swahili) solo pisa este infierno para llevarse coltán, oro o manganeso.

Nos contó que recogía la mercancía en el río, donde lavan y separan el mineral de la arena. A diferencia de Innocence, no subía a la mina. Son sus

peones, a un dólar por día, los que le llevan el tesoro en bandeja. Él se embolsa por venderlo unos mil quinientos euros al mes. Asegura desconocer para qué sirve lo que acaricia en su bolsillo. «Nos han dicho que se usa para fabricar cacerolas, cosas para la cocina», dice.

Cada minero cobra aproximadamente un dólar por catorce horas de trabajo. El capataz, un 10 por ciento de lo que saque toda su cuadrilla, sobre diez euros, que es en ese punto lo que vale cada kilo de coltán. Pero el señor de la guerra que controla la zona reclamará su parte. Una semana antes, el ejército congoleño había derrotado a la peligrosa milicia Nyatura, que gestionaba la mina. Pero nada cambió. El nuevo jefe, despanzurrado en el cuartel de la aldea junto a una amenazante escolta de balas cruzadas sobre el pecho, también exigía su mordida.

El traficante que compre ese mineral ya cribado a pie de mina multiplicará su valor cuando, de noche, lejos de miradas indiscretas, lo deje en la frontera con Ruanda o Uganda (los principales cómplices de este negocio). El transporte por estos caminos, infestados de salteadores y milicias sin control, volverá a incrementar el coste. Ya en Goma, capital de Kivu Norte y epicentro de la sangrienta guerra congoleña, entrará en juego un oscuro entramado de intereses, empresas tapadera de grandes multinacionales como Great Lakes Mining Company, A&H Metals, Sogem, Cabot o HC Starck, funcionarios corruptos y gobiernos con pocos escrúpulos como el belga y el chino para participar de este juego antiguo: el saqueo del Congo. El precio de mercado del coltán, cuando llegue a las zonas fabriles de Shangai o Ciudad Juárez, en México, estará entre 350 y 400 euros el kilo.

El oro que James, el traficante, nos enseña en forma de pepita ha salido de la cercana cantera de Numbi, la misma que gestionó durante años Terminator Ntaganda, el borracho del bar. La compraventa se lava en bancos suizos, como denuncia Enough Project. De ahí al mercado. ¿Cuántos anillos de San Valentín habrán salido de este infierno?

Este es un gran negocio para todos menos para el Congo, que recibe a cambio una guerra de dos décadas, con más de cinco millones de muertos, que favorece un Estado fallido incapaz de imponer la paz o cobrar impuestos. Naciones Unidas despliega un enorme contingente de cascos azules que supone un gran beneficio para los países que ceden soldados, en especial India y Pakistán. También el conflicto es rentable para el despliegue de ONG, que se aseguran un incesante flujo de fondos para ayuda humanitaria. Países como Ruanda y Uganda venden un mineral que no es suyo y alimentan a grupos armados para que ese comercio no cese. Y todos esos sacos de casiterita, coltán, oro, diamantes, uranio, tungsteno o manganeso llegan baratos y puntuales al primer mundo. ¿A quién le conviene que la guerra termine?

La muestra que nos dio James pasó la frontera con Ruanda oculta en un calcetín y llegó a España como un puñado de arena. Pero parte del mineral de esa misma veta nos rodea en cada uno de los aparatos que compramos. Baterías, condensadores, circuitos... Un puñado de arena por el que morir.

4

La familia

Ruanda

KAMEMBE (ABRIL DE 2014)

Siempre que algún amigo me pregunta por algún país africano que recomiende visitar lo envío a Ruanda. Hay varias razones. No conozco un lugar donde se dé mayor contraste entre su situación actual y su pasado reciente (casi un millón de muertos alfombrando las calles): ahora mismo, quizá se trate del lugar más seguro, limpio y menos corrupto de toda África. Aunque también tiene su lado oscuro, encarnado en su presidente, Paul Kagame, y su ficción democrática impuesta a golpe de cárcel y exilio, es evidente que algunas cosas positivas han sucedido por aquí en las últimas dos décadas.

Llegué a Kigali junto a Raquel para escribir reportajes a cuatro manos sobre la reconciliación del país para el 20 aniversario de su genocidio, uno de los capítulos más terribles del siglo xx. En el plazo de cien días, miles de hutus fanatizados asesinaron con armas antiguas como hachas y machetes a decenas de miles de tutsis y hutus moderados por todos los rincones del país, lo que generó una oleada de dos millones de refugiados en los países limítrofes. Esto a su vez provocó otros graves problemas, como una epidemia de cólera en el Zaire (actual Congo) que acabó con miles de muertos.

Cruzar la Ruanda actual es sencillo y barato. Desde la estación central de autobuses de Kigali puedes ir a cualquier punto del país por el equivalente a cinco dólares para los trayectos más lejanos. Las carreteras superan el estándar africano y los conductores, por lo general, cumplen las normas. Sin embargo, no todo en Ruanda es obvio. Hay cosas de las que tardas en darte cuenta. Como sabe todo aquel que haya cogido transporte público en África, viajar en autobús es una experiencia estresante. La gente viaja con ganado o gallinas atadas por las patas, niños gritones, música a todo volumen... En Ruanda, sin embargo, el silencio es absoluto, si acaso se escapa algún susurro de vez en cuando. Para Fidele, nuestro traductor, la explicación era sencilla: «Este país no se lleva bien con sus muertos», dijo. Como si eso pudiera explicarlo todo.

Buscábamos una historia que habíamos leído en un libro: en pleno genocidio, un miliciano hutu de los *interahamwe* (literalmente, «los que matan juntos») acude al barrio asignado por sus jefes para iniciar la matanza. Casa por casa, con

sus compañeros, cumple su misión asesinando con su machete a familias enteras por el simple hecho de ser tutsis. En su propia calle, asesina a un vecino, a su hijo y lo intenta con la mujer, a la que cree haber matado. Malherida en una pierna, se esconde en la casa y permanece oculta alimentándose con lo que encuentra hasta que el genocidio termina con la huida de los matarifes hutus.

El asesino de su marido y de su hijo es detenido posteriormente y encarcelado junto a miles de sus compinches, que llenan las cárceles de todo el país hasta el hacinamiento. Años después, el nuevo Gobierno decide agilizar los juicios a través de los tribunales *gachacha* (literalmente, «hierba», porque se realizaban en los pueblos), con los culpables y sus víctimas cara a cara, petición de perdón público y penas de trabajos forzados para la comunidad. Se trataba de una manera de aliviar la población carcelaria. Pero no perdamos el hilo: este hombre se vio obligado a entrar en la casa de la viuda y pedirle perdón. La encontró muy débil, sin fuerzas para poder trabajar. El juez le encomendó servir una garrafa de agua diaria a esa mujer y leña para cocinar todos los días. Así lo hizo durante meses... hasta que ambos empezaron a sentir atracción el uno por el otro. ¿Cómo pudo la madre de un hijo y la viuda de un hombre asesinados sentir amor por el hombre que los mató? ¿Cómo pudo un fanático nacionalista hutu sentir cariño por una mujer a la que años antes había llamado «cucaracha» y había intentado asesinar? Así es Ruanda.

No encontramos aquella historia, pero sí una con cierto parecido. Un cura de la región fronteriza con el lago Kivu, en el Congo, nos dio la pista. Tuvimos que cruzar todo el país, siete horas de viaje, hasta aquella aldea de caminos de tierra roja rodeada de plataneras. Allí nos esperaban Alfred, Donata y sus dos hijos.

Su casa tenía el suelo de barro, un tresillo de madera tosca, mantel azul y dos ventanucos abiertos en las paredes de arcilla. Las fotos nupciales presidían un salón decorado con pósteres de cristos y vírgenes. Hace cinco años que Alfred puso la primera piedra de esta choza conyugal. El hogar que compartía con Donata parecía idéntico al de sus vecinos; sin embargo, ocultaba algo extraordinario.

Bajo este techo convivían la hija del asesino con el hijo de su víctima. Marido y mujer. Él, tutsi; ella, hutu. Su historia de amor condensaba la de su país. Dos familias que resumían las heridas de un genocidio. En cierto modo, su relato era una versión de Romeo y Julieta: el relato de dos sagas que vivían enfrentadas hasta que los niños, que siempre se amaron, sellaron su alianza ante Dios. Donata y Alfred reescribían en la Ruanda más agreste el relato inmortal de Shakespeare.

El paisaje de las colinas de Kamembe, unas de las zonas más aisladas y empobrecidas de Ruanda, ha visto cicatrizar una herida abierta hace casi veinte

años. Nos acompañaron en el periplo Jean-Marie, el chófer silencioso, y el documentalista Ayoze O'Shanahan. Todos en esta recóndita aldea conocían la historia de la pareja. Unas bodas de sangre que comenzaron en 1994. Cuando los radicales hutus empezaron a matar a sus hermanos tutsis, el padre de Donata se unió a los carniceros del machete y asesinó al padre de Alfred y a otros miembros de su familia.

«Yo no lo maté. Fue nuestro grupo», nos contó Grazie. Nos recibió en su casa, vestido con traje gris de domingo. Tenía las manos cuarteadas y la mirada esquiva. Se situaba en algún lugar entre la verdad y la mentira: no reconocía que mató a su vecino, pero tampoco lo negaba. «Yo vi cómo lo mataban, fueron los miembros de mi grupo, le clavamos una lanza en la cabeza y en la espalda», aseguraba, ambiguo.

Casi veinte años después de la matanza nacional, el trauma todavía se vivía en un espacio de doscientos metros: lo que dista la casa del asesino de la de la víctima. Cuando Donata y Alfred jugaban entre las plataneras nadie hablaba de hutus y tutsis, la etnia no importaba, sus familias eran amigas.

«Nos guiábamos por las identificaciones. Así supimos que el padre de Alfred era tutsi. Por eso fuimos a por él —confesó Grazie, el verdugo hutu—. Aún sueño con el fuego, con el momento en el que salíamos a matar, pero sobre todo tengo pesadillas con la prisión.» Luego matiza sus palabras: «Hoy sí estoy arrepentido, el Gobierno quiso que pidiera perdón, pero no estoy seguro de que esto no pueda volver a repetirse».

«No solo lo asesinó, sino que señaló dónde estaba escondido», nos aseguró en voz baja uno de sus vecinos, excompañero de la milicia *interahamwe* y luego de presidio. Su versión coincidía con la de Bernardette, la madre de Alfred, viuda del genocidio y memoria viva de la aldea.

—Gracias a mi fe he podido perdonar —comentaba esta anciana en su casa, también a pocos metros de las anteriores—. Cuando Alfred y Donata dijeron que se iban a casar, el padre de ella, que aún estaba en prisión, no lo aceptó. Que un tutsi le pidiera la mano de su hija suponía para él una venganza —aseguró la mujer.

—¿Cómo te llevas con la familia de tu víctima?

—Somos buenos vecinos —contestó fríamente.

En esta aldea formada por cubiertas de arcilla que se abren entre las plataneras todo el mundo conocía a Donata y Alfred, todos hablan de ellos y cuchicheaban sobre su historia. «Él me cuida desde hace veintiséis años —explicó Donata—. Alfred siempre estuvo enamorado de mí. Me regalaba caramelos y venía a buscarme. Me cuida desde que tenemos dos años. Ahora hace veintiséis —bromeaba entre sonrisas—. No me importa lo que hizo mi padre. Solo quiero

vivir en paz», añadía. A su lado, Alfred, militar en el ejército ruandés, enseñaba a los *muzungu* las fotos de la boda. Los dos miembros de la pareja se ruborizaban si se les preguntaba por el otro. Medían los gestos cómplices ante extranjeros. Se daban la mano de manera furtiva.

«Donata no tiene por qué cargar con el pecado de su padre —comentaba el marido huérfano de padre—. Perdoné al padre de ella porque vino a mi casa a disculparse por lo que hizo.» Este arrepentimiento de palabra es la condición que ponían los tribunales populares ruandeses para que los genocidas pudieran salir de la cárcel.

Alfred recuerda cuando partía al alba con su padre a cazar. A su regreso se topaba con la sonrisa infantil de Donata. «Siempre se quisieron, desde pequeños», decía la madre de él. También su hermano, Jean de Dieu, reconocía que entre ellos siempre hubo atracción. «Hablaban y ya sabías que había algo entre los dos.»

Las familias firmaron aquel armisticio, pero los vecinos aún murmuran sobre un enlace que consideran contranatura. En la iglesia, el domingo, día de misa, marido y mujer atraían todas las miradas. A veces parecían los únicos que habían superado los traumas del pasado ruandés.

—¿Creéis que vuestra historia demuestra que el amor es más fuerte que las diferencias o el odio?

Alfred asintió.

—Si hay amor todo es posible.

Donata sonreía.

—Nuestra historia —dijo— es un ejemplo de reconciliación.

La joven preparó las alubias de la cena mientras Bernardette jugaba con los dos hijos pequeños que tuvo con Alfred. Tres generaciones en las que se daban la mano pasado, presente y futuro de Ruanda.

5

Enfermedad (brote de ébola)

Guinea, Liberia y Costa de Marfil

GUINEA (CONAKRI, SEPTIEMBRE DE 2014), LIBERIA (NOVIEMBRE DE 2014),
SIERRA LEONA (MAYO DE 2015)

Había intentado evitar a uno de mis jefes durante todo el verano de 2014. En julio me dijo: «Mírate esto del ébola. Quizá convenga ir allí para hacer una serie de reportajes». Con la excusa de las vacaciones de agosto, creí que podría alargar aquello. Conseguir un visado no será fácil, le respondí. «Pues ponte ya.» Un mes y medio después aún no había ido a ninguna de las tres embajadas que podían proporcionarme un permiso de viaje: Liberia, Sierra Leona y Guinea. Había una razón: de nuevo, tenía miedo.

Cuando mi jefe volvió a la carga en septiembre, ya no hubo excusa posible: la epidemia se extendía por varios países del oeste de África, había infectado a más de siete mil personas y cientos de médicos habían huido o fallecido en pocos meses. Además, se habían infectado dos misioneros españoles y habían decidido trasladarlos a Madrid, con lo que el pánico a la enfermedad había llegado hasta aquí.

Sin duda era una historia con potencial periodístico: los mejores fotógrafos y reporteros mundiales estaban allí, y nadie, en la redacción, iba a ofrecerse voluntario para ir a cubrir la lucha contra el ébola. Era cosa mía, así que me puse a buscar hotel y a conseguir los permisos. En la embajada de Guinea no tardaron en dárme los. La chica de comunicación, una senegalesa, me dijo: «Le damos este visado de urgencia porque es necesario y primordial contarle al mundo lo que pasa allí. Miles de personas están muriendo sin que nadie haga nada». Antes de salir de la sala, me dio un abrazo: «Cuídese mucho y tenga cuidado». Su gesto no contribuyó a tranquilizarme.

Mi avión hacia Guinea salía el día después de asistir a una boda, así que me compré unos guantes de fregar en el chino, camino del aeropuerto, y me embarqué sin dormir y con resaca. Los guantes eran, pensaba yo, una manera de protegerme contra el virus. Horas después estaba muerto de sueño en el aeropuerto de Casablanca, la escala que más odio de toda África. Al final de la terminal, en plena noche, comenzaba el embarque del vuelo de la Royal Air

Maroc a Conakri. No sería un viaje turístico. Seis chinos en primera clase y un periodista español con el resto de butacas para él solo. Siete personas en total. «Bienvenido al Air Ébola», bromeó una de las azafatas del avión. Los chinos no lo entendieron. Mejor para ellos.

Al amanecer, desde las alturas, la ciudad de Conakri aparecía entre las nubes con silueta de tiburón. En la aleta se encontraba el hospital Donka, un edificio vetusto donde estaba montada la ciudad del ébola: decenas de tiendas blancas, un perímetro naranja, una hoguera para quemar el material contaminado y un fuerte olor a piscina olímpica. Para llegar hasta allí desde la zona de los hoteles había que atravesar varios semáforos: en ellos, una legión de oportunistas vendía desinfectante para las manos.

Era septiembre y el ébola ya se había extendido por todos los barrios de la ciudad a la misma velocidad que el miedo y los bulos. Entre las leyendas que corrían por las calles triunfaban dos: la primera decía que el virus no existía. La segunda, que lo habían traído miembros de la oposición o trabajadores humanitarios blancos.

Con más sueño que un jugador de póquer salí del hotel libanés en el que me alojaba (los libaneses tienen hoteles por toda África, la mayoría limpios y funcionales) y pillé un taxi que llevaba un cartel que ponía «Real Madrid» en la luna delantera. Buena señal. Me condujo al hospital, donde me recibió la guapísima Louise Annaud, jefa de prensa de MSF e hija del director de cine Jean-Jacques Annaud, autor de *El oso* o la versión cinematográfica de *El nombre de la rosa*. Le pregunté si tenía mucho trabajo con las visitas de periodistas para cubrir el ébola. «¿Visitas? Tú eres el primero. Aquí no ha venido nadie.»

Louise me presentó a Jean y Eli, hermano y hermana con una camiseta de Médicos Sin Fronteras y un cubo de cloro. Eran supervivientes de la enfermedad llegados de Gueckedou, la triple frontera con Liberia y Sierra Leona y primer foco del virus. Fueron de los primeros en contagiarse. Si trabajaban en Donka era porque el hospital constituía el único lugar donde eran bienvenidos. El estigma los perseguía: «No podemos volver a casa. Nos ha echado nuestra propia familia. Este es el único lugar en el que somos útiles». Así era, ya habían superado la enfermedad y no podían volver a contagiarse en la zona roja, donde se concentraban los enfermos de ébola; además podían motivar a otros pacientes con su ejemplo.

Jean mostraba mejor humor, pero Eli estaba destrozada: «No sabes la sangre que me han metido. Me quería morir porque no lo soportaba y dejé de comer. Cuando mi cuerpo fue reaccionando contra la enfermedad seguía creyendo que estaba muerta». Los dos me pidieron que les cambiara el nombre, como todas las personas que me iba encontrando en el interior, donde se trabajaba con turnos

estajanovistas y disciplina militar. No había otra manera de hacerlo, porque un fallo podía significar la muerte. Si la enfermedad no se expandió más fue porque en aquella trinchera y en otras parecidas hubo gente que se la jugó. Y ahora los tenía delante de mí, la mayoría personal local, asfixiados cuando se quitaban el traje de protección, formando a los nuevos, desinfectando el material... Eli insistía a todos los pacientes que lo importante es que no dejaran de comer aunque después vomitaran toda la comida. «Al menos te mantiene con un hilo de vida. Y luego están las transfusiones. Yo no sé cuántos litros me metieron en el cuerpo. Ahora los miro y me veo reflejada en ellos. ¿Cómo pude soportar tanto dolor?»

Lo más curioso era la «sala de visitas», una zona en la que los familiares podían, separados por una línea naranja y dos o tres metros de distancia, hablar con los pacientes que estaban en la zona roja. En aquel momento había dos personas y se hallaban solas. Abu, un adolescente que estaba esperando el segundo negativo en su sangre para recibir el alta, y Louis, que acababa de entrar y aún no sabía si iba a salir de allí en una bolsa de plástico o por su propio pie. El porcentaje de supervivientes era entonces del 40 por ciento, aunque meses después fue subiendo hasta llegar al 60 por ciento. Y a pesar de todo, el ambiente no era tan deprimente.

Desde que vi salir al primer higienista con la ropa pegada al cuerpo y aturdido desde la zona roja supe que tenía que entrar allí para ver qué se sentía dentro de ese disfraz de astronauta y poder contarlo. El jefe de misión de MSF, Stefan, fue tajante: «Nuestro protocolo lo impide, pero hablaré con los de la Cruz Roja que entran a por los muertos y que seguro que no son tan estrictos. Ahora tenemos tres en la morgue y hay que ir a enterrarlos. Entrarás con ellos».

Al día siguiente llegó la llamada de Sheik: «Te estamos esperando en el hospital. Te integrarás en nuestro equipo». Demasiado tarde para arrepentirse. El equipo consistía en cinco guineanos voluntarios que no superaban los veinte años. Sheik quería ser director de cine y estudiaba en la universidad. Entre clase y clase, se dedicaba a esto. «Vístete igual que nosotros, pieza a pieza. No te pongas nervioso. No entres en pánico y todo irá bien.» Poco a poco, prenda a prenda, nos pusimos las catorce piezas de «la combinación», como lo llamaban allí. Sheik se aseguró de que no me dejaba un centímetro de piel al aire y me puso las gafas. Con la humedad de la época de lluvias y el calor tropical se empañaron en cinco segundos. Y a partir de ese momento, se mueve uno en una especie de niebla lechosa. Cuando quieres darte cuenta, alguien ha abierto una puerta cerrada y ya estás dentro. Mentiría si dijera que no se pasa miedo. Me sentí

como en la secuencia final de *ET*.

Más que ver, uno intuía que Abu, que me había reconocido a pesar del traje, era el que me saludaba desde el interior de la morgue. A ambos lados de la puerta se abrían habitaciones individuales. Dentro había una cama, una radio, un teléfono móvil y un barreño para los vómitos. Ninguno de esos objetos saldría de allí. Toda la zona estaba contaminada de fluidos. Encontramos dos cuerpos en bolsas blancas. Con un aspersor de agua con cloro se desinfectaba todo lo que era susceptible de pisarse o tocarse. Yo disparaba la cámara a ciegas, porque con las gafas empañadas era imposible enfocar. Clic, clic, clic. Los voluntarios de la Cruz Roja subieron los cuerpos a una *pick-up* y nosotros comenzamos a quitarnos el traje de nuevo pieza a pieza, con lavado de manos a cada paso y el asesoramiento del resto del equipo. «Bueno, si dentro de veintiún días sigues encontrándote bien es que lo has hecho correctamente.» Ese tipo de frases irónicas se decían a cada momento. Y gracias al humor se sobrellevaba mejor el drama que lo envolvía todo.

Con los dos muertos en el maletero, como en las películas de gánsters, llegamos al cementerio. No hubo cura ni ceremonias. Los cuerpos pertenecían a un policía y a un conductor de autobús. Nadie se despidió de ellos. Un tablón de madera encima, unas paladas de tierra y a otra cosa.

—Eran tres muertos. ¿Dónde está el tercero?

—Es un imán muy conocido de aquí, de Conakri. Hay que ir a su casa y enterrarlo en el cementerio musulmán.

Y de nuevo a cruzar Conakri. La casa del imán estaba llena de vecinos. Una mujer de la familia me dijo que no podía hacer fotos en el interior de la vivienda pero sí en el cementerio, que es un lugar público. Así que guardé la cámara en la mochila. Ya con el muerto cargado de nuevo en el coche, se me ocurrió fotografiarlo desde atrás en la puerta del camposanto. En pocos segundos cayeron sobre mí los puños de varios hermanos del fallecido y me arrancaron la cámara de las manos. Si en ese momento no me lincharon, fue porque los chicos de la Cruz Roja se liaron también a mamporros para defenderme. La escena, con el muerto de ébola en el suelo y treinta personas a golpes, fue surrealista. Veía mi cámara pasar de mano en mano a lo lejos, muchos gritos, algún porrazo... Yo me llevé de recuerdo unos cuantos moratones en los antebrazos, que me dolieron horas después, y un buen susto.

En África me han timado, me han intentado robar muchas veces, me han apuntado con armas y en ocasiones hasta han amenazado con detenerme. Nunca pasé tanto miedo como frente a aquella turba. Hubo que esperar hasta el final del entierro para explicar que teníamos permiso y poder recuperar la cámara. Así era el Conakri donde se expandía el ébola, una ciudad que temía a la enfermedad y a

la estigmatización por igual.

Me llevaron al hotel, pasado ya el susto, y me curé la herida del brazo. El establecimiento estaba junto a los muelles en los que los negreros estabulaban a los esclavos en las bodegas de los barcos camino al nuevo mundo. Servían pollo (un clásico en toda África) y una pizza que no estaba mal.

Al día siguiente, la doctora Fatumata, una mujer alegre e incansable, me acompañó a visitar a unos cuantos pacientes recuperados. Todos ellos habían sido reclutados por MSF para formar parte del ejército del ébola. Llegamos en coche hasta la casa de Fanta, en uno de los barrios céntricos, pero paupérrimos, de Conakri. No supo que tenía el virus hasta que se libró de él. «Mejor así. De haber sabido que tenía el ébola me hubiera rendido, porque aquí todos pensábamos que cuando alguien te contagia esta enfermedad te mueres seguro.» Para ella, esa segunda vida de regalo tenía un lado oscuro: «Nadie me quiere. Afirman que estoy maldita, que puedo contagiarlos a todos y no se fían de que me haya curado. Es como si fuera intocable». El Gobierno de Guinea les pidió a todos su colaboración, que fueran a la radio nacional y a la televisión a contar su caso e intentar así convencer a la población de que el ébola era un peligro real. En aquella reunión, los dieciséis curados contestaron al unísono al enviado del Ministerio de Salud que acudirían a la radio las veces que fuera necesario, pero que se olvidase de los testimonios en televisión. Ninguno daría la cara ante las cámaras.

Si el ébola fue el termómetro de lo que nos importan los problemas de África en Europa, aquellos días de septiembre la temperatura no pasó de cero. Dos semanas después se contagió Teresa Romero y entonces sí, entonces ya fue *prime time* en nuestro mundo. Acababa de demostrarse que el virus no sabía de razas ni de fronteras.

Volví a España un viernes. Al día siguiente tenía otra boda, esta vez en Cartagena. Madrugué, subimos al coche cuatro personas y nos pusimos en carretera. Seis horas. El aire acondicionado estaba roto y cruzando La Mancha comenzó a hacer calor en el interior del vehículo. Entre el cansancio y la temperatura, comencé a preocuparme y a tocarme la frente a cada minuto. «Tengo fiebre», pensé. Empecé a encontrarme mal, pero no dije nada. Temía haberme contagiado y más aún me avergonzaba provocar un brote del virus en España. Hasta me imaginaba los titulares: «La boda del ébola». Cuando llegamos, comimos con el resto de los amigos y subí a echarme una siesta al hotel. Cuando desperté, con las prisas de ducharme y ponerme el traje, la paranoia de la fiebre desapareció. Disfruté como si fuera la última fiesta de mi

vida.

Conakri no fue mi última aproximación al ébola. Al mes siguiente ya estaba de nuevo de viaje junto a mi amigo Niko Castellano hacia Liberia, otro de los países afectados. Y en primavera, con el brote ya controlado, fuimos los dos a Sierra Leona. Aquellas coberturas fueron duras, por la cantidad de kilómetros que hicimos, pero ya no sentí el miedo de la primera vez. Comprendí que el contagio casual, aunque posible, era muy minoritario. La mayoría de casos se daban en la misma familia, con personas que dormían en la misma habitación, por ejemplo.

Niko es el compañero de viaje ideal. No se queja, es tranquilo, generoso, buen conversador y sus tiempos, los de un redactor de radio, son parecidos a los míos. Toma audios de declaraciones, ambientes, fotos para la web de su empresa y hasta hace vídeo. Nos entendemos bien y solemos compartir cervezas al final de la jornada. No siempre sucede con otros periodistas.

En aquellos viajes de locos conocí la historia de Jenny y Joseph, una pareja que se había contagiado de la manera más curiosa. Cuando su fiebre superó el calor del trópico, Jenny intuyó que ya llevaba el demonio dentro. Le contó sus miedos a Joseph y este cometió un error humano y mortal: secarle las lágrimas cargadas de ébola. Así, en una gota salada, el virus saltó de uno al otro.

Nuestra especie usa el semen para crear vida, la saliva para digerir alimentos, el sudor para eliminar toxinas. La enfermedad coloniza todos estos fluidos, el factor humano en estado líquido. Joseph y Jenny combatieron contra este microdios de la muerte en uno de los hospitales improvisados que se han levantado en toda Liberia. Ignoro si lo consiguieron.

En la región de Bong, en el interior del país, Save the Children construyó una de estas unidades de tratamiento. Un castillo de plástico y madera con olor a piscina olímpica en el que vivían Korto y Josephine, madre e hija. El novio de Korto le transmitió la enfermedad y esta, sin saberlo, hizo lo mismo con su bebé, Josephine, una niña de ocho meses, a través de la leche materna. Las mujeres y los niños eran, como demostraban las estadísticas, las víctimas preferidas del virus.

Separados por una doble valla naranja, a un metro de distancia, Korto quiso contarnos a Niko y a mí su historia y la de su hija, que permaneció en sus brazos: «Me contagié de mi novio en mi pueblo, Taylor Ta, y luego infecté a mi niña de ocho meses. Tengo otros dos niños que no se han infectado y que están con su abuela». Venció pronto al virus, como la mitad de sus compatriotas, pero —dijo con su voz ronca— decidió quedarse en la clínica a cuidar a Josephine, que estaba al borde de la muerte. Los médicos, la mayoría estadounidenses, se volcaron con su paciente más joven como si fuera un símbolo.

En sus reuniones, a alguien se le ocurrió combatir el virus con una terapia de lo más humana: recomendaron a Korto volver a dar el pecho a la niña, confiando en que aquello que le había *envenenado* fuera ahora, recuperada la madre e inmunizada, el remedio contra la enfermedad. Donna, una enfermera voluntaria de Estados Unidos, se ocupó de madre e hija y comenzaron el tratamiento, que no tardó en dar sus frutos.

Una semana después de regresar a España, un email del personal de Save the Children ofrecía noticias sobre el bebé: en las pruebas, la carga viral de Josephine resultó «negativa», o sea, libre de ébola. La leche materna, la misma que infectó a la niña, iba ahora enriquecida con los anticuerpos de Korto, y ha doblegado a la enfermedad en su cuerpo.

Su historia acabó con final feliz, pero cabe preguntarse cuántos viudos y viudas hizo el ébola en parejas que, simplemente, se besaron en plena enfermedad. Y cuántos padres cayeron por atender a sus hijos. Y cuántos médicos se expusieron al virus sin guantes ni mascarillas por hacer su trabajo y no dejar morir a las personas sin asistencia. De aquellos dos viajes me llevé la sensación de que lo que hacía del virus algo tan poderoso no era su capacidad letal, que la tenía, sino su manera de aprovecharse del lado más humano de las personas, su cualidad para pasar de unas a otras gracias al afecto y el cariño.

Pero la humanidad también se usó contra el virus: los médicos escribieron su nombre con rotulador en el traje que los despersonalizaba. Así se convirtieron de nuevo en seres humanos y no en hombres del espacio. Es lo que hacía Pauline Cafferkey, la enfermera británica que contrajo el ébola en Sierra Leona y que salvó su vida en el Royal Free Hospital de Londres. «Nurse Pauline» («Enfermera Pauline») es lo que le escribió en su delantal para sus pacientes y para el virus.

Los gestos de los médicos se volvieron mucho más cariñosos con los pacientes, aunque más contacto entrañara más riesgo, pero no sucedió lo mismo en las calles y en las aldeas. Los vecinos construyeron muros invisibles entre familias. Los niños de una calle ya no jugaban con los de otra. Nadie pareció pensar en otras enfermedades y la guerra contra el ébola absorbió todos los recursos. La gente murió masivamente de malaria, de cólera, de una apendicitis o en un parto de riesgo. Nunca se sabrá el número de personas que fallecieron aquel 2014 atacados por enfermedades comunes.

Operar en estos casos, con posibles portadores del virus por todas partes, exigía traje de protección en el quirófano y suponía un riesgo enorme para los equipos médicos, ya exhaustos, por la gran cantidad de fluidos liberados. Y aun así, el personal sanitario desplegado se atrevió con nuevas y un mayor número de intervenciones. Rachel, embarazada de ocho meses, pudo ser la primera mujer

enferma de ébola a la que se le practicaba una cesárea para salvar a su bebé.

Los doctores del centro de Bong, reclutados por International Medical Corps (IMC) y Save the Children, decidieron correr el riesgo. Motivados por el caso de Josephine, prepararon el quirófano y, bajo sus asfixiantes trajes de protección individual, buscaron el pulso del bebé en el vientre de su madre. No encontraron ningún rastro: había fallecido antes de nacer. Así es esta lucha al límite, el «péndulo emocional», como lo llama Megan, una enfermera voluntaria que se juega la vida para salvar la de los demás.

Atrás quedaron los momentos más negros en Liberia, en los que no había camas para todos y un doctor tenía que decidir qué paciente podía entrar en los hospitales y cuál quedaba fuera, porque estaba ya con un pie en la tumba.

Fanta, aquella superviviente a la que entrevisté, me contó en su casa de Conakri, delante de su marido y sus hijos, que el ébola había roto su vida, porque era como una especie de maldición que la alejaba de sus seres más queridos. Cuando cogí su mano para demostrar que yo no sentía miedo porque sabía que ella estaba ya curada, se puso a llorar.

—¿Por qué lloras, Fanta?

—Porque eres la primera persona que me toca desde que salí del hospital.

La enfermedad los zarandea de tal forma que los pacientes que consiguen curarse salen caminando con las piernas temblorosas, sin expresión alguna, masticando el espanto de haber visto morir a sus vecinos de cama, con los ojos vacíos, desgredados, como si le hubieran dado a la muerte un beso de tornillo. La gente sale sudando de calor y miedo, y una hediondez pegajosa lo impregna todo. Es casi como volver a nacer, pero el tránsito es doloroso.

Isata, de veintidós meses, entró en el hospital hace tres semanas acompañada de su madre, su hermana mayor y un oso de peluche. Hace unos días salió sola de la zona de aislamiento. Sus parientes, que intentaron cuidarla hasta el final, murieron carcomidos por el ébola y su mascota tuvo que ser incinerada para que no contaminara a nadie. Pero ella, contra todo pronóstico, ha sobrevivido y hoy es la paciente más joven en recuperarse de la enfermedad desde que fue reconocida en el Congo allá por 1976. Cuando los médicos vieron que sus pruebas de ébola ya daban negativo un grito de alegría y rabia recorrió el centro. Cada superviviente es una pequeña victoria, pero el triunfo con Isata tiene un valor simbólico en esta guerra contra el virus.

La historia de Isata, huérfana del ébola (ahora ya está cuidada por Save the Children) simboliza hasta qué punto esta es la enfermedad de las buenas personas. Cuando ella se infectó en Kailahun (Sierra Leona), muchos familiares

y vecinos huyeron asustados pensando solo en su propio interés. Solamente un puñado de samaritanos, incluidos su hermana y su madre, permanecieron junto a ella en un gesto de generosidad que les costó la vida.

La de Isata es la misma historia que la del «paciente cero» de este brote del África Occidental, pero con final feliz. Cuando la plaga llegó a uno de los barrios de Gueckedou, en la parte guineana de la triple frontera con Liberia y Sierra Leona, los vecinos comenzaron a huir. Había algo en el ambiente que andaba envenenando y matando gente, pero nadie sabía a qué se enfrentaban. El primero en infectarse fue un niño de dos años, aunque nadie ha llegado a averiguar si fue mordido por el murciélago que transmite el virus o si comió carne de mono contaminada, otro de los animales que puede transmitirlo. Sus padres lo llevaron a un curandero local que intentó sanarlo. Pocos días después murieron sus parientes y este chamán, en cuyo funeral se contagiaron doce pacientes más.

Uno de ellos era de la vecina Sierra Leona, de modo que cuando lo enterraron en su tierra se infectaron catorce de las mujeres que limpiaron y amortajaron con mimo el cadáver... Así el virus saltó a un segundo país. Después a Liberia, Nigeria, Senegal... donde se contagiaron los médicos que decidieron seguir en sus puestos, a pesar de que sabían que estaban desnudos ante el virus, atendiendo a sus pacientes sin guantes ni mascarilla. Solo en Guinea han muerto veintiséis trabajadores sanitarios sin contar con los enterradores, que preparando y desinfectando a los muertos también han perdido su vida por evitar que otros la pierdan.

A partir de ahí se desataron las especulaciones. Unos dicen que es una especie de demonio importado por los blancos. Otros aseguran que se trata de una estrategia del Gobierno para desestabilizar el país. Algunos creen que el ébola no existe y que no es más que una conspiración. Tampoco los medios sensacionalistas ayudan: el principal diario de Liberia acusó a Estados Unidos de infectar a la población para realizar un experimento. El caso es que es difícil que los mensajes de prevención calen en países con un 80 por ciento de analfabetismo.

6

La destrucción

Somalia

DICIEMBRE DE 2013

El miedo es un peaje necesario. La sensación no es agradable, pero se aprende a convivir con él. Hay lugares donde lo tienes a ratos y otros donde te acompaña siempre. Hay miedos que llevas dentro y otros que contraes como una enfermedad. Hay miedos que identificas como viejas taras, profundas e íntimas, y otros que llegan de algún recoveco inexplorado de la mente. Hay miedos de tiempos de paz y miedos de tiempos de guerra. Pero hay una cosa que los une a todos: los miedos son buenos. De alguna manera, son una alerta que se enciende en el cerebro. Pensaba en esto cuando el avión comenzó a descender por la costa somalí en busca de la pista. «Welcome to Mogadishu», dijo el piloto. El miedo es bueno, el miedo es útil, el miedo este que empiezo a sentir como nunca antes lo he sentido.

Antes de viajar tuve que hacer un curso acelerado de primeros auxilios en Nairobi. Torniquete de urgencia, cómo taponar una herida y cosas así. Me dieron hasta un botiquín, que llevé durante todo el viaje. Como es un lugar en el que pueden secuestrarte, te piden una palabra que solo tú, tus jefes en el diario y tu familia conocéis. Es la clave que ayudará a identificar al tipo que realmente me tenga en sus manos de los cientos de oportunistas que llamarán pidiendo el rescate. La clave, en mi caso, es Real Madrid. El Real Madrid es el único ámbito de mi vida en el que me permito ser un fanático, así que no se me olvidará bajo ninguna circunstancia. No sé si hago bien revelándola, ahora que lo pienso. Cuando se lo dije a mi jefa me miró muy mal. ¿En serio? ¿Real Madrid? Sí, en serio.

Pero nada te dicen del miedo.

Tanto miedo sentía que me hice prometer a mí mismo relajarme solo en el hotel. En ese momento, el avión tocaba tierra en el aeropuerto más bombardeado del mundo. Cuando se abrió la puerta me golpeó la humedad del Índico y el calor del cuerno de África. Me quedo mirando un viejo avión de transporte (de transporte de armas, supe después) que yace estrellado y abandonado al final de la pista. Ya sobre el asfalto caí en la cuenta de que no llevaba la maleta. Yo mismo la había olvidado al bajarme de la avioneta de la ONU. Cuando salí del

avión ya estaba dando la vuelta para volver a Kenia. No me jodas. La primera, en la frente. No había cinta portaequipajes, así que alguien se la había llevado a algún sitio. Pregunté a los soldados del Gobierno Nacional de Transición que pelaban la pava a la sombra. No tenían ni idea. Pasó un ministro de algo escoltado por tropas ugandesas. Ni idea. Un funcionario me indicó un rincón al final de la pista, junto a unos barracones. Sí, allí estaba, con dos militares observándola a cierta distancia, a punto de hacerla estallar pensando quizá que podía contener una bomba. Les dije que era mía. Uno me pidió dinero por las molestias. No se lo di. Uno es tonto, pero no tan tonto.

En el interior de la terminal de llegadas, tan solo un cajón de ladrillo, mis dos acompañantes de la Save the Children esperaban a que alguien les sellara el pasaporte de entrada. Me divirtió comprobar que existía la opción «vacaciones» en el formulario de entrada. Bashir, el dueño del hotel más seguro y conocido de la ciudad, localizó a un funcionario, le dio órdenes en somalí, un idioma con sonido de serrucho, nos saltamos toda la cola y salimos al exterior, donde nos sorprendió una emboscada de luz blanca. Soldados, milicianos, vendedores ambulantes... Si hay algún lugar en la Tierra con vocación de Mos Eisley, aquel puerto espacial polvoriento de contrabandistas que salía en *Star Wars*, el del antro en el que se emborracha Han Solo, era sin duda este aeropuerto.

Intenté adivinar quién era el tipo de Al-Shabab que informaría a la franquicia de Al Qaeda de nuestra presencia y de con quién nos íbamos. Un español y dos inglesas vestidas a la moda somalí. Un gran botín. Varios hombres nos miran sentados bajo un árbol. Pueden ser ellos, pero puede ser cualquiera. «¿Es la primera vez que vienes a Mogadiscio?» «Sí, Bashir, ya sabes que sí.» «Pues bienvenido al infierno», dice con una sonrisa. Me pasa un chaleco antibalas demasiado pequeño y un casco de combate. Venga, todos al coche.

Una grúa levantó entonces una barrera de hormigón para evitar atentados suicidas, y una *pick-up* con escolta armada se colocó delante de nosotros y otra detrás. Ya estábamos en el parque temático de la guerra. No quedaba un edificio entero. Más de dos décadas de conflictos superpuestos lo han convertido todo en una suerte de Stalingrado del Índico. Pero la ciudad vivía entre las ruinas. La calle estaba llena de mujeres con atuendos de colores que se movían a velocidad de hormiguero. Y había gente haciendo negocios. Uno de ellos, el principal negociante, iba sentado al volante con nosotros.

Cuando llegamos a su establecimiento-fortaleza, el hotel Peace (que lo bautizara así en este lugar denota su sentido del humor), nos aseguró que esa escolta, «mis chicos», sería la nuestra durante todo el viaje y que no podíamos movernos sin ellos. Que ellos verían cosas que nosotros jamás seríamos capaces de ver, y que ese sería nuestro vehículo y él nuestro conductor. «Así son las

reglas. Nunca he perdido a un periodista y tú no vas a ser el primero.» Director de hotel, chófer en la ciudad más peligrosa del mundo, productor de entrevistas... Conseguidor, en una palabra, el mejor conseguidor de Mogadiscio. Bashir te cobraba ochocientos euros por noche en su establecimiento de cuatro metros de muro exterior y torretas artilladas. En España no llegaría a la categoría de pensión cutre, pero aquí es lo único que te separa de un secuestro o un ataque suicida.

Tenía a toda su familia trabajando en el hotel. Sus primas hacían la colada, sus tíos cocinaban, su sobrina atendía en la recepción. Sus hombres armados eran también de su clan. Así se aseguraba una lealtad absoluta. Con sus ingresos podía permitirse mandar a sus hijas al mejor colegio de Nairobi... o de Londres. En la habitación dejé la maleta y me eché agua en el baño. Había que salir, en minutos, y hacer la primera visita: el campo de refugiados de Darawish. En ese momento, oí con nitidez el primer tiroteo cerca del hotel. Una, dos, hasta tres ráfagas de ametralladora. Aunque no suenan como en las películas, uno reconoce lo que son tiros y lo que no lo son. El miedo volvió en forma de latigazo eléctrico y me recorrió de abajo arriba, de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Se te descompone el estómago y te alegras de estar en el servicio de la habitación. En ese momento llega «la sensación». Dónde estoy, qué se me ha perdido a mí en este sitio. Ya me había pasado otras veces, pero el gran «qué cojones hago yo aquí» lo viví en ese momento. «Con los disparos se acabó la excursión», pensé entonces. Unos segundos después alguien llamó con los nudillos a la puerta. «Vamos, que se hace tarde.» Era Bashir. Abrí la puerta asustado y balbuceé alguna protesta. Ni se giró para mirarme. «No te preocupes. Mis informantes me dicen que es seguro. Vamos.»

El *Mogadisney Tour* del recién llegado incluía pasar por el mercado de Bakara, feudo de Al Qaeda y tumba de los Blackhawks estadounidenses. Aquella mañana, y aunque la ciudad no era más que escombros y esqueleto, la vida aún latía con fuerza entre las ruinas. Mogadiscio, como pisoteada por gigantes, se desperezaba de una larga pesadilla bélica que ha durado dos décadas. Hubo un día en el que Mogadiscio fue la ciudad más bella y segura de África, en la que los italianos bebían capuchinos en la playa de Lido, los somalíes comían pizzas napolitanas y los comerciantes extranjeros disfrutaban de la ópera los sábados por la tarde. Los escombros de lo que fue estaban ahora ocupados por desplazados que vivían en la miseria, entre deshechos y cascotes agujereados. Otros edificios lucían nuevos y recién pintados, señales del intento de reconstrucción real y de la resiliencia del somalí, un pueblo capaz de venderte arena en el desierto. «Cuando diga “Nos vamos”, significa “Nos vamos”, ¿ok?», me avisa Bashir. Durante todo el trayecto llama a gente sin parar. «Getting

information», dice cuando le pregunto con quién habla.

Darawish estaba al oeste de la ciudad. En realidad, no era un lugar sino un no lugar. O un lugar no. El edificio, parecido al de una escuela de hormigón gris, registraba miles de agujeros de bala y algún mortero. Dentro vivían miles de personas. Según las reglas de Bashir, dispondría de unos minutos para entrevistar a una mujer que acababa de tener un hijo allí. Pero ¿cómo contar lo que tenía ante mis ojos? Fuera de aquel edificio, sobre un océano de arena fina y algún matorral seco, se alzaba una ciudad de tiendas de ramas cada una de un color, como iglús de trapos. La pobreza está varios escalones más arriba de aquello. Siluetas femeninas iban y venían con algo de leña para cocinar o agua del pozo en una garrafa amarilla. Y se protegían la cara del viento que iba cargado de polvo fino.

En uno de esos iglús, bajo un calor de invernadero tropical, yacía Itawa Ali, treinta y dos años, facciones de modelo, y su niña Khadija, de solo nueve horas de edad. Dolorida por el parto, apenas podía moverse, casi ni hablar. «No consigo recordar las razones por las que empezó esta guerra. No entiendo por qué estamos en esta situación.» Esa respuesta se repetirá en todas las entrevistas. Las víctimas de un conflicto no saben nada sobre él. Quién lo empezó, cuáles eran los objetivos. Quiénes combatían. La guerra no es otra cosa que el enorme vacío que provoca, un agujero negro donde muere la verdad y la memoria, que tarda mucho más en rehabilitarse que una cicatriz en sanar. Itawa y sus tres hijos eran refugiados de una incomprensible sucesión de enfrentamientos sin fin que han convertido Somalia en el paradigma de la autodestrucción y a Mogadiscio en un monumento al apocalipsis.

Como Itawa, gentes venidas de la sequía, el hambre y la guerra se instalaban entre los muros torturados de la que fue la capital más hermosa de África. Apenas quedaba sitio para nadie más. Eran el cuarto estado sin Estado, los invisibles del no país, los intocables de la nueva Somalia. Vimos llegar a gente con las bolsas llenas de nada a esa mísera colmena, un microcosmos en el horizonte inabarcable de los desterrados somalíes. Nadie contó cuántos eran. Entre edificios agujereados se creaban pequeños ecosistemas. La vida surgía entre retales y jirones, como nació Khadija.

Terminada la entrevista cometí un error cultural que no he vuelto a cometer. No sé si fue el calor o la falta de oxígeno en el interior de la tienda de Itawa. El caso es que ella se incorporó cuando acabé la breve entrevista y a mí no se me ocurrió otra cosa que acercarme y darle dos besos, muac, muac, uno en cada mejilla. Al instante, viendo su cara de sorpresa y su parálisis, entendí que había algo que no había hecho bien. El traductor me sacó de la tienda tirando de mi brazo. «Oye, la próxima vez que toques a una mujer somalí no será el marido el

que te mate, sino yo mismo. Aquí lo que has hecho es un crimen.» Me sentí tan avergonzado que no se lo conté a las cooperantes inglesas de Save the Children que esperaban fuera. Horas más tarde, cuando Bashir se enteró, me abroncó antes de echarse a reír. «Si llega a enterarse su marido habría tenido que matarte por besar a su esposa. Yo no hubiera podido hacer nada», comentaba entre carcajadas.

De vuelta al hotel pasamos por otro campo de desplazados similar al anterior, pero enclavado en medio de la ciudad. Se llamaba Sigale. Las tiendas estaban aún más cerca las unas de las otras y el olor era nauseabundo. Allí visitamos a otra mujer, Mumina Ibrahim. Mumina vivía con sus siete hijos y un puñado de moscas en dos metros cuadrados. Su marido había salido aquella mañana a buscar algo de comida a los vertederos de los hoteles, que era en realidad donde iba todo el mundo. Recordé que llevaba dos sobres de azúcar que me habían sobrado en el desayuno y se los di. «Eso es lo único que comerán mis hijos hoy», me dijo. No eran ni las once de la mañana y el horizonte del día no alcanzaba a imaginar otra comida que no fuera aquella. A Mumina no le di dos besos, pero me amenazaron de muerte igual. Fuera de la tienda, un tipo alto y desgarrado se acercó a mí y comenzó a gritar en somalí. Los escoltas de Bashir intentaron apartarlo por las buenas. Cuando vieron que era imposible, lo hicieron a empujones. «Es un loco. Dice que es su hermana y que si quieres hablar con ella tendrás que pagarle. Ahora asegura que tiene un arma y que irá a por ella. No le hagas caso, hay mucha gente como él. Además, ya nos vamos. Seguir aquí más tiempo es peligroso», me dijo el jefe de los hombres de Bashir.

Sigale o Darawish son lugares llenos de mujeres y niños, pero en los que es muy difícil encontrar a hombres adultos. Suelen estar buscando comida o reclutados por alguno de los señores de la guerra que controlan estos barrios. Hay uno por cada zona en Mogadiscio. Si las ONG quieren trabajar en estos campos, deben abonar su impuesto a estos criminales. Sin juzgar esta práctica, al menos sirve para que la ciudad cuente con letrinas, centros de niños desnutridos, pozos de agua y otros servicios que contribuyen en algo a la dignidad de esos naufragos tras más de veinte años de guerra. Recuerdo bien a otro niño que conocí. Aboka, de doce años, huérfano de madre y con su padre desaparecido, probablemente enrolado en una de las muchas milicias descontroladas que atemorizan a los civiles. Aboka perdió también a un hermano a causa de una neumonía y ahora vivía con su abuela y los restos de su linaje concentrados en una choza. «No voy a la escuela porque no hay escuela a la que ir —me dijo—. Mi sueño es ser una persona formada, pero aquí todos mis esfuerzos son para ayudar a mi familia y sobrevivir.» Aboka llevaba dos años buscando a su padre en vano por aquel estercolero de ciudad. Quizá un día intente buscarse la vida y

atravesar el desierto en pos de una vida mejor tras cruzar el Mediterráneo. De casos como el suyo vienen las barcas llenas desde Libia.

Ese día cené carne de camello en el restaurante de Bashir, en el que estábamos solo los tres blancos. Todo el hotel para nosotros. Se cenaba a las seis de la tarde y a las ocho ya estaba intentando ver una película en el ordenador portátil. Recuerdo dormirme rápido y luego despertarme sobre las tres de la madrugada con la llamada del muecín a la oración y un par de tiroteos más para animar la noche.

Al día siguiente, con más sueño que un jugador de póquer, Bashir diseñaría para mí, en exclusiva y sin las dos cooperantes, un paseo por la parte antigua de Mogadiscio, la antigua ciudad colonial sometida al acero caliente de los señores de la guerra, muyahidines de Al Qaeda y corsarios de la peor calaña. Después de catorce procesos de paz en veinte años, el Gobierno Nacional Somalí, que había conocido quince ejecutivos diferentes, se escondía en una isla amurallada llamada Villa Somalia, que era atacada a diario desde el exterior con morteros. Desde que la caída del dictador Siad Barre dejó un gigantesco vacío de poder, el Estado, o lo que queda de él, ha sido canibalizado por un complejo sistema de clanes y subclanes que se han repartido la gestión de la miseria. Porque, según asegura Global Transparency, Somalia es el país más corrupto del mundo y, según Foreign Policy, el número uno en la lista de estados fallidos.

No se veía un edificio en pie y las avenidas estaban llenas de basura y animales muertos. Era el olor de la yihad. El Parlamento era solo hormigón retorcido y, en las ruinas de la antigua catedral, una joya arquitectónica italiana de 1928 convertida en vertedero, los islamistas tirotearon al Cristo del retablo hasta dejarlo sin cabeza. Lo mismo hicieron con el obispo, Salvatore Colombo, asesinado en los primeros días de la guerra. Su cadáver fue profanado después y le sustrajeron los dientes de oro. Paramos en cada uno de los sitios, cinco, diez minutos a lo sumo. Iba rodeado por doce tipos armados que se desplegaban ante mí y tomaban sus distancias, relajados en apariencia, pero vigilantes hacia el exterior del círculo que formaban a mi alrededor. Al bajar las escaleras de la catedral me entretuve con un grupo de niñas que rebuscaba entre la basura acumulada en tres contenedores metálicos con restos de comida pudriéndose bajo el sol. En un instante, los hombres de Bashir ya no estaban a varios metros de mí, sino a mi lado. El jefe de seguridad dijo: «Time to go». Todos miraban hacia un tejado donde había aparecido un fulano con un arma. No hizo nada, solo estar allí mirándonos. Algo vieron ellos de amenazador en aquel tipo. «Go, go, go», volvió a decir el jefe. Mientras, Bashir esperaba en el coche para ir al siguiente punto del viaje: el faro de Mogadiscio, a unas calles de allí.

De camino, nos dieron el alto en un control. En realidad, no eran más que dos

bidones a cada lado de la calle unidos por una cuerda. Un tipo al que le faltaba una pierna se acercó a la ventana. «Dame veinte dólares», me dijo Bashir. Se los pasé sin protestar y desaparecieron en la mano de aquel tipo. En ese momento otro, al que le faltaba un brazo, bajó la soga para que pasáramos. «Es el *checkpoint* de los tullidos. Son heridos de guerra cuya única manera de subsistir es pedir dinero aquí. Es el gran juego somalí, la victoria sobre la muerte a diario.» A tiro de kaláshnikov, el faro se alzó ante nosotros. Cuando bajé, no solo me rodeó nuestro ejército personal, sino otros tantos milicianos, estos aún con peor pinta, del clan que dominaba aquel barrio. Un tipo con una canana de balas cruzadas sobre el pecho me preguntó de dónde era. El pasaporte español se paga bien por aquí en los rescates, así que dudé en contestar. Marcaban territorio con su presencia y mostraban curiosidad, pero no hostilidad. «Good afternoon, sir.» «Tú vienes con tus chicos, pero aquí mando yo», parecía ser el guion no escrito de la escena. No había rastro de mujeres allí. El teatrillo me hizo replantearme el paseo y me giré hacia Bashir, que me hablaba desde la ventanilla: «No problem. It's totally safe», me dijo. «Totally safe», repetí para mí mismo. «Totally safe.»

Las ruinas del hotel Uruba quedaban a la izquierda, a unos trescientos metros. Desde allí nos observan los militares ugandeses de la Amisom, la misión de paz de la ONU que intentaba poner algo de coherencia en el caos somalí. Alrededor todo estaba pulverizado. El edificio, de planta octogonal, cuatro pisos con ventanas a cada uno de los lados y de construcción italiana que lo emparentaba con otros similares en Sicilia o Cerdeña, parecía agujereado pero entero, desconchado por el abandono. Allí estaba el faro del puerto antiguo de Mogadiscio. Rodeado de la comitiva me sumergí en la oscuridad de su interior. Nada más entrar, vi la enorme escalera de caracol que llevaba a los pisos superiores. Es imposible ascender hoy, porque parte de ella ha sido destruida. Desde ese círculo se abrían habitaciones con las ventanas selladas por ladrillos. Olía a orines allí dentro.

Atravesé otra puerta y vi a varios tipos tirados en el suelo fumando hierba y mascando khat, la euforizante droga local. Me miraron pero permanecieron en silencio, como todos los demás. Apenas se movieron, como espectros drogados. Le pregunté al jefe de la milicia, que nos seguía con su AK-47, si sabía algo del farero que trabajaba allí. «No, no sé nada de él. Probablemente murió hace muchos años. Este faro dejó de funcionar nada más empezar la guerra. Hace mucho tiempo que nadie va a la planta de arriba. Quizá su cadáver siga allí.» Sus palabras se oían con eco allí dentro, como nuestros pasos. El viento del Índico dibujaba sonidos fantasmales en el aire y refrescaba la estancia. Hice unas fotos, cosa rápida porque no me sentía muy seguro, rodeado de tan ilustres huéspedes cargados de artillería. Clic, clic. A la salida, me detuve en una de esas

habitaciones oscuras. En su interior había tres lanzagranadas RPG, de esas que lo mismo sirven para reventar tanques, helicópteros o barcos, y unos cuantos kaláshnikovs. Le pregunté al jefe a qué se dedicaban: «Solo somos pescadores», dijo guasón. «¿Y eso?» «Eso es para pescar tiburones.» Se sonrió el pirata, contrabandista o lo que fuera. «Gracias por su visita, amigo.»

Bashir arrancó el coche y el faro desapareció entre otras ruinas de la ciudad blanca. En el crepúsculo la gente comenzó a quemar la basura y el humo lo impregnó todo. En una calle vi a unos chavales esnifando pegamento. Si fuera verdad eso de que hay tanta belleza en la construcción como en la destrucción, Mogadiscio sería una incuestionable obra de arte, el gran monumento a la megamuerte.

Al día siguiente volvía a aquel aeropuerto polvoriento y me marchaba. Dejé el miedo en tierra. Aquel viaje me inspiró una reflexión que no me ha abandonado. Ninguna cobertura, por interesante y exclusiva que sea, merece poner una vida en peligro. Ni la mía ni la de nadie. Por supuesto, tampoco merece la pena hacérselo pasar mal a tu familia. Ningún reportaje compensa un secuestro. Ni ningún premio. Mogadiscio era y es un lugar en el que, a diferencia de muchos otros en África, un periodista es un objetivo. En otros países como el Congo, República Centroafricana o Sudán del Sur un reportero es un estorbo en una guerra en la que se matan entre ellos. En lugares en los que la yihad ha envenenado el conflicto, un blanco es además un personaje al que secuestrar o asesinar. No sé si volveré a Mogadiscio, pero si lo hago tendré que cambiar aquella clave: Real Madrid.

7

El gran viaje

Monte Gurugú

FEBRERO DE 2014

Nuestro mundo está muy cerca del suyo, pero no sabemos nada sobre ellos. De vez en cuando nos llegan noticias de pateras que naufragan en el Mediterráneo y cuyos ocupantes aparecen muertos en nuestras playas. Es el precio que pagan por nuestro desprecio, por nuestras políticas migratorias y nuestros miedos absurdos. Tan solo el 2 o el 3 por ciento de la inmigración que llega a España lo hace a través de las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla. Sin embargo, da la sensación de que se trata de una auténtica invasión africana. En la llamada crisis de la valla de 2014 tuve el enorme privilegio de poder cubrir aquellos saltos. Acababan de morir quince inmigrantes al intentar entrar nadando por el Tarajal, en Ceuta. La Guardia Civil, usando material antidisturbios, golpeó con pelotas de goma en la cabeza a aquellas personas que apenas sabían nadar. Me mandaron con el fotógrafo Alberto Di Lolli, de modo que podría concentrarme solo en escribir y no en hacer fotos. Desde el principio supimos que la historia no estaba en este lado de la frontera de Melilla, sino en el otro, en Marruecos. Los dos nos llevamos el pasaporte, íbamos a necesitarlo.

A la mañana siguiente salimos con las primeras luces del alba hacia Nador, en Marruecos. Rellenamos los papeles de la frontera diciendo que éramos farmacéuticos y cogimos un taxi. Los taxistas son los principales informantes de la policía marroquí, así que al menos ese no daría ningún parte de nosotros. Tomamos un café en medio de la plaza a la vista de todos y luego hablamos con un tipo, un particular, y pactamos pagarle bien si nos llevaba hasta el Barranco del Lobo.

El día estaba soleado pero empezaba a cubrirse. Una vez allí, comenzó a llover. Creo que si en aquel momento la policía, que tenía puestos de vigilancia por la zona, no nos vio llegar es porque estaban a cubierto. Tardamos media hora aproximadamente en escalar el barranco, lleno de prendas abandonadas y letrina al aire libre de los que viven más arriba. A lo lejos, vimos el primer campamento bajo una arboleda. No nos paramos en ese, sino que seguimos algo más hacia otro aún más grande. Nos recibieron al principio con extrañeza, pero nunca con hostilidad. Eran adolescentes. Pocos superaban los dieciocho años. Muy fuertes,

casi atletas. Había que serlo para sobrevivir allí. Todos nos miraban. «Bienvenidos —decían—. ¿Tenéis medicinas?»

Algunos estaban sentados al fuego. Otros vinieron a nuestro encuentro. Abou se prestó para hacernos de guía. «No tenemos nada que comer ni beber, pero tenemos Facebook», dijo este maliense de veinticinco años y con cinco intentos de salto a sus espaldas; un veterano de la Petit Bamako del monte Gurugú (Marruecos), el campamento en el que los llegados de Mali esperaban el mejor momento para saltar. «Apunta nuestros nombres y agréganos para estar conectados cuando lleguemos a Madrid. Porque pronto llegaremos.»

Aquí la red social era un poderoso médium que los mantenía unidos a la vida que dejaron atrás, y que también les servía para aferrarse a los sueños que tenían por delante. A veces bajaban a Nador y buscaban un cibercafé para conectar con su mundo de antes y con aquellos que ya pasaron la frontera: el mundo que vendría después.

«Cada día es el día. Ese es el que por fin darás el salto. Solo con esa idea en la cabeza te mantienes en este lugar —afirmaba Koffi Bram, con dos intentos de salto—. Yo no he llamado a mi madre. No puedo contarle cómo estoy y dónde vivo. Pensaría que he fracasado», decía François.

En la férrea mentalidad de estos hombres crecía una esperanza, a pesar de la lluvia torrencial y del frío, a pesar de las palizas de la policía marroquí o las concertinas del diablo que les esperaban en vallas de siete metros de altura. «Algo ha cambiado. Creemos que es un buen momento para saltar la verja. Es ahora o nunca», reflexionaba Abou. Lo que había cambiado es que la Guardia Civil, con sus pelotas de goma, había quitado la vida a quince inmigrantes en Ceuta y eso había generado una enorme polémica incluso entre algunos compañeros del Cuerpo (como me confesarían un día después, en el bar frente al cuartel de Melilla). Los habitantes del Gurugú pensaban que los agentes no se atreverían a actuar con tanta contundencia. Dos noches antes había habido un salto masivo.

Hasta los habitantes de este bosque de pinos llegaban buenas noticias desde Melilla. «¿Cuántos consiguieron saltar hace dos días? ¿Ciento cincuenta? ¿Es cierto que la Guardia Civil no los devolvió? ¿Cómo viven nuestros hermanos allí en España?», me preguntaban con cierta ansiedad. Algunos hervían unas hojas de té en una lata metálica, apenas un calentatripas con un poco de pan duro. No había para nada más, pero a los recién llegados se les ofrecía un espacio junto al fuego.

Las consecuencias de aquellas quince muertes en las aguas de Ceuta sonaban algo lejanas en el monte Gurugú, pero en sus vidas podía suponer un cambio radical. «Es cosa de la política. Primero nos echan a patadas. Ahora ya no. Ahora

dicen que es el momento de los derechos humanos. No entiendo nada», comentaba Saoko, el único que hablaba castellano en la Petit Bamako, a cubierto de la lluvia con un plástico.

Aquellos días en Melilla se disputaban varias partidas a la vez. La Guardia Civil y la policía jugaban sus cartas, con el Gobierno, la Unión Europea y Marruecos sentados a la misma mesa. Los inmigrantes tan solo eran las fichas para las apuestas. Y ellos lo sabían. Por eso aprovechaban la presión política sobre la Guardia Civil con la esperanza de que los controles se relajaran y así cruzar la verja.

John Feko, un marfileño de diecisiete años, daba de comer a los perros del campamento, los únicos que parecían bien alimentados. «Estos animales son claves para nuestra seguridad y supervivencia, por eso los cuidamos tanto. Cuando comienzan a ladrar, significa que viene la policía marroquí. Entonces tenemos cinco minutos para escondernos en el bosque. Por eso ellos matan a nuestros perros a la menor oportunidad.» Había fragmentos de esqueletos de estos animales esparcidos por toda la zona.

Las pertenencias, trapos y calzado, se guardaban en sacos que colgaban de las ramas más altas de los árboles, para que no se las llevara la policía marroquí, que de manera rutinaria y sin ningún tipo de piedad les destrozaba el campamento y quemaba todo lo que encontraba. Los objetos más íntimos, su pequeña patria de fotos familiares, tarjetas para el teléfono o algún anillo con algo de valor, se metían en latas de metal y se enterraban bajo las tiendas, para que los agentes no pudieran dar con ellos. Solo se sacaban del suelo el día del salto.

«¿Europa es mejor que esto, verdad? —me preguntó con impaciencia Didier, de diecisiete años, que solo llevaba aquí dos semanas y media—. Soy huérfano de padre y madre, pero conservo una hermana en Bamako, a la que me gustaría poder ayudar. Si Europa me da la oportunidad, ella vendrá conmigo después.» Había únicamente una mujer en todo el campamento, una camerunesa llamada Mirelle, a la que no conseguimos ver. Meses después, y con la tibia rota, consiguió saltar al otro lado de la valla, sin que nadie sepa muy bien cómo.

La mayoría de ellos comenzaba el viaje sin saber adónde iba ni cuánto iba a costarle. Perdían todos sus ahorros en las primeras etapas y luego el juego era sobrevivir al día siguiente. Todos habían tenido que vender sus documentos auténticos antes o después, y habían fabricado identidades falsas para ir superando las diferentes líneas en los mapas: «He atravesado países donde me han estafado, me han pegado, me han encarcelado. Yo he intentado venir hasta Europa de forma legal, pero esa opción no existe para nosotros», aseguraba Abou, un simpático nigeriano de casi dos metros de altura con el que me senté al fuego cuando la lluvia comenzó a caer con más fuerza.

Esta sala de espera de la inmigración africana está doblando la esquina de la frontera, es decir, a la vista de todos.

En África, el que atesora mucho dinero consigue documentos y viaja en avión. El que posee algo menos, lo hace en autobús. Si quieres pasar al primer mundo con poco te queda la opción de la patera o el cayuco. En el Gurugú se encontraba el escalón más bajo de esa pirámide, los desarraigados que viajaban a pie llevando solo lo puesto. Y, aun así, pagaban mucho más que cualquier europeo por el mismo trayecto.

Las rocas del Gurugú eran un pozo oscuro y maloliente en el que sabes cuándo entras pero no cuándo sales. No había nada que hacer, solo esperar el momento. Muchos quedaron por el camino, muertos en el desierto sin nombres en las tumbas, en manos de mafias o trabajando en países ajenos, obligados a vivir como la gente del lugar, extranjeros de sí mismos, peor aún que en sus propias casas. Por eso los que alcanzaban esta montaña se sentían especiales, aunque únicamente fuera por haber llegado a un lugar como este. Son Sissoko, Sylla, Funeke... El viaje era una travesía darwinista, dura y despiadada, en la que la selección natural aseguraba que solo los más fuertes, los más motivados, los elegidos llegaran hasta aquí. «Yo voy a saltar, cueste lo que cueste. No puedo volver», afirma Louis, un chaval de diecisiete años.

En la disciplina de la Petit Bamako estaba incluido el entrenamiento para el momento más determinante de sus vidas: el salto. Antes se construían escalas caseras con madera, pero la configuración de la barrera fronteriza ha obligado a un cambio de costumbres. Subían escalando con los dedos de las manos y los pies desnudos, mojados y llenos de jabón para resbalar en las manos de la Guardia Civil. Después, construyeron garfios para superar la malla antitrepa...

Las tiendas no eran sino plásticos de colores sobre una ridícula estructura de ramas, como las que se ven en los campos de refugiados. Dormían un máximo de seis personas en cada una. Alrededor había decenas de ellas. A lo lejos se adivinaban el campamento de los senegaleses, el camp Nigeria, el de los chadianos... La lluvia torrencial lo enfangaba todo. El lugar estaba lleno de basura, de heces, de jirones de vidas que pasaron por aquí. Era el precio del purgatorio, de la última frontera. Pero si había una palabra que pudiera definir a estos hombres era la fe. Todos tenían claro que un día saltarían la valla y saldrían de aquí, que abrazarían a los hermanos que ya pasaron. Las redadas de la policía en Madrid, el hacinamiento en los centros de inmigrantes, la xenofobia en las calles, las restrictivas leyes europeas o la ausencia de un contrato laboral no iban a ser nada comparado con el Gurugú. Y, entonces sí, François podría llamar a su madre para contarle que había triunfado, que estaba feliz al otro lado, en busca de una vida mejor.

La visita al Gurugú acabó con una lluvia torrencial que hizo que me resbalara varias veces. Alberto Di Lolli y yo llegamos empapados, llenos de barro y congelados de frío. Intentamos comer caliente y subí a escribir la crónica para el periódico. Tardé tres días en secar los pantalones.

A la noche siguiente visité la valla cuando oímos salir al helicóptero. Sabía que algunos de los tipos con los que había hablado iban a intentar saltar. No tuvieron suerte, pero semanas después, gracias a Facebook, vi que algunos volvieron a intentarlo y, esta vez sí, lo consiguieron.

8

Fanatismo

Lago Chad

JUNIO DE 2017

Sonó el teléfono. En la pantalla, un nombre que conocía bien: «Laura Unicef».

—Por fin tenemos fecha para que te reciban nuestros equipos —me dice—, será del 1 al 6 de junio. Yo me voy contigo a Chad. Es pleno mes del Ramadán, pero no tenemos más opciones.

—Laura, esa fecha no puede ser. El sábado nos pillaría sobre el terreno.

—¿Y qué pasa ese sábado?

—Laura, es la final de la Champions League. Real Madrid-Juventus de Turín. No me la perdería por nada del mundo.

Llevaba años intentando cubrir los ataques de Boko Haram sobre el terreno, pero no es fácil. Nigeria no facilita visados a los periodistas y en la mayoría de los casos hay que intentarlo desde países limítrofes, como Níger o Chad, donde conseguir los papeles es más sencillo. Laura me ofrecía una gran oportunidad y, pensándolo bien, no podía rechazarla.

El equipo de Unicef sobre el terreno me prometió que esa noche vería el partido y me lo creí. Pillé los billetes, enviamos el pasaporte a París para conseguir los sellos y dos semanas después aterrizábamos en Yamena junto a Santi Barnuevo, de Radio Nacional, un tipo razonable y tranquilo que no te rechaza una birra al final del día.

Cuando salimos del avión el Sahel nos dio la bienvenida con su bofetón de calor. La temperatura era tan alta que me estallaron los dos bolis que llevaba en el bolsillo, y fui pringado de tinta el resto del viaje. Yamena era aún más subdesarrollada de lo que me imaginaba. No había atascos porque ni siquiera hay coches. Al margen de los ministerios y organismos oficiales, la ciudad es una gran favela terrosa, con cuatro calles asfaltadas y poco más.

Nos invitaron a una cena típica de Ramadán en la que también cenaron los mosquitos y, al día siguiente, bien temprano, volvimos al aeropuerto para subir a una de esas avionetas que tanto me gustan. Mareado, llegamos a una pista de tierra en medio del desierto. Comimos en lo que llamaban «la casa de los científicos» en un pueblo llamado Bol. Era una vivienda de transición, donde los equipos comían y se tomaban un descanso, pero en la que se podría haber rodado

una película de terror. El resto del viaje hasta el lago Chad, que era nuestro objetivo, lo hicimos en el Toyota. Tres horas de botes entre las dunas y llegamos a la casa de Acción Contra el Hambre de Bagasola, nuestra base. Desde allí saldríamos a investigar y escribir nuestros reportajes. La habitación que me asignaron tenía roto el aire acondicionado. Ni en una sauna finlandesa se suda tanto y tan rápido como entre aquellas cuatro paredes. Tuve que dormir en el salón, pero a medianoche me desperté en medio de una pesadilla: tipos armados de Boko Haram entraban en la casa y nos llevaban atados hacia las profundidades del lago.

Boko Haram había nacido en 2004 y estaba en plena expansión. Como grupo yihadista controlaba amplias zonas del territorio nigeriano y sus ataques llegaban a Chad, Camerún y Níger, donde secuestraban y reclutaban a nuevos miembros entre los más jóvenes. Se habían hecho famosos llevándose a casi trescientas niñas de un colegio de formación profesional en Chibok y hasta Michelle Obama posó con un cartelito pidiendo su liberación. Llevaban varios años aterrorizando toda la ribera del lago Chad y ocupaban decenas de islas en su interior, donde mantenían a muchos retenidos. Alrededor del lago había decenas de asentamientos y campos de refugiados donde se hacinaban un buen número de nigerianos huyendo de los asaltos. Hasta ahí enviaban niñas bomba a hacer estallar su carga. A uno de esos lugares de viento y arena, llamado Dar es-Salam («La casa de la paz») íbamos a partir al día siguiente. Allí nos esperaba Hanna, un personaje alucinante.

—Ellos estaban en los mercados, en las mezquitas, en los hospitales y hasta en las escuelas. Estaban en tu comunidad, entre tus vecinos y puede que en tu misma familia. Pero nadie los nombraba.

—Cuando hablas de «ellos», ¿a quiénes te refieres, Hanna?

—Ellos son «los malos». Así los llamamos.

—¿Por qué no los llamáis por su nombre?

—Por si vienen.

—¿Por si viene quién?

—Ellos. Los malos. Boko Haram.

En medio de un océano de dunas, Hanna nos esperaba a la sombra de una acacia a más de 45 grados de temperatura, en el llamado Horno de Dios. El traductor, que conocía su historia, alisó la arena frente a ella para dibujar un mapa y su travesía del infierno a la salvación. Aunque la salvación no fuera más que un campo lleno de iglús de ramas y trapos en medio del desierto.

Hanna, de quince años, soñó con ellos antes de conocerlos. Con los miedos de sus padres y los rumores que corrían compuso una imagen muy aproximada a la real: «Tenía pesadillas en las que me perseguían. Me despertaba y quería huir.

Eran criminales vestidos de negro, pero aún nos creíamos seguros. Poco a poco comenzaron a reclutar gente en Madai [Nigeria], de donde es mi familia. Y un día nos llegó una carta amenazante. Eran ellos. Mi padre tenía que cerrar su tienda y debíamos irnos del pueblo, o nos matarían».

Hanna, vestida con una elegante abaya brillante de color hueso y un pañuelo de cuadros, hablaba con la mirada fija en el horizonte. «Esa fue la primera vez que hicimos las maletas. Dos semanas después nos instalamos en Aliboy, una isla en la cara nigeriana del lago Chad. Lo que más me dolió fue abandonar el colegio.» Pero Boko Haram no tardó en atacar también allí. «Se llevaron a veinticinco niños secuestrados. Ya nos había advertido el profesor de que nos atacarían primero en la isla. Nos dijeron que cuando se oyeran disparos corriéramos al bosque, y así lo hice. Mi hermana y mi madre vinieron conmigo. Tardamos seis horas en cruzar los pantanales hasta una zona segura.» Con cada nuevo ataque, Boko Haram dejaba su factura de adultos degollados y niños secuestrados. Ellos para ser soldados y ellas para convertirse en esclavas sexuales (las más afortunadas) o en niñas bomba. A todos les hacen una marca, unas cicatrices a cuchillo con forma de código de barras que los distinguirá de por vida.

El destino de Hanna fue esta vez la isla de Polikime. De nuevo, cuando se asentó la familia, llegó otra carta al jefe de la aldea: «Esta isla pertenece a Boko Haram. Abandonadla o moriréis todos». El objetivo siempre es el secuestro, la matanza y el saqueo de cosechas y ganado. «Habían pasado seis semanas desde la primera vez que hice las maletas y ya había huido cuatro veces de ellos», dice Hanna. Transcurría el año 2013 y este grupo terrorista ya había matado a más de diez mil personas, pero aún no había secuestrado a las niñas de Chibok, de las que llegaron a tener cautivas a más de doscientas veinte niñas en algún lugar del norte de Nigeria.

«Muchos se quedaron en Polikime, pero nosotros nos fuimos. Y, como sospechábamos, después atacaron la isla y mataron a mucha gente. Estuvimos seis días remando en un bote hasta llegar a Gatra, una ciudad que ya pertenece a Níger. Nos sentimos seguros de nuevo. Mi padre abrió otra tienda y yo comencé a ir al colegio otra vez, pero en Níger las clases se imparten en francés y no en inglés, como en Nigeria, y me costó adaptarme.» Con cada nuevo nombre, el traductor dibujaba una ruta en su mapa de arena. «Dos años después, Boko Haram reapareció en nuestras vidas y arrasó la isla de al lado, Karanga. Pero lo que más miedo nos dio es ver cómo atacaron el destacamento militar que debía protegernos. Al día siguiente vimos cientos de muertos flotando en el río, ejecutados.»

En aquel momento, la aviación nigeriana bombardeó a los yihadistas y mató a

veinte de ellos. El resto huyó. «Nos trasladamos a la isla de Meltri, lejos de la zona que controlaba Boko Haram, donde hice otro intento de comenzar el curso escolar. Pero de nuevo el director recibió una carta en la que se le amenazaba con matarnos a todos con una bomba si no cerraba el colegio. Así que lo cerró. De nuevo escapamos y me quedé sin ir a clase. Además, he ido perdiendo a todos los amigos por el camino.»

Boko Haram tiene en su nombre escritas sus intenciones: *Boko* («libro», referido a los usados en el colegio) es *Haram* («pecado»), a diferencia de las tablillas de las escuelas coránicas, que esta secta pretende imponer en su territorio como forma única de educación. Para conseguirlo, te matará por ser hombre, mujer o niño, cristiano o musulmán, te matará por reírte o llorar, por ser alto o bajo, te matará para que se olvide tu pasado, se detenga tu presente y se quiebre tu futuro.

«Mi tío, que es militar, nos avisó de que tampoco en Meltri estábamos a salvo. Volvimos a movernos hacia Ngubua, en la orilla del lago, ya en Chad, como refugiados. Y después el Gobierno nos instaló aquí, en este desierto.» Hanna volvió a sentirse segura. Pero un sábado de octubre de 2015, cuando iba a comprar al mercado de Baga Sola, oyó una gran explosión en su interior y divisó una columna de humo. Cinco niñas bomba, obligadas por Boko Haram, detonaron aquel día sus chalecos y mataron a treinta personas. Un triste recordatorio de que el grupo yihadista ha conseguido marcar de una manera u otra la vida de cientos de miles de personas que viven en la región.

Una de esas existencias rotas, que también tuve la suerte de conocer, es la de Hassan, un niño de catorce años que fue secuestrado por la milicia y permaneció retenido un año entero hasta que pudo escapar. «El pescado de la orilla no es bueno, nadie lo quiere, por eso me arriesgué a llevar mi barca un poco más lejos, donde los peces son más grandes», nos dijo en su choza, a pocos metros de la orilla del lago, mirando hacia abajo, como avergonzado. «Allí me cogieron. Llevaban el pelo y la barba muy largos y estaban todo el día enfadados con nosotros. Nos alimentaban con pienso para animales, nos tenían todo el día trabajando o leyendo las tablas del Corán. Las órdenes las daban con palizas. No hubo un solo día que no quisiera escapar de allí. Una noche vimos que el vigilante se alejaba y huimos. Estuvimos caminando tres días hasta que encontramos una patrulla militar. Si nos hubiesen descubierto huyendo nos habrían matado.»

En el pequeño aeródromo de Bol, el último punto al que llegan los vuelos humanitarios, alguien colgó un mapa del lago de *National Geographic*. Pero lo que muestra ya no existe: su superficie se ha reducido al 10 por ciento por la sobreexplotación y el cambio climático. Con la bajada del agua han surgido

decenas de islas nuevas y un laberinto de canales por donde es fácil esconder a los miles de secuestrados. Además, en la orilla izquierda del mapa ponía «Nigeria», pero hace años que esa zona ya no pertenecía al Estado nigeriano. Era parte del Califato de Boko Haram, tentáculo africano del Estado Islámico.

Dos de los militares que luchaban contra el califato nos acompañaron en una embarcación a Buguirmi, una de las islas que fue arrasada y saqueada por los yihadistas. Uno de ellos era simpático y llevaba boina y bigotito a lo Thomas Sankara. Al otro no lo vi sonreír y ni me acerqué. «No son buenos soldados. Vienen hacia nosotros corriendo, sin cubrirse, totalmente drogados, gritando “Ala Akbar”. Yo mismo maté a siete y herí a otros dos. El problema es que suelen atacar a civiles desarmados», comentó el que se parecía a Sankara, que participó en la reconquista de la isla. Los que habían decidido volver intentaban reconstruir sus viviendas mientras las mujeres hacían cola bajo un gran árbol para que un médico de Unicef midiera los niveles de desnutrición, que eran altísimos. El objetivo de estas mujeres era conseguir los preciados sobres de crema de cacahuete conocidos como *Pumpinut*, con los que pueden alimentar a sus hijos durante una o dos semanas. A la vez, en otra fila, un pediatra vacunaba a los niños para evitar que se contagiaran de enfermedades como la hepatitis, el cólera o la polio, que estaba erradicada en Nigeria y ha vuelto a resurgir por culpa de Boko Haram, que no permite vacunaciones en el territorio que controla. Unicef había levantado de nuevo la escuela y había encontrado a un profesor dispuesto a volver.

Toda la geografía de este lago sangraba por la existencia de personas como Alima Adam, de cuarenta años de edad, madre de cinco niños (dos habían muerto ya) y embarazada de nuevo. Recordaba bien cuando Boko Haram los atacó con niñas bomba, y cómo los cuerpos de esas pobres chicas quedaron mutilados y desparramados en el suelo. «Tengo miedo de que todo aquello afecte a mi hijo. Ya he perdido a dos y no podría superar otra muerte.» Las condiciones de vida eran terribles en la isla. Las madres podían conseguir leche en polvo, pero la acababan mezclando con agua del lago porque no había agua potable, lo que provocaba disenterías. Fatimata Kadim, una viuda de treinta y tres años, se casó con su marido a los quince. Como casi todas las mujeres en la zona, no solo sufrió el matrimonio infantil, sino la mutilación genital, una práctica en la que, junto a la misma cuchilla, pueden acabar pasándose unos a otros enfermedades como el VIH en la misma ceremonia. «Oí el disparo que mató a mi marido cuando estaba escondida en casa. Después robaron todo lo que teníamos. Varios días después volví a enterrarlo porque ellos jamás entierran a los muertos», comentaba Fatimata.

Junto a ella, Badrei, la mujer más popular de la aldea, explicaba que con su

trabajo de matrona ayudaba a devolver la vida a la isla: «Ya he traído a tres mil quinientos niños al mundo, a veces varios al día, como mi madre y mi abuela antes que yo. Los conozco a todos. Algunos partos han sido sencillos y otros dolorosos, tanto que me han dolido hasta a mí, pero es la voluntad de Dios».

Hanna nos avisó: tenía que ir terminando la entrevista porque era la hora de su clase de costura, la formación profesional que recibía en la escuela de Unicef en el campo (una de las mil trescientas que han construido por todo el país). Fui haciéndole fotos hasta su casa. Me sorprendió que no parara de mirar hacia atrás, casi como un tic nervioso, como si alguien la persiguiera. Hice una foto y supe que esa era la que iba a publicar a mi vuelta a Madrid.

—Hanna, tengo una última pregunta. ¿Cómo te sientes después de haber escapado ocho veces en tres años de Boko Haram?

Mascó la respuesta unos segundos.

—Creo que he ganado la batalla. Ahora voy al colegio, que es lo que ellos no querían.

Aquella noche, cuando llegamos a la casa de Bagasola, los chicos de Unicef habían conseguido cerveza fría, algo imprescindible si queríamos disfrutar del partido, que podríamos ver en Canal + (lo había contratado expresamente) gracias a una parabólica. El Real Madrid ganó 4 a 1 y mis gritos se oyeron más que los del muecín llamando a la oración en la mezquita de al lado. Después, ya más tranquilo, fui a descargar las imágenes del día. La tarjeta se había fundido por el calor y había perdido todas las imágenes. No lo sabía entonces, pero en Madrid podría recuperarlas. Perder aquel trabajo me amargó aquella noche de alegría y los días siguientes. No me gusta publicar el relato de una persona sin presentársela a los lectores. La historia de Hanna iba a depender de un programa informático.

9

Odio religioso

República Centroafricana

2012, 2015, 2018

Toc toc.

Llamaron dos veces a la puerta.

Habíamos llegado a aquel hotel cuando comenzaba a oscurecer, un poco pasados de hora, porque ya se había superado el toque de queda. Venía de enviar seis fotos al diario, que en el mejor establecimiento de Bangui, el absurdamente lujoso hotel Ledger, regalo de Gadafi al país, había supuesto tres horas de trabajo. Y eso que tenía el mejor wifi de la ciudad. Venía conmigo Niko Castellano, un reportero de la SER con el que ya había coincidido en la cobertura del ébola. Cuando me metí en la habitación, absolutamente roto de cansancio, oí que llamaban. Pensé que era Niko, que querría tomar la última cerveza del día y darle algo de sangre a los mosquitos en el jardín.

Toc toc.

—¿Eres Niko?

Silencio.

—¿Niko?

Una voz femenina sonó al otro lado.

—*C'est l'amour qui passe.*

L'amour qui passe. Ni idea. Abrí la puerta y me encontré con una mujer centroafricana que rondaría los treinta años, guapa, vestida con ropa barata pero elegante a su manera. Llevaba tacones y los labios pintados. *L'amour qui passe.* Una prostituta.

—Disculpe, señora, pero es que yo...

Antes de que pudiera balbucear algo, ya había metido el pie en la habitación y me impedía cerrar la puerta. Un paso más y estaba dentro. Intenté echarla de buenas maneras. «Señora, tiene usted que irse, no quiero nada.» Imposible. Finalmente, vi en mi mesa el muffin de chocolate que da Air France durante el vuelo, una magdalena enorme que me había dejado sin comer por si me asaltaba el hambre en el hotel y no había desayuno en aquella cochambre. Se la di y la cogió sin pestañear.

—Gracias. Es para mis hijos.

Salió al jardín y cerré la puerta. Me quedé callado unos segundos y volvió a sonar la puerta.

—Niño, vamos a tomar una birra.

Era Niko.

Así es República Centroafricana, un país muy difícil de comprender donde las madres se meten en tu habitación para poder alimentar a sus hijos. Hay guerras que las entiendes enseguida. Si das con el taxista adecuado, la media hora de trayecto a tu hotel te sirve para ir engrasando contactos, aterrizando en la historia del país y conociendo los bandos, los intereses y las posibles manipulaciones de unos y otros. Los conflictos siempre son más complejos de lo que parecen, pero hay algunos lugares en los que podrías estar toda la vida tomando taxis de ida y vuelta sin enterarte de nada. A cada carrera el taxista puede hablarte de una guerra diferente. El peor de todos es República Centroafricana.

He viajado tres veces al país (en los años 2012, 2015 y 2018) y he cubierto tres guerras diferentes. La primera fue en otoño de 2012 y fui con Raquel. Aún no había empezado el conflicto civil, pero había un asunto que me atraía: en el este del país, el criminal Joseph Kony, al frente de su infame Ejército de Resistencia del Señor (LRA, en sus siglas en inglés), expandía el radio de acción de sus secuestros de niños y sus asesinatos. Este hechicero y fanático cristiano llevaba veinticinco años intentando montar en el norte de Uganda un Estado basado en los diez mandamientos. Para ello, no escatimaba en brutalidades.

En la capital aún se podía pasear por la calle con toda tranquilidad. No había llegado la guerra y me pareció un pueblo colonial de los años setenta. Tenía varios sitios aceptables para cenar y precios razonables. Nada que ver con Zemio, la aldea refugio a la que íbamos a volar en una avioneta. De dieciocho mil habitantes, catorce mil eran refugiados de Kony. Entre esa gente encontrabas, a la vez, a víctimas y a verdugos, que en realidad eran víctimas también: niños secuestrados y convertidos en auténticos asesinos. Allí conocimos a Yanick.

LA CRUZADA DEL FIN DEL MUNDO

Otoño de 2012

Una veintena de soldados ugandeses ponía al día un antiguo ritual en el pequeño aeródromo de Djema: escribir cartas de amor a sus novias y a sus esposas antes de partir a la batalla. Ya no se guardaban en el bolsillo del pecho, como en el

pasado, sino que las enviaban a través de sus teléfonos móviles. Las Fuerzas Especiales de Estados Unidos desplegadas por Obama les habían transmitido las coordenadas de un grupo sospechoso en medio de la jungla centroafricana, detectado gracias a sus aviones espía. La orden se repetía de nuevo: «Joseph Kony, líder del Ejército de Resistencia del Señor. Vivo o muerto».

Eran parte de los ochocientos soldados ugandeses y los cien estadounidenses que peinaban la selva con alta tecnología, de los cuales solo los africanos pasarían semanas enteras a pie tras el rastro de muerte que dejaba Kony, el hechicero del Nilo, el cruzado apocalíptico, el de las pócimas mágicas. Pese a tener sesenta años, siempre les llevaba al menos un día de ventaja, lo que suponía unos sesenta kilómetros imposibles de recortar.

Uno de los ugandeses que ejercía de rastreador llevaba veinticinco años tras Joseph Kony, así que ya sabía, con ver los restos de la comida en una hoguera humeante, cuál de los comandantes del LRA, la milicia más longeva y mortífera de África, había cenado allí. Si el rastro incluía restos de pollo, noche sí y noche también, es que el «profeta» Kony estaba cerca, porque era su plato favorito.

Yanick, un exsoldado del LRA, acababa de salir de clase de reinserción. Lo secuestraron en un camino junto a diecisiete compañeros y pasó dos años en la selva matando y, lo que es casi peor, comiéndose a aquellos que mataba. «Yo he comido personas cuatro o cinco veces. He grabado LRA sobre la espalda de una persona y la he matado. A veces cortaba los brazos y los tiraba en el camino. También a los niños. Porque cuando asaltábamos aldeas y capturábamos gente nos llevábamos también a las mujeres y a los niños. Si el bebé lloraba, lo mataba y lo dejaba en la selva.»

Los catorce mil refugiados que se habían reunido en Zemio en los últimos meses huían de esta amenaza. Muchas víctimas eran mujeres que acudían a la pequeña maternidad en la que trabajaba Jean de Diem. Sus manos, que usaba ahora para traer niños al mundo, estuvieron un día al servicio del mal.

El enfermero, siempre con sus dos paritorios en hora punta, fue enrolado a la fuerza en esa tropa de niños y adolescentes manipulados por el odio, hasta que a las tres semanas consiguió fugarse. Su memoria guarda recuerdos de asesinatos, mutilaciones a machete, violaciones de mujeres y aldeas arrasadas. Y todo ello dirigido por un visionario apocalíptico que, en Zemio, no tenía nombre porque nadie quería convocarlo, como a un mal espíritu.

«Solo fueron tres semanas», repite, pero el recuerdo imborrable que dejaron era ya argamasa para las pesadillas que tendrá el resto de su vida. «Cuando te secuestran —nos comentó—, las órdenes hay que cumplirlas rápidamente. Si dudas, te matan al instante y te meten en el fuego para comerte.» El resto tenía que alimentarse del que se negaba a convertirse en un devorador de hombres. De

esta forma, se deshumanizaba a los nuevos miembros de la secta. «Yo también he comido personas. El que dice “no” es el siguiente en ser comido.» Jean de Diem hablaba de canibalismo como arma de guerra, como instrumento monstruoso para el adoctrinamiento.

En el centro de este escenario bélico de aldeas que eran muñones carbonizados en un país sin carreteras y un subdesarrollo neolítico, se levantaba un pequeño lazareto gestionado por Médicos Sin Fronteras. Su responsable, Froukje Pelsma, nos advirtió de lo que sucedía en aquel rincón que apenas aparecía en los mapas: «Si buscáis material para escribir, estáis de suerte. Hace tres días atacaron aquí». El equipo de MSF estaba compuesto íntegramente por ocho mujeres valientes que bebían cerveza por la noche, veían series frívolas en un proyector y hacían zumba los domingos por la tarde. Era la única manera de resistir.

Desde su llegada, el Ejército de Resistencia del Señor había destruido poco a poco aquella pacífica comunidad, que no entendía por qué un señor de la guerra ugandés que se denominaba a sí mismo profeta había llevado el idioma de las armas hasta allí.

Y si la sociedad no se había desmoronado del todo era gracias al trabajo de organizaciones internacionales como MSF, que ofrecía asistencia a las víctimas del conflicto, y a otras locales como la Misión Católica, que construía escuelas para los refugiados, y al trabajo de gente como José Carlos Rodríguez Soto, exmisionero y único español que había hablado con Kony, el fundamentalista de las sesenta esposas y cuarenta y dos hijos: «Es un manipulador de mentes que sabe cómo aterrorizar a la gente», contaba en un pequeño aeródromo de Zemio. A José Carlos me lo he ido encontrando por aquí y por allá, como si fuera un doctor Livingstone madrileño.

En Zemio, nadie sabía de documentales propagandísticos como el polémico *Kony 2012*, con sus pósteres, virales en Youtube, chapas y mensajes de Rihanna y Justin Bieber. En la vida real, en este kilómetro cero de África, el «profeta» Kony andaba suelto, sus aldeas ya no existían y sus vidas cabían en una bolsa sobre sus hombros cargados por el miedo.

LA GUERRA MÁS OLVIDADA DEL PLANETA

No pensaba volver a Bangui. Después de la experiencia de 2012 y 2015 (la de la prostituta), creía que no había mucho más que contar. Pero Fernando Calero, de MSF, me propuso un proyecto interesante. Cubrir una crisis olvidada durante

seis meses y poder viajar allí con sus equipos el tiempo que necesitara para encontrar historias. Yo no estaba en mi mejor momento personal, así que quizá no iba a verme mal quitarme de en medio tres semanitas. Fernando insistió en intentar hacer algo diferente, un multimedia con fotos, texto y vídeos, y me comentó que ellos podrían encontrar a alguien de su equipo que me ayudara. Acepté enseguida. Mi jefa estuvo de acuerdo, así que elegimos el mes de enero de 2018 para hacerlo.

La perspectiva era arriesgada: ir durante tres semanas con una persona a la que no conocía de nada podía ser una pesadilla, si no lográbamos entendernos. La elegida por MSF para acompañarme fue Marta Soszynska, una polaca once años más joven que yo con la que tuve una compenetración en lo laboral y en lo personal difícil de explicar. A ella tampoco le apetecía el viaje hasta que hablamos. Ninguno de los dos iba a agobiarse por nada. Ninguno era jefe de nadie. Iba a ser un trabajo de equipo desde el principio hasta el final. Siempre digo que soy un tipo con suerte. Con Marta fui muy afortunado. Gané una amiga para toda la vida.

Este proyecto tenía otra ventaja: dormiría en la casa de Médicos Sin Fronteras España, no en un hotel. El problema de las coberturas africanas no es ni la comida, ni el calor ni el peligro en determinados países. El problema es el tedio. Llegar a un hotel al atardecer y no tener nada que hacer hasta las siete de la mañana del día siguiente, metido en una cama bajo la mosquitera, muchas veces sufriendo el apagón eléctrico que casi todas las ciudades africanas sufren al anochecer... Cuando esto ocurre, es mejor estar con más gente. En esa casa había varios españoles, un alemán, un rumano, un francés, una tunecina y mi amiga polaca. Siempre había vino y buena comida. Sergi, el financiero, montaba sesiones de yoga y preparaba por la noche los bloody mary. En la terraza siempre había alguien con quien beber una cerveza. A las once era el toque de queda, pero la noche se prolongaba en la terraza. Ni la casa de Gran Hermano.

Teníamos planes, pero saltaron por los aires enseguida. Únicamente viajamos unos días al norte, hasta Kobo, en la frontera con Chad, donde estuve tres días sin dormir, no solo por el sonido de disparos cercanos o los ladridos nocturnos de jaurías de perros, sino por los ronquidos de Mamadú, un doctor maliense con el que compartía habitación. El resto del equipo se descojonaba de mí todas las mañanas en el desayuno. ¿Te ha dejado dormir Mamadú? Sus ronquidos se oían desde fuera de la habitación en plena noche. Dentro era imposible pegar ojo. El segundo viaje, pensado para ir a Alindao, hubo de ser anulado ante los insistentes combates en la ciudad. Tuvimos que quedarnos en la capital, cosa que no nos importó en absoluto.

Cuando uno va a pasar tres o cuatro días en algún lugar tan perdido que no

puede evitar un montón de horas en transporte, acaba teniendo más o menos claro el tipo de reportajes que quiere hacer. Es un error provocado por la falta de tiempo. Esa idea preconcebida (y prejuiciosa) no te ayuda a entender aquello que quieres contar. Va uno con el esqueleto temático pensado desde casa y, cuando llega a un lugar, se da cuenta de que no tiene nada que ver con lo que esperaba. Es una buena señal. El reportaje ha de construirse desde el encuentro, la conversación y la mirada del reportero. Ningún texto puede ir escrito antes de bajarse del avión. Si cuando llegas a un sitio entiendes que nada de lo que llevabas en la cabeza te sirve, adelante. Vas entendiendo de qué va esto. Tres semanas de viaje es algo irreal, algo del pasado, periodismo antiguo. Yo iba a disfrutarlo.

Mi primer objetivo era volver al aeropuerto de M'poko. En uno de sus laterales había visitado, junto a Niko, el campo de desplazados que se había montado entre en cementerio de aviones. Fue en 2015. Estuvimos al atardecer: aquello parecía una imagen apocalíptica, bajo el filtro naranja del crepúsculo. Miles de personas malviviendo en hangares y bajo las alas de avionetas desvencijadas, como si estuvieran en una película postapocalíptica. Allí fotografié a Lisa Jeanne en un avión rojo de hélice de la época colonial. Tenía que volver a ese avión tres años más tarde, a ver si Lisa seguía viviendo en él. Pero para mi sorpresa, ese y el resto de aparatos estaban vacíos. La gente que habitaba allí estaba ahora a unos doscientos metros, en el barrio de Fondo, que estaba aún destruido, igual que lo habíamos visto tres años antes. Allí Marta y yo conocimos a Ghislan.

Después de cinco años de guerra Ghislan sufría todavía pesadillas y unas ganas terribles de volver a su casa. Una mañana se arriesgó y fue hacia el distrito fronterizo, entre el barrio islámico y el cristiano. Mientras buscaba restos de su otra vida entre los escombros quemados vio a su vecino musulmán hacer lo mismo en la vivienda de al lado. Ambos hicieron algo que durante aquellos días de conflicto no estaba bien visto: hablar.

—¿Piensas volver?

—Me gustaría, pero no puedo.

—Yo tampoco, pero sueño con ello todos los días.

Cuando uno hablaba con Ghislan, se daba cuenta de que en realidad hablaba con dos personas. Una, la que podría haber sido: un doctor con motivación y carisma. La otra, la que realmente era: un eterno parado que pasaba el día buscando un trabajo de unas horas que le permitiera comer alguna cosa, que tuvo que abandonar sus estudios de medicina y que se sentía frustrado, engañado y desgastado por una supervivencia desgraciada. A los dos Ghislan solo los separaba una cosa: la guerra.

El conflicto de República Centroafricana consumía este territorio de espaldas al mundo. Poco importaba que en la propia capital varios grupos armados se disputaran barrios enteros y hubiera muertos a diario. Las noticias del mundo permanecían indiferentes. Más allá de Bangui el vacío informativo era absoluto. El 70 por ciento del territorio sufría combates, pero las proporciones de esta carnicería eran desconocidas, igual que el número de muertos. A nadie parecía afectarle, más allá de a sus víctimas, y a nadie parecía importarle fuera de estas fronteras. Si había una guerra realmente olvidada en el planeta, era esta.

La picadora pedía carne. A la capital llegaban a diario decenas de heridos de bala venidos de todo el país. Eran chicos jóvenes, algunos de ellos reclutados por grupos armados, otros solo agricultores con un pie en la tumba. Algunos, como Innocence, entraron con dos piernas al hospital y salieron solo con una. Bangui estaba llena de mutilados. Desde que comenzó la guerra se abrieron dos grandes nichos de negocio para los carpinteros: fabricar muletas o ataúdes. En cada nueva visita que hacía se percibían más las consecuencias: el país que nunca existió estaba peor que nunca.

La guerra era mutante y tenía, como cualquier otro conflicto, su propia lógica fuera de control, como si fuera un ser vivo. Lo que en 2012 comenzó en el norte de República Centroafricana como una rebelión armada contra el descuido durante años de esas tierras, la mayoría habitadas por personas de etnias musulmanas, se tornó una guerra religiosa meses después. Los milicianos de la Seleka («Alianza», en el idioma local) fueron tomando aldea tras aldea hasta llegar a la capital. Una vez allí, quince mil milicianos bien armados y apoyados por mercenarios de Chad y Sudán pusieron en fuga a los soldados del ejército, que quemaron sus uniformes, y al presidente, François Bozizé, que se refugió en Camerún. Desde entonces, el país no ha conocido un respiro. Surgieron las milicias de autodefensa Antibalaka, de mayoría cristiana, como respuesta a la invasión. Cruces y medias lunas se enfrentaron cuando siempre habían convivido en paz.

Luego, a mediados de 2013, comenzó una limpieza étnica a gran escala. Los barrios fueron arrasados y saqueados. Bangui ardió de odio y la venganza se extendió por todo el país. Tiraron a los muertos a los pozos para contaminar el agua, violaron a miles de mujeres y asesinaron a los niños para que no pudieran vengarse de los adultos. Los dos bandos cometieron todo el catálogo de crímenes posibles. Cualquier cosa que pudiera hacerse con un machete se hizo aquellos días en Bangui. En una sola jornada murieron tres mil personas en torno a una sola calle, la frontera entre los barrios cristianos y musulmanes, la Avenida de Francia. Es el mismo número de soldados que murió en la playa de Omaha el día D. Pero aquí nadie hará películas sobre ellos. Después llegó la misión francesa,

con sus propios intereses de excolonia que no ha dejado de serlo, el escándalo de los abusos sobre menores alrededor de su base, el fracaso de la misión de paz de la Unión Africana y el despliegue de la MINUSCA, las tropas de Naciones Unidas con sus cascos azules y sus precarios avances sobre el terreno. Los habitantes del tercer distrito acabaron en el cementerio de aviones junto al aeropuerto que pude visitar con Niko, un limbo de mugre, infecciones y aguas fecales llamado M’Poko. Como no se atrevían a salir de allí por miedo, enterraron a sus muertos junto a los hangares. Había cristianos encerrados en mezquitas y musulmanes escondidos en iglesias por todos los rincones del país. Un obispo español, el padre Aguirre, cobijaba en su templo de Bangassou a mil personas separadas de la muerte por el propio cuerpo del religioso, convertido a su pesar en escudo humano.

Sobre ese escenario apocalíptico se construyó una realidad sombría: la guerra se enquistó y se rompieron las alianzas. Las milicias musulmanas se dividieron entre los partidarios de Al Katim y Alí Darassa, y comenzaron a luchar unas contra otras. Los grupos armados cristianos se unían a ellos según su propia conveniencia. Surgieron ejércitos privados de señores de la guerra en cuyas siglas no faltaban las palabras «liberación», «democrático» o «popular» y que luchaban por los recursos naturales, ya sin ideología alguna, si es que alguna vez la tuvieron. Este ombligo geográfico del continente chapotea sobre oro y uranio, además de una selva tupida que asegura un suministro de madera de la mejor calidad, animales de caza para la nobleza europea y suficientes diamantes para que todos sus habitantes fueran vestidos de Swarovski.

República Centroafricana vivía la pesadilla de Conrad: la guerra se convirtió en un negocio rentable para aquellos que podrían detenerla. En cambio, la población civil no tenía para comer y moría de enfermedades que tienen curación sencilla en el primer mundo. Una simple ONG como Médicos Sin Fronteras sostenía hasta dos tercios de las estructuras de salud centroafricanas. Sin este soporte, miles de personas hubieran fallecido a los pocos días en hospitales sin la más mínima cobertura sanitaria. El Ministerio de Salud solo tenía a un especialista en traumatología para los 4,5 millones de habitantes de todo el país: el doctor Bertrand, que no perdía la sonrisa a pesar de lo que veía a diario. «Me han mandado a otro médico generalista para ayudarme, así que debo sentirme feliz», nos dijo con sorna. Su puesto estaba en el hospital Communitaire de la capital, donde también encontramos a su único cirujano, obligado a operar sin anestesia.

Había una noticia buena y otra mala. La buena era que la gente se había acostumbrado a la guerra. Salía de sus casas, llevaba a los niños al colegio, compraba en el mercado y bebía cerveza local en los bares. La mala era que la

gente se había acostumbrado a la guerra. Su presencia ya no llamaba la atención a nadie, como si fuera el estado normal de las cosas. Para algunos fue la visita del papa Francisco la que llevó cierta estabilidad a Bangui, pero su efecto se perdía unos kilómetros hacia las afueras, donde la carretera de asfalto se convertía en tierra roja por la sangre de Abru Amel, un pescador de treinta y siete años de Bría; de Sylvain Kokpi, un vendedor de carbón vegetal que vivía a 37 kilómetros de Bangui; de Innocence Jeanne, un agricultor de Alindao... Era el recuento de los heridos recién llegados al hospital Sica de Bangui, el único donde podían tratarse este tipo de cirugías de guerra. A todos les preguntábamos si recordaban por qué empezó el conflicto. Ninguno conocía la respuesta.

Mientras, los traficantes inundaron la región con armas de segunda mano a bajo precio, pero que mataban igual que las otras. Más allá de la capital, el sonido de los disparos era el latido del país de los olvidados con sus historias para gente que quiere olvidarlos.

En el cementerio de Bangui no cabía un muerto más. La guerra aceleró lo inevitable: no quedaba un metro libre. Ante esa circunstancia se puso de moda enterrar a los familiares en el jardín de casa, en el huerto o en las afueras de la ciudad. Había tal cantidad de jóvenes en paro que, por un precio ridículo, ellos mismos se encargaban de todo. Te abrían el agujero en la tierra, te contrataban al cura y te montaban el entierro. Así no tenías que atravesar el barrio musulmán si eras cristiano ni el cristiano si eras musulmán. Divididos en vida y divididos también en la muerte.

Como se anuló nuestro viaje a Alindao, en la zona cristiana del país, pudimos dedicarle más tiempo a la capital. Y pasamos tres días en la maternidad de Castor, el hospital de MSF Bélgica. Allí conocimos a Adele, una mujer alucinante.

Aquel paritorio era una trinchera más de la guerra. Sus reglas estaban bien definidas y el personal las conocía de memoria: si no respira en veinte minutos, morirá. Si nace antes de la semana 26, morirá. Si pesa menos de ochocientos gramos, morirá. Adele vivía en esa frontera, por eso sus manos sabían cómo ensanchar los tiempos de la vida y desafiar los límites de la muerte. A esa estrecha franja la llamaban la «zona gris», el borde difuso entre la supervivencia y el cementerio. Esos contornos estaban agrandados en el país por culpa de una sucesión de guerras que siempre tienen las mismas víctimas, desde hace décadas: las mujeres.

La primera mañana de visita nacieron dos gemelos con algo menos de siete meses de gestación en la maternidad de Castor. Uno alcanzaba los ochocientos gramos y otro no. Pero el equipo decidió que tendrían una oportunidad los dos. «Zona gris», repitió la jefa del equipo de Médicos Sin Fronteras, que era italiana.

En neonatología había más casos así. Los bebés dormían bajo mantas térmicas y estufas eléctricas. Era lo más parecido que había a una incubadora. En cualquier otro lugar del país habrían muerto.

Los hombres declaran las guerras, matan, mueren y se convierten en héroes o villanos dependiendo de si las ganan o las pierden. Las mujeres simplemente las sufren. No hay gloria para ellas ni una mención en los libros de historia a no ser que seas Juana de Arco y te consideren una santa. El conflicto centroafricano mantenía esas premisas. Pero algunas no aceptaban este papel de víctimas y decidían dar un paso al frente: es el caso de Adele, que luchaba por cada niño y por cada madre. «Hemos atendido partos mientras disparaban al hospital desde fuera, hemos sufrido asaltos y trabajamos muy duro para dotar de dignidad a la mujer centroafricana. En esta sociedad todo debería ir al 50 por ciento entre el hombre y la mujer. No puedo esperar que mi marido me sostenga, tengo que hacerlo por mí misma.»

El paritorio, su segunda casa, era el lugar donde todas las cicatrices emergían: madres cuyos hijos nacían con poco peso, y que daban a luz casi cada año; chicas que habían sufrido violaciones o abusos y tenían problemas en el parto; niñas que se han quedado embarazadas con trece o catorce años y acudían a abortar a lo que llamaban «una doctora tradicional», lo que acababa por complicarlo todo, y también mujeres que decidían parir en su casa, y que cuando el nacimiento era difícil acudían demasiado tarde. Un desafío formidable. Todas las matronas, además, debían saber practicar cirugía de guerra, porque de vez en cuando llegaba una montaña de heridos que había que separar entre los que vivirían y los que morirían... e intentar salvarlos a todos. Si en un conflicto cada cual libra su guerra, Adele tenía muy claro cuál es la suya.

La guerra no solo son los ejércitos que combaten, ni los planes militares ni los mapas de las conquistas. Una guerra es todo el vacío que provoca: la vida que nunca volverá, la casa que te incendiaron, el hijo al que mataron, la hija a la que violaron, el hombre al que tú mismo mataste.

El conflicto centroafricano era una guerra de pobres, pero también de cobardes. No había cañones, aviones ni helicópteros. Además, era difícil que una milicia se cruzara con otra en el campo de batalla. No había frentes y los ataques se producían sobre aldeas de personas indefensas. Por eso había tantas mujeres y niños entre los muertos y heridos. La pequeña Guendoline, de cuatro años, era una de ellas. Nos la cruzamos en el aeródromo de Paoua, en la zona más violenta del país. Tenía una perforación de bala en la pierna y estaba a punto de subir a un avión de Médicos Sin Fronteras hacia Bangui, la única opción que había de conservarla.

La temperatura del día subía cuando el sol alcanzaba la vertical en el cielo de

Bangui. Se iniciaba entonces la quema de basuras y toda la ciudad comenzaba a oler a humo. El polvo se pegaba a la piel mientras la nube filtraba la luz del sol con un color naranja irreal, como el revelado de las fotos antiguas. Fuera de la consulta, decenas de mujeres seguían esperando su turno para parir. La mayoría ya sufría dolores. El nacimiento estaba cerca. Una vez dentro de la maternidad se tumbaban en una cama y el personal medía los centímetros de dilatación. Una de ellas, llamada Gipsy, se puso en manos de Adele, que la tranquilizó. Era su primer hijo. Las mujeres de la sala se retorcían, sin saber qué postura adoptar. Algunas gritaban más que otras. La frase bíblica «parirás con dolor» que Dios le dedica a Eva en el paraíso primigenio adquiría aquí un significado tangible. Junto a Gipsy, una mujer que esperaba su octavo hijo aseguraba a gritos, ante la carcajada de las matronas, que ya no quería nada más de los hombres. Solo había anestesia para el quirófano, así que el parto se hacía sin epidural. En el mismo momento en que Adele extrajo al niño del cuerpo de Gipsy, una lágrima recorrió el rostro de su madre. «Ha tenido usted un hijo.»

La revista *Forbes* elabora todos los años una curiosa lista: los lugares más felices del mundo. El último clasificado siempre es el mismo: República Centroafricana, el país más triste del planeta. Lo pensaba viendo la sonrisa melancólica de Ghislan, un tipo que, de haber nacido en la cara amable de África, podría encarnar sus propios sueños y no sus pesadillas. Nos recomendó dar una última vuelta por el cementerio de aviones. A pesar de la decisión del Gobierno de vaciarlo, y de que varias excavadoras removieron toda la tierra (hasta con los muertos enterrados), muchos decidieron volver. Las milicias musulmanas habían quemado sus casas una semana antes y ya estaban instalados de nuevo junto a las avionetas decrepitas de Minair que servían para traer sacas de diamantes desde las explotaciones mineras del interior. Encontré de nuevo el avión rojo, pero Lisa Jeanne ya no estaba allí. Hice unas cuantas fotos y reflexioné sobre los recuerdos que uno guarda de los lugares. Cuando estuve tres años antes con Niko, aquel lugar me hechizó por completo. En 2018, ya sin gente, había perdido su magnetismo. Hasta el avión parecía más viejo, más descolorido. Marta me llamó bajo el sol a lo lejos y no quise hacerla esperar más.

Ghislan paseaba entre los cascotes de las casas destruidas.

—¿Cómo podéis sobrevivir aquí?

—El problema es la pobreza. Y es un problema para todos: musulmanes y cristianos.

—¿Y cómo se ha llegado a esta situación?

—Repartiendo armas a todos los jóvenes. Si tienes un arma, tienes una causa.

LA LUCHA ENTRE CAÍN Y ABEL

La guerra no es como en las películas. No hay épica en ellas. No hay héroes y tampoco suele haber villanos. Lo que sí encontramos es a gente empujada por su torbellino a hacer cosas horribles, cosas que cualquiera de nosotros podría hacer en circunstancias extremas. La sangre de las heridas es más oscura, las heridas abiertas marean y la carne viva se llena de moscas. El sonido tampoco es igual. El tableteo de una ametralladora no se parece en nada al que hemos oído en cualquier filme de Hollywood. Se acerca más a una palmada seca, pah, pah, pah. Si además la bala te pasa cerca se oye como un silbido, zzziiiiiiugggg. Nada que ver con bang, bang, bang o cosas por el estilo.

Pensaba en esto cuando, a las 12.47 del 18 de enero, alguien apretó el gatillo de su AK-47 mientras el señor de la guerra Idrissa Mohamed se encendía su tercer cigarrillo consecutivo y hablaba, sin mirarnos en ningún momento, al jefe de MSF en Kabo, a Marta y a mí en una reunión surrealista.

—Solo queremos que nos garantice la seguridad y el acceso a los heridos de los dos bandos por igual.

—Por supuesto. Nosotros controlamos la zona y la seguridad está garantizada.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando la bala cruzó zumbando, como si quisiera llamar la atención, sobre el pueblo de Kabo, hasta estrellarse en algún punto cercano al lugar donde nos encontrábamos. El trabajador humanitario imitó el sonido del proyectil, pero nosotros, habituados a oír ráfagas de tiros durante varios días, nos miramos sin mover un solo músculo. El señor de la guerra le dio una larga chupada al pitillo y siguió con su discurso mientras acariciaba a su hija pequeña, a la que tenía en brazos, como queriendo dar la imagen de cuidadoso hombre de familia y desmentirla a su vez bajo esas gafas de espejo con patillas doradas. Idrissa Mohamed jamás acudió a ninguna academia militar ni tenía rango alguno, pero se hacía llamar «general».

Si a la guerra le quitáramos lo que tiene de catástrofe, que es todo, se quedaría en un simple juego. El señor Idrissa jugaba. Los agricultores locales jugaban. Los pastores nómadas jugaban. Moría gente todos los días, pero el juego no se detenía. Se trataba de aparentar normalidad, de ocultar que todos tenían armas y que tenerlas te obligaba a usarlas. Se trataba, en definitiva, de decir que nunca se atacaba sino que se «respondía» a los ataques de los otros.

La guerra en República Centroafricana es compleja porque no hay una, sino varias. La guerra por el poder se solapa con un conflicto por los recursos naturales y se envenena con un enfrentamiento religioso. Ahora estábamos ante otra batalla que lleva librándose desde los tiempos del Génesis. Caín trabajaba el campo como agricultor y Abel movía sus rebaños. La disputa entre ambos, la

controversia por si las zonas verdes se dedicaban a una cosa u otra, se extendía hasta nuestros días en este ombligo geográfico de África, con la ciudad de Kabo como epicentro. Las estructuras sanitarias estaban al límite, llenos de pacientes heridos de bala o a machete, pero nadie ganaba esta vieja guerra de la Biblia, que se representaba cada año en República Centroafricana sobre las huellas de las vías de trashumancia, abiertas como arterias en el continente durante siglos.

En un país sin carreteras dignas de tal nombre, viajar hasta Kabo exigía vuelo humanitario en una pequeña Cessna de hélice igual a las que usan los narcos mexicanos para introducir cocaína en Estados Unidos. Si hay un verdadero lugar en mitad de ninguna parte, ese era aquel aeródromo en el que aterrizamos. Alrededor, pasto gratinado por el sol, pequeños tornados polvorientos y unos milicianos armados que nos miraban a la sombra de un árbol. Nada más poner el pie, uno percibía que estaba en otro país, un país distinto al de la capital. Aquí no había Gobierno ni ninguna estructura de Estado, el poder lo ejercían diferentes grupos armados cuyo origen se remontaba a la coalición Seleka, que se rebeló en 2012. Divididos en facciones, peleaban entre ellos por las migajas del país que nunca fue. Esta zona era una bomba de relojería activada: desplazados internos, armas que fluían sin control, violencia desatada, efectos devastadores del cambio climático e intereses bastardos de sus estados vecinos.

Kabo era una ciudad de tránsito, aunque llamarla «ciudad» le venga enorme. Una sola calle con un mercado paupérrimo. Desde la cercana frontera de Chad llegaban mercenarios y armas para alimentar la guerra, pero también grandes rebaños de miles de vacas dirigidos por los pastores de la etnia peul o fulani, el pueblo nómada más numeroso del mundo, que suma unos cuarenta millones de personas y extiende sus rutas de trashumancia desde Guinea y Mali hasta República Centroafricana.

Estos hijos del camino siempre iban armados con rifles de asalto y cuchillos tradicionales, nadie sabe cuál es su origen étnico y hace siglos que abrazaron el islam. Sus facciones eran más afiladas que las de la población local, mientras que su color de piel era cercano al caoba, más claro que el de sus vecinos. Hasta el idioma era diferente al sango centroafricano. Llevaban unas escarificaciones tribales en la piel, una especie de pequeño código de sangre que los distinguía del resto de los pueblos de la región. De sus vacas extraían leche y mantequilla que vendían por toda África, desde Sudán hasta Gambia.

Nos adentramos en uno de sus campamentos con la ayuda de John Marco, el traductor, que hablaba árabe y conocía a su líder, Al Ahad, un hombre alto, vestido con la *dishdasha* musulmana y varios grisgrís de cuero curtido, símbolo de su estatus y, según la creencia tribal, talismanes de protección. Estuvieron muy amables con nosotros y mostraron a sus mujeres y sus hijas, vestidas con

telas de colores y decoradas con tatuajes y el labio inferior de añil. «Si os han contado que nuestras vacas se comen los cultivos de los agricultores os han mentido. A nosotros no nos interesa la guerra, sino movernos con libertad. Alguna de nuestras vacas traspasa los campos por accidente, pero compensamos al agricultor. Tampoco somos ladrones. Lo que pasa es que ellos cada vez cogen más campo para cultivar y para encontrar zonas de pastos debemos irnos cada vez más lejos con los rebaños», decía Al Ahad, mientras nos servía un té dulzón. Estos nómadas se unieron a los milicianos ex-Seleka que controlaban el norte del país. Hablaban el mismo idioma, vestían con la *dishdasha* musulmana y rezaban a Alá. Por eso su ganado podía atravesar campos impunemente: estaban protegidos por la autoridad.

Al dejar su campamento de jaimas nos cruzamos con sus rebaños. Más de mil cabezas de ganado pastando entre los restos de lo que fue una plantación, solo quedaban ramas arrancadas y tierra pisoteada por el ganado. Para los agricultores, en su mayoría cristianos, la vida resultaba cada vez más difícil. En el poblado de Farazala el personal de Médicos Sin Fronteras había desplegado todo su músculo sanitario para realizar una vacunación masiva a todos los niños. La guerra había impedido este tipo de profilaxis durante años y ahora la ONG intentaba llegar a zonas prohibidas hacía tan solo unas semanas. Es la misma situación que vi en el lago Chad: regiones enteras sin vacunar por culpa de Boko Haram, en las que surgían enfermedades que se creían erradicadas. El objetivo, en este caso, era el máximo número de vacunas en unas horas para el mayor número de niños posible. En la cola del centro de salud esperaban las mujeres locales junto a las nómadas, pero no se mezclaban. «Aquí no habrá problemas porque hoy es un día especial en el que lo más importante es la salud de sus hijos, pero la tensión existe», decía uno de los trabajadores humanitarios.

Esa misma tarde, uno de esos agricultores, oculto dentro del centro de salud, nos dijo que ya no quedaba nada que comer. «Sus vacas lo han destruido todo. No podemos defendernos porque son ellos los que tienen armas, no nosotros. La situación está al límite.» Al hospital de Kabo llegaron más heridos esa tarde. Uno de ellos, Gildas, de veinticuatro años, venía con un balazo en la pierna derecha, que le había dejado un gran boquete por encima del tobillo en el que se veía hasta la tibia. «Querían robarme un par de vacas que uso para trabajar los campos —decía mientras el médico le limpiaba la herida—. Como me resistí, me dispararon y se las llevaron.»

Las víctimas cristianas se codeaban en el hospital con las víctimas musulmanas de la misma guerra. Todos son inocentes, nadie había disparado, según se hablara con unos o con otros. Fatma Ahmad, de veintinueve años, estaba embarazada de nueve meses cuando su campamento fue atacado por un

grupo de Antibalakas (literalmente, «los inmunes a las balas del AK-47»). Esta milicia de origen cristiano, aunque mutante como todas las demás, tenía cierta presencia en la zona y se declaraba enemiga de los ex-Seleka y de los nómadas. Fatma, embarazada de ocho meses, huyó de uno de esos ataques. Caminó varios días seguidos bajo la amenaza de la muerte y eso le provocó un fuerte dolor abdominal. Nueve días después, cuando llegó a Kabo, los médicos no detectaron el latido del corazón de su bebé. Estaba muerto. Por unas cosas o por otras, de seis hijos que tuvo o pudo tener, cuatro habían fallecido. Era el efecto directo de la guerra, que en este lugar se expandía a su máxima potencia.

Kabo nunca descansaba, y como para mí era imposible dormir por las noches, intentaba cansarme jugando al bádminton con Marta, que me daba una paliza tras otra en una red que había montado junto a las oficinas el equipo médico. Aunque no había combates directos en el interior de la villa, cada noche se producían robos y asaltos a las ONG. Los milicianos de Al Katim disparaban ante cualquier ruido, la jauría comenzaba a ladrar de nuevo y las supuestas autoridades detenían a unos cuantos ladrones. Preguntamos al señor Idrissa por los nueve detenidos de la noche anterior.

—Nosotros sabremos qué hacer con ellos.

—¿Van a juzgarles?

—Insisto. Nosotros sabremos qué hacer con ellos.

10

Regreso al infierno

Sudán del Sur

MALAKAL (MAYO DE 2018)

Mi primer viaje a África fue a Sudán del Sur. Aquella foto de Kevin Carter y todo eso. Aterrizo en el mismo aeropuerto destartalado de Juba, el peor del mundo según *The Economist*, con el mismo agujero de mortero en la esquina de la sala de llegadas y sin aire acondicionado. En las calles, de nuevo bajo el mismo atardecer que recuerdo desde 2011, veo algún edificio nuevo construido por grandes empresas chinas, pero escasas variaciones de interés. En realidad, el que he cambiado he sido yo.

Ahora sé que el viaje que comencé hace seis años acaba ahora, cuando uno se da cuenta de que la energía que el ser humano pone en reconstruir algo solo es comparable al tesón con el que se dedica a destruirlo. La travesía no termina hasta que vuelves. Cuando estuve aquí, el país iniciaba sus primeros pasos hacia la independencia de su vecino del norte, que lo había sometido a una limpieza étnica y al subdesarrollo durante décadas. Seis años después, como si de una maldición se tratara, la limpieza étnica se practica aquí por parte de los que la sufrían antes.

Mi plan de viaje incluía unos días en la capital para conseguir los inevitables permisos de prensa y visitar, gracias a un pase de Unicef, la zona de Malakal, la segunda ciudad del país, ahora arrasada por los combates. Hasta cincuenta mil personas se hacinaban dentro de la base de Naciones Unidas a las afueras de Malakal, que llevaba meses cambiando de manos varias tras batallas con muchos muertos. Junto a Tim, el jefe de comunicación de Unicef, el trayecto en avioneta fue tranquilo, pese a que odio volar en esos cacharros con hélice.

Al pie de la pista ya nos encontramos a los cascos azules de Ruanda preparados para escoltarnos hacia el llamado Centro de Protección de Civiles, una fórmula, inicialmente exitosa, de evitar matanzas indiscriminadas sobre la población que huye indefensa. A las pocas horas pude comprobar cómo ese modelo no resulta tan efectivo. Si realmente hiciera una lista de los infiernos que me llevaría a una isla desierta, Malakal sería, con mucho, mi infierno favorito.

Me pusieron a dormir en una caseta de obra, un container de esos blancos con aire acondicionado que me pareció una suite de cinco estrellas en aquel infierno

polvoriento rodeado de torretas artilladas y alambre de espino. A las pocas horas de estar allí ya sabía quién tenía una máquina de Nespresso, dónde estaba el gimnasio, el sitio donde podía ver el Barça-Madrid que se jugaba dentro de tres días y quién podría conseguirme cerveza fría.

La tarde de mi llegada salí a correr y apenas pude completar cinco kilómetros. El calor insoportable no dejaba que el aire llegara a los pulmones. La cena, aún de día, se servía en un barracón militar. El rancho eran las sobras de la comida del mediodía: arroz y judías. Así a diario. Rainer, un barcelonés que trabajaba allí, me invitó a cenar lo que él mismo se cocinaba: comida tailandesa congelada que llevaba hasta allí en el avión.

Al día siguiente, comencé las visitas del hospital del campo. Cuando llego a estos lugares siempre pienso que la definición de la palabra «hospital» jamás podrá describir sitios como este. En realidad hablamos de tres grandes tiendas levantadas con palos de madera y cerradas con plásticos de ACNUR. Una de ellas es la farmacia, otra se dedica a la nutrición y la restante se denomina aquí «Medicina interna», algo rimbombante que incluye a todo aquel que tenga algo que requiera permanecer tumbado en una cama mientras recibe el tratamiento de rigor.

Allí dentro había sobre todo niños desnutridos y con infecciones pulmonares, gemelos recién nacidos con pocas opciones de vida, partos casi a cada hora en una maternidad improvisada dentro de un contenedor metálico y ancianos que no podían sostenerse de pie.

Todo viaje tiene una agenda. Por la mañana esto, por la tarde lo otro. A veces son las propias ONG las que te llevan, te enseñan sus programas y te traen de vuelta. Tener planes tranquiliza, porque asegura historias que contar sin que deba uno salir del raíl. Lo que pasa es que tengo la mala costumbre de olvidar la agenda en cuanto puedo y escaparme. En Malakal lo hice todas las tardes, siete en total. Gracias a ello conocí a muchas mujeres, pero sobre todo a Sunday.

Sunday vivía en la zona de los contenedores. Enormes ladrillos metálicos usados por los militares para transportar sus vehículos a la base en los que los desplazados habían encontrado cobijo. Otra cuestión es cómo lograban vivir con la mugre y el calor extremo del ambiente. Pasaba todas las tardes delante de Sunday y sus amigas y las saludaba. Hasta que un día que estaba preparando un té, me ofreció sentarme con ellas y hablar.

Sunday vestía de domingo. No solo porque fuera una mujer orgullosa, sino porque huyó de las balas con ese vestido, el de ir a la iglesia, el único que le queda.

—No puedo comprar ropa porque el mercado está en el pueblo. Nuestro dinero no vale nada. Y si vamos allí nos violarán.

—Entonces ¿no podéis salir de esta base de Naciones Unidas?

—Solo salimos por leña para cocinar. Dentro de la base no hay. Ellos nos están esperando fuera.

—¿Es peligroso para vosotras?

—Por supuesto. Nos golpean, nos humillan, nos detienen durante días para divertirse con nosotras. A algunas las han matado. Ninguna mujer te lo va a contar, pero ahí fuera nos han violado a todas.

Cuando Sunday, madre de dos niños, pronuncia la palabra «ellos», se refiere a los soldados del Gobierno sursudanés. Cuando decía «ahí fuera» se refería al perímetro de la base militar que la ONU tiene a unos kilómetros de Malakal, el corazón sangrante de Sudán del Sur. A este lugar llegaron en 2014 unas cincuenta y dos mil personas procedentes de la ciudad, corriendo por la carretera con su miedo como única posesión. Se refugiaron aquí y aquí siguen, hacinadas, sobreviviendo en pésimas condiciones y esperando a que se apague ese odio primitivo entre las principales etnias del país. El 77 por ciento de ellas ha perdido algún familiar en alguna de las múltiples batallas por hacerse de nuevo con la ciudad.

Sunday vivía con un colchón de espuma en el suelo, un gancho para colgar su único vestido y una cacerola donde siempre había un puñado de sorgo para comer. Tardaba horas en conseguir agua del pozo que alimentaba a decenas de miles de personas y se veía obligada a salir al exterior para conseguir leña. De todas las personas que he conocido, por su amabilidad y por su crudeza a la hora de revelar sus miedos y esperanzas, quizá sea la que más me haya marcado.

El contexto era el siguiente: el 11 de marzo la ONU publicó un informe en el que aseguraba que los soldados del Gobierno «obligaban a la gente a practicar el canibalismo» y que tenían permiso para «violar mujeres y saquear como parte de su salario».

Sobre el terreno, ese «salario» tenía muchos nombres. Uno de ellos era el de Martha, una princesa nuer de 1,80 metros que explica cómo funciona ese pago en especie:

—Están en las charcas donde tenemos que ir a lavarnos. O en los lugares donde vamos por leña. Suelen ir muy borrachos. Buscan a mujeres solas o en pequeños grupos. Por eso procuramos ir juntas. Saben que nuestros hombres no están aquí y nos violan para destruirnos, como botín de guerra. No buscan placer sexual. A veces usan palos.

—¿A ti también te han violado?

Antes de contestar, lanza una mirada al resto de mujeres que siguen la conversación en silencio mientras beben el té de Sunday.

—Es algo que no puedo decir. Aquí a las violadas se las estigmatiza por

hablar de ello. Pero es algo muy común.

A varios contenedores de allí malvivía Julia, de etnia shilluk, y sus cuatro hijos. En muchos casos es difícil para un extranjero distinguir esas diferencias étnicas, pero entre los nuer y los shilluk debían ser evidentes y llegaban a ser detestables. Los primeros son altos y delgados, de rostro más estilizado. Los segundos, más bajitos y anchos de espaldas, llevan unas escarificaciones tribales que simulan puntos en relieve sobre la frente. Julia habló del terror que le producía salir de la base y de la dificultad enorme de dar de comer a sus cuatro hijos. «No es sitio para ser madre, pero es el único en el que podemos estar.» Su hijo Lidal, el más pequeño, nació en la base hace dos años y quizá haya muerto ya de la desnutrición severa que padecía, otra de las armas con las que unos y otros se matan en Sudán del Sur.

Rebecca, de veinticuatro años, ataviada con las marcas faciales de su etnia en la frente, mostraba sus enseres domésticos carbonizados por el fuego. «Hemos perdido lo poco que teníamos, y hasta la salud. Ya no tengo la menstruación. No podemos ser madres en un lugar así.»

Hace cinco años, el país más joven del mundo votó unido para conseguir su independencia de su vecino del norte. Acudió George Clooney para hacerse fotos y limpiaron las calles. Yo estuve y lo recuerdo bien. Toda esa esperanza ha desaparecido. Los viejos señores de la guerra siguen firmando y traicionando a las pocas horas todos los compromisos de paz que les ponen por delante. En un ciclo autodestructivo por el poder, por la posesión de los rebaños de vacas o por el dinero del petróleo, lo único seguro en Sudán del Sur es la venganza.

El problema para todas estas madres que vivían en aquel Centro de Protección de Civiles es que ni siquiera en el interior de la base estaban a salvo. El 17 de febrero, entre cien y cincuenta soldados uniformados del Gobierno, todos de etnia dinka, entraron en este recinto militar, a plena luz del día, y abrieron fuego contra los civiles, en su mayoría mujeres, niños y ancianos de las etnias minoritarias nuer y shilluk. Prendieron fuego al campo y saquearon las escuelas de Unicef y la clínica de International Medical Corps. No dejaron ni los marcos de las puertas. Los cascos azules intervinieron tres horas después. Durante el ataque hirieron de bala a más de cincuenta personas y mataron a sesenta, cuatro de ellas bebés. En el único dispensario que quedó en pie nacían al mismo tiempo otros cuatro niños.

Resulta difícil entender cómo en una base militar pueden colarse desde el exterior, para atacar a civiles, decenas de soldados dinka armados, pero así sucedió. Para contribuir al desastre, los jóvenes del otro lado, los nuer, sacaron varias armas que tenían escondidas y respondieron desde dentro. ¿Cómo pudieron introducir los kaláshnikov en la base? Nadie se lo explica, pero James

Deng, uno de los líderes de la comunidad, hizo un gesto con la barbilla señalando a varias mujeres con hatillos de leña sobre la cabeza que entraban en la base. Allí podría ocultarse un arma. Su mujer tejió para mí una pequeña tela de color azul con bordes verdes.

Deng era secretario de Estado de Sanidad hasta que comenzó la guerra. Pero cuando lo conocí era un desplazado más, cuya vida se desarrollaba en una tienda de palos y plásticos de seis metros cuadrados. «Tengo tres esposas y doce hijos. Es algo normal aquí. Tres de mis hijos están luchando con los rebeldes en el conflicto. Del pequeño hace mucho tiempo que no tengo noticias. No puedo decir que esté muy feliz. Para el Gobierno no valemos ni el precio de la bala que va a matarnos.»

Nadie sabe cuántos muertos está provocando esta guerra. El International Crisis Group afirma que nadie cuenta los cuerpos desde hace un año por falta de personal. Y ya iban por cincuenta mil. Teniendo en cuenta que hay zonas sin acceso por carretera, las cifras que algunos trabajadores humanitarios manejan se acercan a los trescientos mil, números parecidos a los de Siria a sus seis años de guerra en un territorio con la mitad de población. Los cadáveres se abandonan allí donde caen, formando auténticos campos de la muerte. Un festín para las moscas.

Los desplazados de Malakal saben que no recibirán ni el 1 por ciento de la atención que han tenido los sirios o los iraquíes. A pesar de ello, aún comen gracias a que el Programa Mundial de Alimentos suministra sorgo a diario. Los niños irán a la escuela porque Unicef está reconstruyendo los colegios quemados. Y hay asistencia sanitaria gracias a MSF y IMC, que montaron dos clínicas más. Aunque este lugar fuera un infierno, «los civiles no merecen ser abandonados a su suerte», me dijo Paulin Nkwosseu, que era jefe de programas de Unicef y que poseía la única máquina de Nespresso de la base. «Políticamente este país es un desastre, pero la gente no tiene por qué sufrirlo.» Hasta quince mil menores han sido reclutados como niños soldado desde el comienzo del conflicto.

Al día siguiente su equipo visitó el otro lado, los restos de la fantasmal ciudad de Malakal, controlada por las tropas dinka. Toda la población había sido destruida y saqueada. Pero había dos cosas que no se llevaron: la única cabina de teléfono del pueblo en un país sin línea telefónica (aunque la hubiera no funcionaría) y la mesa del dentista del único hospital de la ciudad. Imagino que no intuyeron su potencial como mesa de tortura.

Aquí el doctor Rachid atendía de ochenta a noventa pacientes al día. En el momento en que le hice la visita, el caso más grave era el de un soldado del Gobierno que había llegado con un coma etílico. «Cuando se les acaba el alcohol

beben cualquier cosa», comentó el médico. Cinco madres dinka sostenían a sus hijos, hambrientos y con los ojos desprovistos de vida, exactamente los mismos ojos que he visto en los hijos de sus enemigos, en la base de Naciones Unidas. «Hay que actuar rápido para que no se mueran.» En Sudán del Sur solo engordan los buitres.

El ambiente en las calles era tenso y mortecino. Grupos de soldados en chancletas y camisetas de fútbol patrullaban con desgana. A las diez de la mañana el termómetro ya superaba los 38 grados junto al Nilo. Uno de los pocos lugares habitados era la antigua escuela. Allí sobrevivían varias familias dinka que antes vivían en la base y que en febrero, tras el ataque, fueron expulsadas por los nuer. Angelina ocupaba una de las aulas. De nuevo, solo se veían mujeres y niños.

—¿Dónde están los hombres?

—Están haciendo la guerra.

—¿Por qué os refugiáis aquí?

—Nuestra casa está destruida. No tenemos adónde ir. Si dejamos la ciudad los rebeldes nos violan.

—A las mujeres de la base también las violan si salen de allí —comenté.

—Yo no tengo problemas con ellas. Ojalá puedan volver pronto a la ciudad, pero los hombres nuer y shilluk se pusieron de acuerdo para atacarnos. Les tenemos pánico.

En Sudán del Sur «hay miles de niños y adolescentes reclutados por los ejércitos. Otros se separaron de sus padres en los combates y vagan solos en busca de su familia. En Malakal hay muchos que viven entre las ruinas», nos comentó el responsable de Unicef en la ciudad, que iba recogiendo a niños perdidos en busca de su familia.

Graze Anzoa tardó dos años en encontrar a sus hijos, a los que perdió de vista en un tiroteo y creía muertos. Cuando se reencontró con Rebecca y Abi, de cinco y seis años, no pudo parar de llorar durante varios días. Hasta 2,3 millones de personas han huido del país por la guerra, y a algunas de ellas las conocería meses después.

A pocos kilómetros de la base de la ONU se levanta la aldea de Kodok (Fachoda), donde convergieron, en 1898, dos expediciones militares: la del Imperio colonial francés, que buscaba comunicar sus posesiones desde Senegal hasta el índico, y la del Imperio británico, que quería trazar una línea entre Sudáfrica y Egipto. Si no se produjo una guerra fue porque los galos quitaron su bandera en el último momento. Hay mucho de aquel conflicto a escuadra y cartabón en las guerras civiles de estos estados fallidos.

En los días felices de la independencia un militar me mostró el interior de tres

contenedores metálicos con miles de armas junto al aeropuerto de la capital. «Esto lo vamos a fundir para hacer un monumento que simbolice la paz», dijo. Hoy, esos contenedores siguen ahí; en su interior viven varias familias que piden limosna a los viajeros que llegan a la terminal.

Ni las armas estaban ya allí ni la estatua de la paz fue construida.

EMMANUELA, MÁS ALLÁ DEL NILO

Antes de volver a la capital, el bueno de Paulin me invitó a cruzar el Nilo junto al equipo de Unicef. Había, al fin, una historia feliz a mi alcance. En un contexto como Sudán del Sur un relato positivo es como un diamante en el barro. Y este, según decían los trabajadores humanitarios, lo tenía todo: una chica (hablan de ella como si fuera una leyenda) tiene que ir a las letrinas a escribir, porque es el único sitio donde hay papel... Estudia por las noches con la luz del móvil, porque no hay luz eléctrica... Camina varias horas hasta el colegio y se ocupa de todos sus hermanos, que son nada menos que seis... Vive al otro lado del Nilo, en tierras shilluk, en plena zona de guerra en Sudán del Sur.

—Tal vez sea el momento de ponerle cara —comentó Paulin.

—¿Qué la hace especial?

—Es una niña refugiada que ha sacado las mejores notas del Estado. Con mucha diferencia.

—¿Podemos ir a conocerla?

—Sí. Mañana iremos a su aldea.

Para conocer a Emmanuela John había que cruzar el Nilo desde el pequeño puerto que administraban los cascos azules de Bangladesh. Las tropas gubernamentales patrullaban toda la orilla este para evitar que nadie pudiera atravesar el río. Al otro lado, las milicias rebeldes hacían lo mismo. Por eso los miembros del equipo de Unicef desplegaron su bandera bien grande en la pequeña embarcación que nos llevó a la otra orilla. «Lo mejor es que nos vean. En teoría se han comprometido a no dispararnos.» La teoría se cumple y nadie abre fuego contra la lancha, en la que también viajan varias cajas con material escolar, como bolígrafos y mochilas azul celeste.

Tras treinta minutos de travesía sin cruzarnos con un solo barco llegamos a Wau Shilluk, la aldea que fue arrasada el año pasado por un grupo armado que fue casa por casa en busca de cualquier hombre mayor de doce años que pudiera empuñar un arma. Se llevaron a ochenta y nueve personas. Un año después nadie sabía qué había sido de ellos.

Dos militares enormes con gafas de sol de espejo escuchaban la radio en la orilla de arena blanca, bajo grandes palmeras. Vieron que llevábamos equipamiento para los alumnos. Nos dieron la bienvenida con una sonrisa. Buena señal. No tardamos en alcanzar la escuela entre casas míseras de cañizo y plásticos. En una geografía como la sursudanesa, en la que la vida se detuvo hace dos años por el inicio de la guerra, este colegio era un milagro. Estaba abierto, funcionaba y tenía tantos alumnos que no cabían en los bancos de las aulas. Una bandera raída, como el corazón del país, ondeaba en el centro del patio polvoriento, donde se abrían dos alas con tres aulas cada una: una para los más pequeños y las otras dos para los adolescentes. Unicef les había dado con sus materiales el impulso que necesitaban.

En una de las aulas los niños, de uniforme pero muchos de ellos descalzos, estudiaban la igualdad entre hombres y mujeres además de la igualdad de derechos. En otra, el teorema de Pitágoras. Todas las clases se impartían en inglés, el idioma franco en un país con más de cuatrocientos dialectos tribales. Cuando el director se enteró de que buscábamos a Emmanuela, envió a una persona a buscarla, porque ya había terminado sus clases. El examen que acababa de aprobar, después de varios años de parón por la guerra, era el que debería asegurar su acceso a la educación secundaria. «Su problema es que ahora debería estudiar en el Instituto de Malakal, que está destruido. Además, ella es shilluk y no puede cruzar el río e ir hasta allí porque los soldados del Gobierno podrían matarla o violarla. No puede salir de la zona rebelde.»

Emmanuela estaba en el mercado. Allí vendía algo de verdura de su huerto, lo justo para poder comer ese día. Cuando la vi me pareció muy alta y muy guapa, una belleza nilótica que podría ser modelo de haber crecido en Ámsterdam, Nueva York o París y, por sus capacidades, neurocirujana, ingeniera o editora. El lugar en el que uno nace suele determinar nuestro futuro, y Emmanuela John no sería una excepción. Llevaba un colgante con la cruz cristiana que destacaba sobre esa piel negroazulada sin vello, típica de las etnias del Nilo. Tenía dieciocho años y hablaba inglés y árabe, además de su dialecto local, el shilluk. El director del colegio, henchido como un pavo real, nos hizo pasar a su despacho.

—Podéis entrevistarla aquí —dijo.

—Emmanuela, ¿por qué sacaste tan buenas notas en tu examen de acceso a secundaria?

—Porque llevo estudiando y presentándome tres años seguidos. Los dos anteriores hice el examen, pero nunca llegaron los resultados por culpa de la guerra. Iba una y otra vez al Instituto de Malakal, pero las listas de aprobados se perdieron o los exámenes nunca se corrigieron. Tengo mucha confianza en mí y

soy muy cabezota, así que al final lo he conseguido.

—Si no puedes cruzar el río o salir de esta zona, ¿cómo piensas seguir estudiando?

—No lo sé. Me gustaría poder viajar a algún país como Kenia con alguna beca que me permita estudiar. Pero de momento este horizonte es lo único que tengo.

Le comento lo que dicen de ella los trabajadores humanitarios de Unicef, que estudia con la luz del móvil y que tiene que escribir sobre el papel higiénico de las letrinas del campo de desplazados.

—Es cierto. No tenemos nada más. Se hace de noche a las siete de la tarde y es justo cuando todo se queda en silencio. Así que uso la luz de mi teléfono para poder estudiar.

Su móvil, sobre la mesa en ese momento, parecía una copia china de un Nokia de hace quince años.

—¿Cuántas horas estudias al día?

—Tres horas como mínimo.

—¿Qué quieres estudiar en la universidad?

—Quiero ser doctora. Mi país necesita médicos. Mira cómo está todo.

—¿Qué te dice tu familia sobre tus notas?

—Mi familia no sabe nada. Nos separamos durante los primeros días de conflicto. No he vuelto a ver a mi padre ni a mi madre. Están desplazados en otra zona. Nosotros cruzamos el río ese mismo día desde Malakal con la mujer de mi hermano, mientras nos disparaban desde la otra orilla.

El sistema educativo de Sudán del Sur no es que haya sido destruido. Probablemente nunca existió. La mayoría de escuelas repartidas por todo el país se usan como cuarteles militares. Las que aún funcionan no tienen tizas, ni asientos ni siquiera pizarras. No hay bibliotecas ni libros que leer. Todo ha sido engullido por la guerra. Para atraer a los alumnos, la mayoría vestidos con harapos, se les ofrece un vaso de leche al mediodía. Para muchos será su única comida del día.

En muchas aldeas del estado de Junqali, por ejemplo, las clases se limitan a solo dos horas porque los estudiantes están demasiado débiles para atender por más tiempo. Algunos dejaron las clases cuando fueron reclutados como niños soldado, y probablemente nunca vuelvan a la escuela. De ahí el valor de Emmanuela John como símbolo. Tras la entrevista, cuando entró en un aula llena de alumnos para la sesión fotográfica, todos los alumnos se levantaron y aplaudieron.

—Emmanuela, si las sursudanesas de tu edad pudieran leer esta entrevista, ¿qué mensaje te gustaría transmitirles?

—Que vuelvan a la escuela cuanto antes. Todas. Que intenten seguir su

educación a pesar de todas las desigualdades a las que tenemos que enfrentarnos por el mero hecho de ser chicas, como matrimonios infantiles, embarazos prematuros o pobreza.

La noche de mi vuelta a la capital conocí a Tiziana, una trabajadora de Unicef que había vivido en la misma casa de Madrid en la que yo residía de alquiler en aquel momento. Comimos unas samosas junto a Guiomar y Albert Farrán. Yo no sabía que era mi último reportaje en Sudán del Sur. Al menos, autorizado. Un año después me propuse volver cuando se declaró la hambruna en dos estados del norte. Mi amigo Tim, de Unicef, me avisó dos días antes de coger el avión: «Me han denegado tu permiso de prensa. Han sido los de seguridad nacional. Creo que no están muy contentos con lo que escribiste». Que la gestapo del Gobierno de Sudán del Sur aprendiera a usar Google translate dejó a decenas de buenos periodistas de todo el mundo con la imposibilidad de cubrir una guerra ya de por sí olvidada.

No tardaría en vengarme y entrar en Sudán del Sur por otra vía menos ortodoxa, aunque fuera durante el rato que tarda uno en beberse un capuchino.

LOS CHICOS DEL PUENTE DE BUSIA (NORTE DE UGANDA)

Noviembre de 2017

En la guerra de Sudán del Sur hay tres tipos de ejércitos. El primero es el del Gobierno, compuesto por una soldadesca mal pagada, peor formada y siempre indisciplinada, capaz de los peores crímenes. El segundo tipo es el de los rebeldes, grupos heterogéneos de carpinteros, profesores, granjeros o agricultores con armas caseras, más voluntad que balas y más hambre que ideología. El tercero pertenece a las milicias locales al servicio de señores de la guerra que eligen bando en función de sus intereses.

En aquella mañana verde en Ecuatoria había un grupo de adolescentes armados bebiendo té bajo un árbol y mirándome con más curiosidad que hostilidad. Si eran de los primeros, podrían haberme disparado en cuanto terminara de cruzar el puente. Si eran de los segundos, creí que me recibirían con un apretón de manos. Si hubieran sido de los terceros, resultarían imprevisibles. Uno de ellos, con una camiseta vieja del Manchester United, saludó a lo lejos, vino corriendo desde su *checkpoint*, me dio la bienvenida en inglés y me animó a terminar de entrar en Sudán del Sur. ¿Rebeldes? «Sí, somos rebeldes.» Mi venganza contra el Gobierno, que había vetado mi entrada meses atrás, había

quedado cumplida.

Nadie me pidió un visado porque no había autoridad alguna a la que rendir cuentas. El resto de fronteras pertenecían al Gobierno y los reporteros como yo estábamos vetados. Pero no en esta. A un lado, la policía ugandesa trataba de que no entrara una sola arma en su territorio. Al otro, un grupo de milicianos en chancas y extremadamente delgados iba rodeándome. Robert, el que parecía el mayor (tenía dieciocho años) estaba esquelético y le faltaban casi todos los dientes.

—Aquí mandamos nosotros. Eres bienvenido.

—¿No es peligroso? Creo que la guerra está cerca.

—Tranquilo, tengo esto para protegerte —dijo acariciando su oxidado AK-47.

Cada uno de estos adolescentes tenía el suyo. Eran armas antiguas, con mucha mili encima, pero que seguían matando como el primer día. Al avanzar con aquellos tipos vi, cruzando el camino, una gran serpiente verde delante de nosotros. «Green mambo», dijo uno ante mi sorpresa. Recordé que el fotógrafo estadounidense Christopher Allen había muerto recientemente en una emboscada, a tan solo unos kilómetros de este puente, así que entre la serpiente y los malos recuerdos decidí no seguir avanzando.

Por la misma pista de tierra llegaba un goteo de mujeres con hijos que atravesaba el puente camino de la salvación. «Dentro no queda nada —comentó Robert—. Los soldados nos han robado todo, el ganado, las cosechas, las herramientas. El resto lo han quemado. El problema es que tampoco pueden permanecer aquí; no hay comida ni para ellos.» Esta era una rebelión en serio, de gente desesperada por la muerte y el hambre, que no tenía nada que perder porque todo lo perdieron, salvo la vida. Por eso se la juegan.

La única manera que tenían de alimentarse los hambrientos milicianos rebeldes era a través de un curioso sistema de reparto de comida en moto. Durante todo el tiempo que estuve en el paso de Busia, las motos no dejaron de cruzar el puente en las dos direcciones con sacos de alimento para los defensores de la región. Los motoristas eran ugandeses contratados para la ocasión, un trabajo no exento de peligros por las emboscadas en los caminos.

Con el sol ya subiendo en el horizonte administrando con generosidad su calor tropical, bajaba la colina junto a las mujeres que huían una figura surrealista en este drama: un hombre perfectamente trajeado, con maletín de cuero, camisa impoluta y planchada y unos zapatos brillantes que podría haber salido de un banco de la City londinense o de un bar de ejecutivos de Wall Street. Hablaba primero con los milicianos en su idioma, sin dejar de mirar al extranjero, y luego se dirigió hacia mí.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté.

—No, la pregunta es qué hace usted. Yo me llamo Edward Michael Kamba y soy el ministro de Asuntos Humanitarios de la zona rebelde del estado de Yei.

—Yo soy periodista. Quería saber cómo estaban las cosas en este lado del río.

—Pues escriba usted que no tenemos medicinas ni médicos. Confiábamos en que alguien nos ayudará contra este Gobierno criminal que nos masacra. Pero estamos solos. Tengo yo que ir personalmente a Uganda a por fármacos.

Una hora después llegué al campo de Bidi Bidi, uno de los más grandes del norte de Uganda, cuando coincidí con un nuevo camión de refugiados que volvía de la frontera. Un anciano traía su vieja bicicleta consigo. Le acompañaba un sacerdote católico que venía abrigado como si huyera del Polo Norte. «He tenido que ponerme este abrigo porque es la mejor prenda que tengo. No quiero que el enemigo me la quite», comentó. El resto del pasaje lo componían niños o adolescentes.

—¿Estos niños que vienen contigo son soldados?

—Son desertores. Acaban de huir de nuestra ciudad, Kajo Keji, a tres kilómetros de la frontera. Anoche nos atacaron con tanques. No pudieron hacer nada para contener al enemigo. En los próximos días llegará el resto de la población, que está viniendo caminando desde allí. Esto no ha hecho más que empezar.

Dentro de la carpa de ACNUR, en la zona de recepción de refugiados, unos treinta niños sentados en bancos de madera esperaban sin abrir la boca a que alguien se dirigiera a ellos. Algunos estaban tan rendidos que se dormían en el suelo. Otros seguían con la mirada de espanto. Por el registro de refugiados iban pasando las familias, una a una, casi siempre mujeres con varios hijos, a veces también algún anciano demasiado mayor para combatir. Fotografía, entrevista personal, vacunación de todas las enfermedades posibles y chequeo físico y mental. Pero el tiempo pasaba y los niños seguían allí, sin entender nada.

Un trabajador de ACNUR los miró y se echó las manos a la cabeza: «Esto va a llevarnos mucho tiempo. Dicen que son alumnos de un colegio de la ciudad de Kajo Keji, a unos kilómetros de la frontera. Estaban en clase cuando les atacaron y salieron corriendo. Han llegado hoy, un camión entero de niños solos, sin sus padres —afirmó. Y volvió a repetir—: Esto va a llevarnos mucho tiempo».

Aquella noche, en el hotel de Arua, solo tuve fuerzas para salir a cenar al bar del hotel. En la puerta de mi habitación había un par de monos. Quise hacerle a uno de ellos una fotografía con el teléfono móvil, pero se abalanzó sobre mí para intentar robármelo. Enfrente había una terraza donde un grupo de ugandeses disfrutaban de un partido de fútbol, de cerveza fría y de la imagen de un blanco braceando para quitarse a un mono de encima. Después de aquello, solo quedaba acostarse e intentar dormir.

La historia más dura esperaba para el último día. Desperté temprano, volví a cruzarme con los monos camino del desayuno y nos pusimos en marcha. Quería ver de primera mano el centro de maternidad de Yinga, donde llegaban las embarazadas que escapaban de la guerra. Muchas de las refugiadas no daban a luz hasta que cruzaban la frontera, aunque ya hubiesen superado en varios días los nueve meses de embarazo. El cuerpo tiene su propio mecanismo de protección y, muy sabiamente, retiene al feto dentro de la madre en zona hostil. Por eso muchas de ellas rompían aguas en la cola del registro, ya en Uganda, cuando su cuerpo al completo percibía que llegaba la calma tras semanas de estrés.

En las historias de aquellas chicas había un lugar en sombra y muchas cosas en común. La guerra llegaba a su aldea de madrugada, ellas huían corriendo con los niños en brazos, perdiendo a familiares en el ataque. Todas caminaron durante días, sin comer ni beber, hasta llegar a la frontera; sus respectivos esposos se habían quedado para combatir al enemigo. En ese punto del relato, Rachel Adili, una sursudanesa de veintiocho años, embarazada de ocho meses, hizo lo que muchas refugiadas: se quedó en silencio y comenzó a llorar. Me sentí ridículo al instante. No supe si darle un abrazo, levantarme o seguir preguntando.

—¿Por qué lloras, Rachel?

Rachel no contestó y no volvió a contar nada durante la entrevista.

Su cuerpo estaba ante nosotros en el norte de Uganda, en el asentamiento de Yinga, con sus dos hijos. Pero su cabeza aún no había cruzado la frontera de Sudán del Sur. La traductora trató de explicar esa línea de sombra. Era una vecina suya que hablaba inglés y que la acompañó en la huida.

—Es difícil hablar de esto. No es sencillo encontrar las palabras.

—Si me lo tuvieras que explicar con una palabra, solo con una, ¿cuál sería?

Espera unos segundos mirando al suelo, como paladeando la respuesta.

—La palabra es «violación». Un grupo de soldados dinka nos esperaba en medio de la carretera. Se llevaron a los niños a un bosque cercano. A los hombres que nos acompañaban los mataron allí mismo. A nosotras nos violaron a todas, por turnos, amenazándonos con armas. A partir de ese momento decidimos viajar de noche y escondernos durante el día, para que no volvieran a encontrarnos. Muchas de nosotras no sabemos si el niño que llevamos dentro es de nuestro marido o del enemigo.

Eran los llamados «pelotones de violadores», una de las armas de guerra más terribles de esta guerra. Criminales que cobraban su soldada en carne humana, que se divertían asesinando a los hombres y los ancianos bajo las orugas de los tanques y que asaltaban con saña a las mujeres, a veces sexualmente y otras usando palos o cuchillos.

El resto de mujeres a las que entrevisté aquel día lloró también. A la vuelta a la capital, tras siete horas de coche, se fue la luz en el hotel. Eran las siete de la tarde y no había nada que hacer hasta las doce de la mañana del día siguiente, el momento de irme al aeropuerto para volver a Madrid. Llevaba tres días escuchando tragedias y no fui capaz de moverme de la cama.

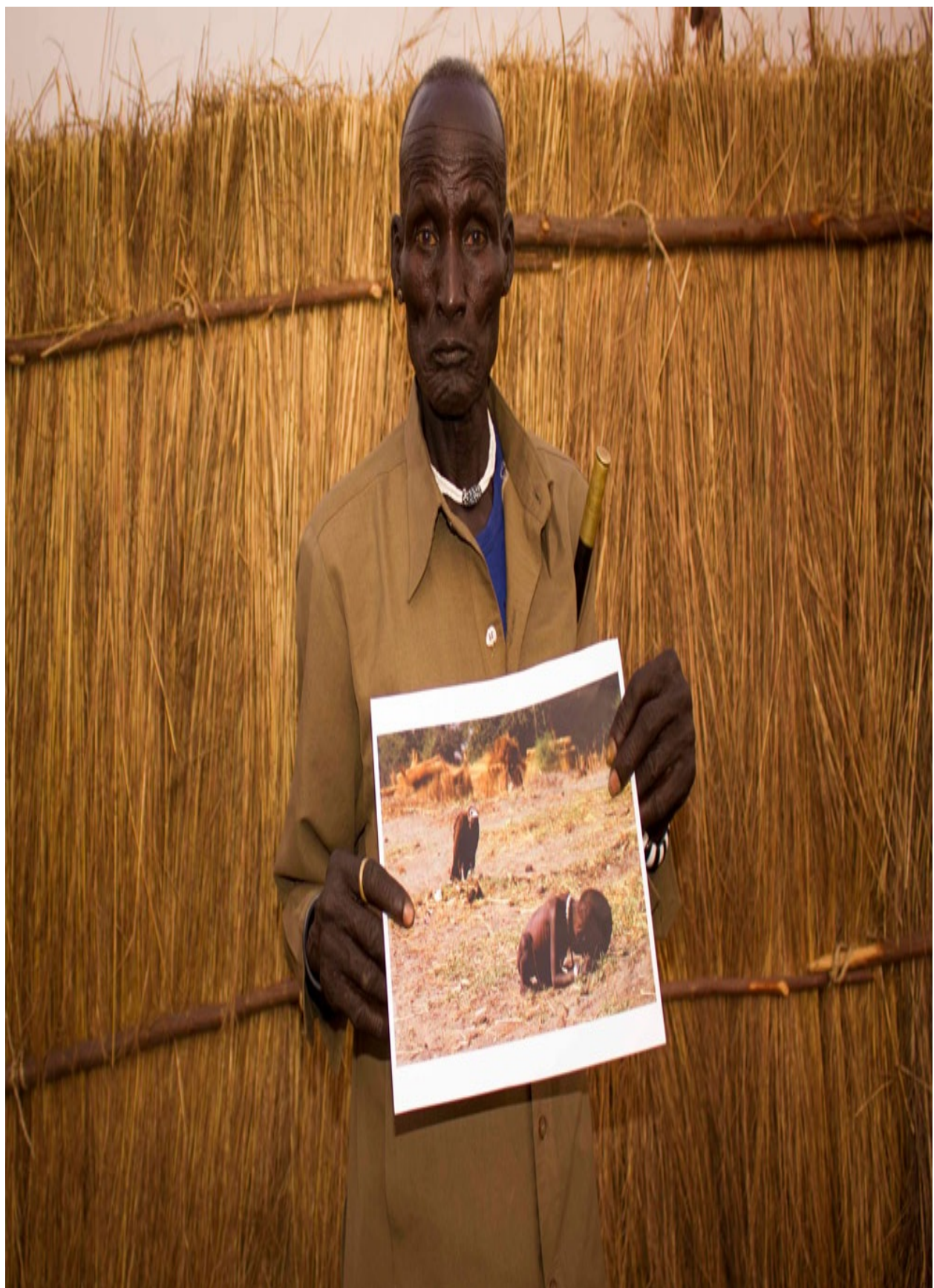
EPÍLOGO

Miles de kilómetros después

... La cerradura sonó exactamente como recordaba. Nada más entrar sentí un choque emocional brusco e inesperado. Llevaba treinta años eludiendo aquella visita y me golpeó. Todo en el interior de casa de mi abuela estaba tal cual lo recordaba el día de su muerte. Las cortinas, los muebles, el olor. Yo no creo en fantasmas, pero ella estaba allí, habitando el espacio, en su pequeño reino. Hice lo posible por no derrumbarme delante de mi madre y me dediqué a explorar aquellos objetos que yo recordaba de habitación en habitación. Encontré su DNI, las maletas de cuero de mi abuelo, el jarrón que rompí y que ella acabó reconstruyendo pieza a pieza, los regalos que ella tenía para mí aquella fiesta de Reyes, el balcón donde me pasaba los veranos jugando. Eran objetos sin valor alguno: relojes parados, documentos caducados, juguetes sin pilas. Pero para mí eran auténticas joyas del museo de mi propia vida. En aquella casa no solo estaba ella, sino que estaba yo con once años, al fin, después de tres décadas de puertas cerradas.

Llené el coche de cosas que no quería que acabaran en un basurero para incorporarlas a mi vida, como aquella presencia que, si lo pienso mejor, nunca había dejado de percibir. Los manchegos tenemos esa comunicación especial con nuestros muertos. Intenté, de nuevo, que mi madre no notara que me temblaban las manos al volante. Me tiré tres días casi sin dormir, soñando con esa casa y con mi abuela, intentando rascar el muro que nos separa desde hace treinta años, sintiéndola al otro lado.

La experiencia me alivió. Las piezas comenzaron a encajar. Hice miles de kilómetros en dieciocho viajes a África para buscar aquello que tenía a diez minutos de la casa de mis padres. La travesía que quería hacer no era hacia fuera, sino hacia dentro. A veces la respuesta a nuestra búsqueda está delante de nuestras narices.



El señor Kong Nyong, padre del niño que fotografió Kevin Carter, en la aldea de Ayod (Sudán del Sur).



La pequeña Zakia, en el centro de niños desnutridos de Zinder (Níger). Murió de malaria dos años después.



Soldados congoleños en las calles de Goma durante la ofensiva contra los rebeldes del M23 en 2014.



Una mujer que acaba de ser violada por cinco soldados llega al centro de Médicos Sin Fronteras en el campo de refugiados de Mugunga (Rep. Democrática del Congo).



Furaha, una mujer ruandesa, en una operación en el hospital HEAL Africa para reparar su vagina tras una violación.



Mina de coltán de Rubaya, en la provincia de Masisi (Rep. Democrática del Congo).



Campo de desplazados de Sigale, en el centro de Mogadiscio (Somalia).



Un grupo de niños juega en la parte del campo de desplazados que terminó arrasada por un ataque en el interior del Centro de Protección de Civiles de Malakal (Sudán del Sur).



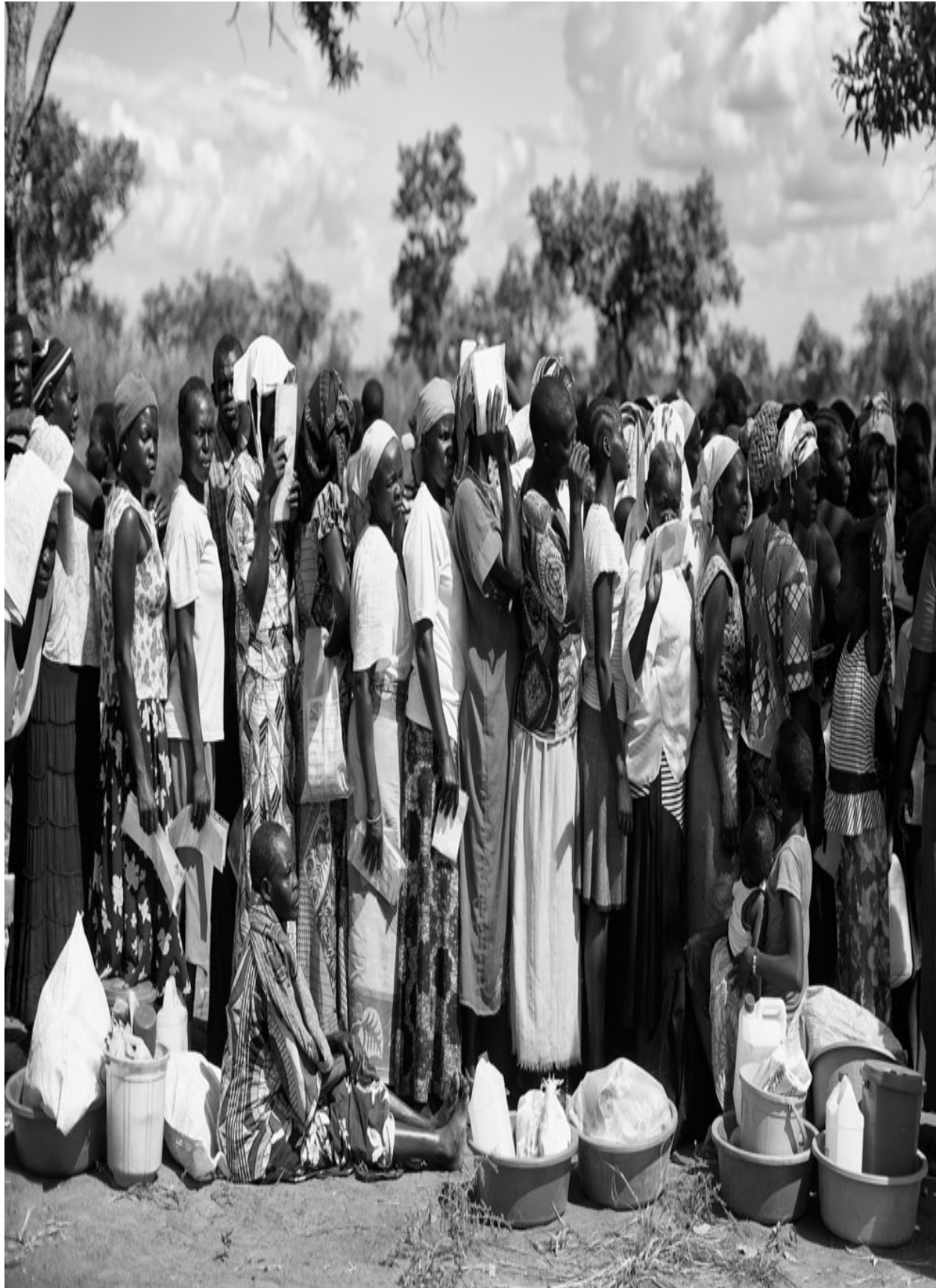
Contenedores metálicos para los desplazados en el interior del Centro de Protección de Civiles de Malakal
(Sudán del Sur).



Hombres armados en el interior del faro de Mogadiscio (Somalia).



Un grupo de niños busca comida en el basurero frente a la catedral destruida de Mogadiscio (Somalia).



Cientos de refugiados recién huidos de la guerra de Sudán del Sur esperan para recibir una ración de comida en el campo de Bidi Bidi (Uganda).



Lisa Jeanne, en el avión en el que vivía dentro del campo de desplazados de M'Poko, junto al aeropuerto de Bangui (Rep. Centroafricana).



Korto, ya recuperada del ébola, trata de curar a su hija con su leche materna en un centro de tratamiento de ébola en el interior de Liberia.



Voluntarios de la Cruz Roja de Conakri entierran a un muerto de ébola en el cementerio del hospital Donka de la capital.



Hanna, niña nigeriana refugiada de los yihadistas de Boko Haram en el campo chadiano de Dar es Salam.



Soldados centroafricanos procedentes de varias milicias se preparan para entrar en combate en Camp Kassai, a las afueras de Bangui.

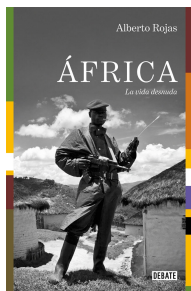


Una matrona acaba de ayudar en el parto de Gipsy, en la maternidad de Castor, en Bangui.

Agradecimientos

Para llegar a determinados lugares necesitas la ayuda de conductores, *fixers*, traductores, conseguidores y el buen consejo de otros compañeros veteranos que pasaron antes por allí, como el fallecido Fernando Múgica. Gracias a todos ellos y a las personas que compartieron sus historias conmigo. A los vivos y a los muertos.

Una serie de crónicas africanas que dan voz a las historias que no son contadas.



Esta es la crónica de un mundo que no volverá, descrito con las reglas de una profesión que se extingue. Algunas de las personas que aparecen en él están muertas o camino de estarlo. Pero no es un libro sobre la decadencia, sino sobre el cambio, sobre miles de kilómetros recorridos en un continente en plena ebullición y el viaje interior que provoca, sobre la persona que fue y que nunca regresará del todo. Aún quedan lugares libres de las reglas de la moda, de las redes sociales, de las etiquetas, solo sometidos a la supervivencia desesperada cuyo mantra es un día más con vida.

África es un intento de ordenar miradas, sustos, errores, desesperanza, tópicos superados, éxitos precarios, el miedo esbozado en susurros, abrazos de despedida, lágrimas de alegría y sonrisas de tristeza. También es una carta de amor hacia las misteriosas carreteras de Ruanda, los mineros adolescentes de una mina congoleña, un cementerio de aviones en República Centroafricana, una ciudad de contenedores metálicos en Sudán del Sur o un hospital para enfermos de ébola en Liberia.

El hilo que los une, el factor humano, es la materia prima de la que se vale este reportero para contar acerca de algunos de los lugares más difíciles, violentos y hostiles del planeta sin dejar de sentirse como Alicia cayendo por la madriguera del conejo.

Sobre el autor

Alberto Rojas. El primer día de clase un profesor te dice que hay tres tipos de alumnos que estudian periodismo: los que quieren ser presentadores de telediario, los que quieren dedicarse a las columnas y las tertulias y los reporteros. Yo era de los últimos y he tenido la inmensa suerte de poder cumplir mi sueño. ¿Qué mejor regalo hay para un enamorado de la historia que poder vivirla en primera persona? ¿Qué mejor trabajo hay para un lector de los cómics de Corto Maltés, Tintín e Indiana Jones que ser un enviado especial? Como fuera de casa, en ninguna parte; y si fuera de casa significa África, mejor. He tenido la enorme fortuna, gracias a este oficio, de pasar una noche de farra con Nacho Vidal, de doblar el cabo de Hornos, de viajar en elefante y de asistir a una boda nuer junto al Nilo. Me gano la vida en *El Mundo*, donde he sobrevivido ya a cuatro procesos de despidos masivos. Aunque dicen que soy serio, creo que es difícil cabrearme. Soy especialista en encontrar una tele con el partido del Real Madrid en cualquier lugar del planeta.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Alberto Rojas

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografías de la cubierta: © Alberto Rojas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-899-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[África. La vida desnuda](#)

[Introducción. El viaje más largo de todos](#)

[1. Luciérnagas en el Sahel: Níger](#)

[2. Los buitres no comen niños: Sudán del Sur](#)

[3. Saqueo y colonización: República Democrática del Congo](#)

[4. La familia: Ruanda](#)

[5. Enfermedad \(brote de ébola\): Guinea, Liberia y Costa de Marfil](#)

[6. La destrucción: Somalia](#)

[7. El gran viaje: Monte Gurugú](#)

[8. Fanatismo: Lago Chad](#)

[9. Odio religioso: República Centroafricana](#)

[10. Regreso al infierno: Sudán del Sur](#)

[Epílogo. Miles de kilómetros después](#)

[Imágenes](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)